

HARLEQUIN

BIANCA

Atados al olvido

Argumento

CANDY SE PUSO A LA DEFENSIVA CUANDO QUINN ELLINGTON LE SUGIRIÓ QUE, SI SE CASABAN, AMBOS SALDRÍAN BENEFICIADOS. SABIA QUE SU TIO LE HABIA PEDIDO A QUINN; SU MEJOR AMIGO, QUE CUIDARA DE ELLA MIENTRAS SE RECUPERABA DE UN TERRIBLE ACCIDENTE… PERO PEDIRLE QUE SE CASARA CON ÉL ERA IR DEMASIADO LEJOS.

QUINN LE DIJO QUE NECESITABA UNA ESPOSA, PERO A CANDY NO LE PARECIA UN HOMBRE QUE NECESITARA A NADIE. MUCHAS MUJERES HABIAN INTENTADO LLEVARLO AL ALTAR. ¿QUÉ RAZONES OCULTAS HABRIA DETRÁS DE SU PROPUESTA?

Capítulo 1

CANDY se quedó mirando a su reflejo en el pequeño espejo del cuarto de baño del avión, causándole cierta sorpresa la imagen que la estaba mirando.

Cabello sedoso de un rojizo brillante cayéndole sobre los hombros, ojos de un vívido color azul zafiro y piel cremosa con unas pecas alrededor de su rectilínea nariz. No tenía más remedio que admitir que se parecía a ella. Pero no entendía cómo a la chica que le estaba mirando no se le notaba la amargura y el dolor que había tenido que soportar en los últimos meses.

Aunque, la verdad, siempre había sabido ocultar muy bien sus sentimientos. Aquel pensamiento la hizo levantar el mentón en gesto de desafío mientras una vocecilla interior le decía que no debía estar haciendo lo que estaba haciendo, que se debía haber quedado en Canadá, donde todo era más normal, que no tenía todavía fuerza suficiente como para empezar a emprender. algo por sí misma.

-Candy Grey, eres una superviviente -se apartó el mechón de cabello que le caía por la frente mientras pronunciaba en alto las palabras. Apretó los puños al darse cuenta de que las manos le estaban temblando-. Lo eres -su mirada se enturbió-. Y lo vas a conseguir.

El futuro podría no ser el que ella se había imaginado hacía un año, pero qué más daba. No podía caer en la autocompasión y dejar que esos sentimientos la ahogaran. Emprendería una nueva vida, una vida en la que no tuviera que responder ante nadie. Una vida propia. Asintió con la cabeza como para autoafirmarse y estiró los hombros.

Volvió a acomodarse en el asiento de clase preferente, intentando olvidarse de los comentarios tan poco sutiles que había realizado el hombre que estaba sentado a su lado y se preparó para el aterrizaje en Heathrow. En cuanto lograra salir de la terminal, iría a recoger el coche que uno de los colegas de -Xavier había alquilado para ella.

Pocos minutos después, estaba sentada en un Ford Fiesta de color azul, con el equipaje en el maletero y en el asiento de al lado del conductor.

Tuvo que hacer varios intentos antes de lograr salir de Londres, pero no por ello se puso nerviosa. Después de lo que había tenido que pasar durante los últimos meses, ¿qué importancia tenía perderse en aquella ciudad? Una de las cosas que había aprendido era a distinguir lo que era importante de lo que no lo era.

La autonomía era lo más importante. Ser capaz de elegir lo que quería hacer y cuándo lo quería hacer. Flexionó sus largas piernas al recordar los interminables meses que había pasado en la silla de ruedas y expulsó lentamente el aire a través de sus blancos dientes.

Todavía se cansaba demasiado pronto y tenía que seguir haciendo los ejercicios de fisioterapia que le había recomendado el médico. Pero no le importaba, porque una vez más era dueña de su propio destino.

Además, todo podría, haber acabado de forma distinta. El horroroso accidente que se había llevado a Harper, la podría haber dejado en la silla de ruedas para siempre. Había tenido mucha suerte.

Había tenido que luchar contra la depresión que la había acosado al principio. Había tenido que salir por sus propios medios del pozo en el que había caído.

Todo el mundo se había portado muy bien con ella. Y seguía portándose. Recordó con un poco de amargura la pena que habían sentido por ella. Sabía perfectamente los comentarios que habían hecho. El novio que había muerto en aquel accidente de automóvil, su lucha al salir del estado de coma y descubrir que era posible que nunca más pudiera volver a caminar. Todos comentaban que había sido algo terrible. No era de extrañar que estuviera tan deprimida y apática.

Pero ella nunca les había manifestado sus verdaderos sentimientos y nunca se los diría.

El sonido estridente del claxon del coche que venía de frente la sacó de los amargos recuerdos. Aunque los otros conductores echaron la culpa al coche deportivo de color rojo que se había cruzado en su camino, el incidente la hizo volver a concentrarse en la conducción.

Aquel día de noviembre lucía el sol, pero hacía frío. Mientras el coche devoraba kilómetros, se fijó en que las ramas de los árboles estaban desprovistas de sus hojas.

Eran más de las tres cuando llegó al pequeño pueblo de Sussex. Llegó agotada. Miró la nota con las instrucciones que había pegado en el salpicadero del coche y las cumplió una a una. Salió de la carretera principal y entró en el camino por el que llegó a una casa aislada.

«Clínica Veterinaria».

Nunca dos palabras le habían sonado tan bien. Candy apagó el motor del coche, se recostó en su asiento y se pasó las manos por el pelo mientras se masajeaba el cuero cabelludo.

El trayecto había sido muy corto comparado con los que hacía en Canadá. Pero eran esos momentos los que la hacían recordar que todavía no se había recuperado del todo.

Tenía que ir a pedirle la llave a Quinn Ellington, que era la persona que llevaba la clínica, y seguir sus instrucciones. Nada complicado. Salió del coche, caminó hasta la puerta de roble, llamó al timbre y retrocedió unos pasos.

Transcurrieron los segundos y cuando se cumplió el minuto Candy

llamó otra vez. Y otra. Al ver que nadie respondía, abrió la pesada puerta y entró en un inmenso vestíbulo, cuyas baldosas blancas y negras brillaron bajo el sol otoñal.

El vestíbulo estaba vacío, lo mismo que el área de recepción. Acababa de sentarse en una de las sillas de respaldo recto que había en la sala de espera cuando apareció una mujer de mediana edad.

-¿Eres Candy? ¿La sobrina de Xavier? -Candy solo logró asentir con la cabeza, porque antes de que pudiera responder, la mujer habló de nuevo-. Es que tenemos una urgencia. No puedo quedarme. En cuanto Quinn termine, vendrá a verte -la mujer cerró la puerta y todo volvió a estar en calma.

Muy bien. Candy se quedó mirando al vacío. No se había esperado un recibimiento con flores, pero bien podría haberle dicho “ hola» o «¿cómo estás?».

Se quitó los zapatos y se puso las manos en los riñones antes de suspirar de cansancio y cerrar los ojos. Sería mejor relajarse mientras esperaba. De nada le iba a servir enfadarse. Apoyó la cabeza en la pared detrás de ella y a los pocos segundos se quedó dormida.

Cuando cinco minutos más tarde Quinn llegó a la recepción dispuesto a pedir disculpas, en vez de encontrarse con una iracunda mujer, se encontró con Candy. Profundamente dormida, con su cabello cobrizo alborotado, las gruesas pestañas contrastando con su cremosa piel que parecía transparente. Una cara encantadora y alarmantemente frágil.

Se quedó parado, entrecerró sus ojos de color ébano y se quedó mirándola durante unos cuantos segundos antes de consultar su reloj. Tan solo habían transcurrido cinco minutos y estaba profundamente dormida. Parecía que estaba agotada. Ahora entendía la razón por la que Xavier y Essie no habían querido que aquella chica hiciera el viaje sola desde Canadá. Pero según le había dicho Essie, la sobrina de Xavier era tan obstinada como su tío. Era algo genético.

No había esperado una chica tan guapa. La foto que le había enviado no le hacía justicia. Fue un pensamiento que intentó quitarse cuanto antes de la cabeza. Era la sobrina de Xavier y sabía que había pasado un verdadero infierno. El que fuera guapa o lo dejara de ser era irrelevante en aquellas circunstancias. Necesitaba paz y tranquilidad y que alguien la cuidara, aunque lo último había que hacerlo sin que ella se diera cuenta. Le había prometido a Xavier y a Essie que él se encargaría de ello. Como si fuera un padre.

Se fijó otra vez en su precioso rostro, sus labios rojos entreabiertos, y el corazón le dio un vuelco antes de darse la vuelta, salir de la habitación y dirigirse hacia la cocina.

Marion estaba allí. Su regordete y amable rostro enrojecido y sudando.

-He hecho café.

-Está dormida -hizo un gesto en dirección a la puerta-. Pero gracias de todas maneras. Esperaré unos minutos y se lo llevaré en una bandeja. Gracias también por ayudarme. Nunca ocurre nada y precisamente hoy tiene que pasar.

Habían tenido que atender a un perro que había sufrido un accidente de automóvil. Quinn había enviado a sus dos ayudantes a atender otros animales y la enfermera estaba enferma con gripe, por lo que no había tenido más remedio que echar mano de la recepcionista para que le ayudara a hacer la operación que el perro necesitaba. Pero lo *más* importante era que todo había salido bien.

Marion estaba sonriendo.

-Pues será mejor que te limpies la sangre primero, porque si no vas a darle a la chica un susto de muerte.

Quinn se miró en el espejo de forma triangular que había sobre el fregadero y murmuró:

-Maldita sea -se limpió la sangre de la cara antes de quitarse de la frente un mechón de su negro pelo e intentar aplastarse el resto de sus rizos-. Tengo que cortarme el pelo.

-Llevo semanas diciéndote eso -le respondió Marion suspirando de forma maternal. El problema era que a Quinn le daba más o menos igual su aspecto, pensó ella. Teniendo en cuenta su atractivo, que lo hacía irresistible para todas las mujeres que conocía, era la persona más modesta que había conocido' en su vida. Y ello le daba más poder de fascinación. El magnetismo que tenía era letal, pero él parecía no darse cuenta en absoluto. Lo cual era muy típico de Quinn. Como había comentado su hija de dieciocho años, cuando lo había conocido:

-Mamá, es pura dinamita.

-Pon en la bandeja algunas galletas, Marion -le dijo Quinn-. Está un poco delgada.

No se te ocurra decírselo -le advirtió Marion poniendo cara de horror. Otro de los atributos de Quinn, no sabía si una virtud o no, era su tendencia a ser muy directo. No se andaba nunca con rodeos. Algo que era de agradecer, sobre todo cuando la tendencia general era que todo el mundo tratara de aparentar algo que no eran. Sin embargo, era la persona más compasiva que había conocido. Un enigma. Marion asintió con la cabeza. Así era Quinn.

Candy estaba todavía dormida cuando Quinn entró con la bandeja de café y unas galletas, pero en esa ocasión no se quedó pensando en su belleza y en su delgada figura, sino que la despertó.

Sin embargo, en los segundos que transcurrieron hasta que abrió *los ojos* pensó que no iba' a ser tan fácil asumir el papel protector que le habían asignado. En la fotografía que había recibido de la boda de

Essie, que había sido sacada bajo el azul sol del Caribe, no había tenido tan buen aspecto. Aunque en aquel tiempo todavía se estaba recuperando del accidente que había sufrido y estaba todavía en la silla de ruedas, recordó con pesar. Tenía que haber tenido eso en cuenta.

Candy se despertó poco a poco, como un niño soñoliento, humedeciéndose los labios con su rosada lengua. Aquel gesto provocó una respuesta en Quinn, en la que no quiso ni siquiera ponerse a pensar.

-¿Quiere café? -cuando Candy abrió sus *ojos* azules, Quinn mantuvo un tono de voz bajo y en calma, el mismo que utilizaba para dirigirse a los pacientes nerviosos-. Se ha quedado dormida esperándome -añadió con voz suave.

-¿Sí? -durante unos segundos su mirada estuvo perdida. Después, la enfocó en un par de *ojos* de color ébano en un rostro verdaderamente atractivo y se ruborizó. Se incorporó bruscamente y el movimiento hizo que sus recién curadas vértebras se resintieran-. ¡Oh! -exclamó.

-¿Se encuentra bien?

-Sí estoy bien. Me he asustado un poco, nada más.

Estaba claro que no quería preguntas sobre su salud. Una actitud un tanto fría. Quinn sonrió. Prefería esa actitud a la de las mujeres de aquel lugar que se relacionaban con él.

-¿Con leche o sin leche? -le preguntó.

-¿Qué? ,

-El café -su tono era paciente.

-Ah -Candy se sonrojó aún más. Su conducta era un tanto extraña y no sabía por qué. A lo mejor era porque aquel hombre era... Bien, no era como había esperado. Cuando Essie le había hablado de su compañero de trabajo, nunca le había descrito a un hombre tipo Pierce Brosnan.

-¿Cómo quiere el café?

-Con leche, por favor. Con dos cucharadas de azúcar.

Se quedó observándolo mientras le servía la taza y no tuvo más remedio que admitir que aquel hombre era todo un hombre. Alto, delgado, sensual. ¿Cómo no se lo habría contado Essie? Bien era verdad que la mujer de su tío solo tenía ojos para su marido. Y él para ella.

Como si le estuviera leyendo los pensamientos, Quinte comentó:

-¿Qué tal está Essie? Según he oído, está esperando un hijo -levantó la cabeza y le ofreció la taza de café.

Candy asintió.

-Salé de cuentas en junio.

Aquello se estaba poniendo cada vez más espinoso. ¿Habría sido

ella siempre así, o le habría cambiado de alguna forma el accidente? Fuera como fuera, a Quinn le iba a resultar bastante difícil ser el amigo que Essie le había pedido que fuera para aquella chica.

Confirmando lo que estaba pensando, Candy le preguntó muy formalmente:

-Creo, señor Ellington, que usted tiene la llave de la casa de Essie.

¿Por qué le llamaba de usted?

-Quinn. Me llamo Quinn.

Candy parpadeó.

-Ha sido un viaje muy largo y estoy un poco cansada. ¿Me dices cómo puedo llegar a casa de Essie?

Le gustó su acento canadiense. Aunque tratara de mantener las distancias, como lo estaba haciendo, tenía un tono cálido y suave.

-Haré algo mejor. Yo ya he terminado y Jamie, que creo que lo conociste en la boda, y mi otro ayudante están a punto de volver. Te llevaré y te enseñaré cómo funciona la cocina y todo lo demás.

-No me gustaría ser una molestia -comentó Candy un poco nerviosa-. Además, Essie ya me lo ha explicado muy bien.

-Veo que es una chica muy concienzuda.

Por el tono que utilizó, estaba claro que no iba a desistir en la idea de acompañarla. Se quedó mirando sus ojos oscuros como la noche y dio unos sorbos de café.

Su tío Xavier, que había sido como una madre, un padre, una hermana y un hermano para ella, se había enamorado y casado con una colega veterinaria de aquel hombre el año pasado.

Xavier había comprado aquella clínica veterinaria cuando el propietario la había anunciado en el mercado, pero cuando se casó con Essie se la vendió a Quinn. ¿Se sentiría Quinn obligado para con ella por el hecho de haberle comprado la clínica a su tío? Porque era lo que menos le apetecía en aquellos momentos y estaba dispuesta a dejárselo claro cuanto antes.

-Señor Ell..., Quinn -rapidamente corrigió cuando lo miró a los ojos-. No sé lo que Essie le habrá contado, pero sé cuidar de mí misma justo en ese momento se dio cuenta de la expresión en su mirada y supo que Essie le había pedido que cuidara de ella. Seguro que había sido idea de Xavier. ¿Cómo le habrían podido hacer algo así? Sabía que lo hacían con la mejor de las intenciones, pero no Ira algo que ella deseara-. Lo digo en serio -añadió en tono frío.

-¿Una galleta? -Quinn la observó y se dio cuenta de que la había pillado.

-No gracias.

-Son caseras -la animo-. Marion, aparte de recepcionista, es como una madre, y parece que se ha propuesto el que esté bien alimentado.

Candy se mordió el labio y lo miró entrecerrando sus vívidos ojos

azules.

-Essie te ha pedido que cuides de mí, ¿no?

Era una mujer bastante directa. Eso le gustaba mucho. Era una cualidad muy rara en los tiempos que corrían. Podría esquivar la pregunta que le estaba haciendo, pero no podía al haber sido tan directa.

-Sí -era una respuesta también muy directa. Se acomodó en su silla, manteniéndole la mirada y con las piernas estiradas frente a él. Candy sintió un nudo en la garganta. Fue una sensación que no había sentido desde hacía mucho tiempo, una sensación que la asustó.

-Pues no tienes por qué preocuparte -le dijo en tono neutro a la vez que se levantaba-. No soy una niña y no me gusta que me traten así.

Estaba claro que no era una niña, pensó Quinn.

-¿Es que tienes algo en contra de la gente que quiere ayudar a los demás?

No se movió, su voz todavía en calma y relajada, pero con un cierto tono de masculinidad que ella no había notado antes. Un tono con cierta autoridad, ante el cual ella se dio cuenta de que su comentario había sido un tanto estúpido.

-No, claro que no -le respondió-. Si eso es lo que quieren. Pero yo no quiero que nadie me cuide.

-¿Y no crees que es comprensible que Xavier no quiera que Essie se preocupe por ti en un momento tan delicado de su embarazo? -le preguntó Quinn con voz sedosa.

Buena pregunta. Se quedó mirándolo, sus ojos abiertos de forma desmesurada por la sorpresa que había provocado en ella. En tan solo unos segundos la había acusado de ser infantil, egoísta y desagradecida sin siquiera pronunciar aquellas palabras. Aquel hombre era mucho más de lo que se veía a simple vista, como ella había sospechado nada más verlo.

-Les llamaré de vez en cuando -le respondió ella en tono desafiante.

-Muy amable por tu parte -replicó en tono sarcástico-. Siéntate y termínate el café -casi le ordenó.

-Preferiría marcharme, si me das la llave, por favor -Candy no sabía por qué se estaba comportando de aquella manera. Ni siquiera el tono de su voz era el que acostumbraba a ser. Nunca había sido una persona petulante.

-Siéntate -fue casi un ladrido en aquella ocasión. Lo obedeció, pensando con cierto tono de humor que la profesión de aquel hombre le iba como anillo al dedo. Ningún animal lo desobedecería si utilizaba aquel tono. Lo único que podía hacer era seguirle la corriente, si quería conseguir la llave. En cuanto la consiguiera, no

volvería a poner los ojos encima de aquel tipo.

-Gracias -Quinn no supo si estaba más enfadado consigo mismo o con aquella mujer que tenía frente a él que parecía un ángel, pero con un temperamento fuera de control. Pero era familia de Essie y estaba recuperándose de un accidente del que poca gente salía viva, estaba sola y no conocía a nadie allí. Además, había prometido cuidar de ella. Lo había prometido. Hacía años, que no había perdido los estribos de aquella manera. ¿Por qué los había perdido en esos momentos? Suspiró hondo y la miró a los ojos.

-Bébete el café, te ayudará a despejarte y llegar en coche hasta la casa.

Y encima la estaba tachando de conductora inepta. Candy frunció el ceño, sus ojos azules despidiendo chispas. Pero se terminó el café y se comió la galleta que Quinn había colocado en el platito. Estaba deliciosa.

-¿Ya? -Quinn se levantó mientras se lo preguntaba. En ese momento se dio cuenta de que era un hombre alto, muy alto. La sacaba por lo menos quince centímetros. Se fijó en que necesitaba un corte de pelo. Candy abrió los ojos de forma desmesurada al darse cuenta de aquel pensamiento y lo desechó con firmeza. A ella le daba igual que el pelo le llegara a los pies.

-Te espero fuera.

No sabía cómo terminar aquel encuentro. No le apetecía darle las gracias por el café, ni tampoco se atrevía a pedirle la llave otra vez. Pero al oír su propuesta se dio cuenta de que lo estaba mirando con cara de sorpresa. Parecía decidido a acompañarla a la casa. Prefirió tragarse la respuesta que casi le había llegado hasta los labios. Pasó a su lado y abrió la puerta de la calle.

Se quedó en los escalones durante unos segundos y respiró hondo el frío aire inglés, antes de dirigirse a su Ford Fiesta y abrir la puerta.

Cuando se metió en el coche, arrancó el motor y esperó. Minutos más tarde, un elegante Aston Martin salía por la puerta del garaje de la casa.

Candy esbozó una sonrisa. Aquel era el típico coche ante el que todas las mujeres se quedaban bobas mirando. Seguro que Quinn se lo había comprado por eso.

¿Pero por qué pensaba tan mal de él? Quinn la saludó con la mano cuándo detuvo el coche al lado de su Ford Fiesta. ¡Tenía todo el derecho del mundo a tener el coche que le apeteciera!

A Harper también 1e habían gustado los coches potentes. Mientras iba detrás de él por la carretera principal se dio cuenta de que su mente ya sabía la respuesta antes de haber formulado la pregunta. Se mordió el labio. No, no podía cortar a todos los hombres por el mismo patrón. Seguro que en la vida había hombres

buenos, corrientes y normales, que eran capaces de permanecer fieles toda sus vida. Lo pensó sin mucha convicción y frunció el ceño.

Qué más daba. No estaba dispuesta, a comprometerse otra vez. Apretó los labios, estiró la espalda y siguió a Quinn por la carretera que parecía sacada de una postal de la campiña inglesa.

Pasaron al lado de varias casas con magníficos jardines y a los pocos kilómetros estaban en una carretera más estrecha que atravesaba campos verdes.

Candy estaba pensando que aquel camino era muy estrecho, en caso de que viniera un coche en el sentido contrario, cuando vio que Quinn encendía el intermitente, reducía la velocidad y aparcaba en un trozo de terreno en el que entraban solo dos coches.

-Oh, Essie... -comentó Candy, como si la esposa de Xavier estuviera en el coche con ella, al fijarse con asombro en la casa.

Una casa pequeña pero que parecía sacada de un cuento de hadas. Parecía que tenía mucho terreno en la parte de atrás. Seguro que en primavera toda aquella extensión se llenaba de miles de flores de colores. Incluso en aquella época del año, en la que solo se veían las siluetas de las rama¡ de los árboles contra un cielo dorado, la vista le quitaba la respiración a uno. Ya entendía la razón por la que Essie había conservado aquella casa, a pesar de que Xavier tenía una en Londres. Si fuera de ella, no la vendería. De ninguna manera.

Y podría quedarse allí todo el tiempo que quisiera. Essie se lo había expresado con mucha claridad.

-Meses, un año, dos años, para siempre... -le había dicho la mujer de Xavier cuando le había ofrecido la casa-. Como si fuera tuya, Candy. Es el sitio perfecto para que reanudes tus sesiones de pintura y a mí me apetece mucho que alguien viva allí. Xavier contrató a una señora para que vaya de vez en cuando a limpiar. También hay un jardinero. Aparte de esas dos personas, no verás a nadie más por allí.

Las últimas palabras se le habían quedado grabadas en la mente. Abrió la puerta del coche y miró a Quinn, que estaba sosteniendo la puerta del jardín para que ella entrara.

-Entra y echa un vistazo mientras yo saco las maletas -le dijo sin siquiera sonreír.

-No te preocupes, yo puedo...

-Y después desaparezco de tu vista -le interrumpió-. ¿De acuerdo?

Debía haberle dicho que su intención no había sido decirle que se fuera. Sobre todo porque la estaba tratando con mucha cortesía y educación. Pero no lo hizo. Candy levantó el mentón, asintió con la cabeza y se dirigió hacia la puerta. Tuvo que pasar a su lado para entrar y cuando lo hizo olió su perfume, una mezcla de deliciosa loción para después del afeitado y limón. Su cuerpo se estremeció.

Caminó con decisión hasta la puerta de la casa. Quinn metió la

llave en la cerradura y la abrió. Intentó tranquilizarse pensando que en solo unos minutos se quedaría otra vez sola. Se quitaría los zapatos de sus doloridos pies, se daría un baño y se metería en la cama. Era lo único que le apetecía. Todo lo demás podría esperar a la mañana siguiente. Nunca se había sentido tan agotada en su vida.

El interior de la casa era tan bonito como el exterior, o más. Los suelos de madera, los techos con las vigas vistas, las paredes pintadas de blanco con un par de cuadros... Era el sitio perfecto.

Del salón salía una escalera por la que se subía al dormitorio y el minúsculo cuarto de baño. No había muchos muebles. Tan solo un sofá de color rojo y dos sillas, una estantería para poner los libros, una mesa y dos banquetas al lado de una barra que separaba la pequeña cocina del salón.

No había televisión, ni microondas. Tampoco frigorífico, ni lavadora. Solo el fogón.

-He llamado para que vuelvan a poner línea en el teléfono -comentó Quinn apuntando con la mirada el aparato que había en la mesa-. Y he puesto algo de leña en la chimenea. En el cobertizo hay más, madera. También he puesto una lista con los teléfonos del médico, el dentista y todo lo demás.

-Muy bien, gracias -Candy empezó a tener sentimientos de culpa. Había colocado flores en la estantería y, cuando abrió los armarios de la cocina, vio que estaban llenos de comida. En la panera había una barra recién hecha y el frutero estaba repleto de frutas. A su lado, había filetes, bacon, huevos y unas botellas del mejor vino. Suspiró hondo y le preguntó:

-¿Has comprado tú todo esto?

Quinn se encogió de hombros.

-Sí, pensé que no te apetecería salir a comprar nada más venir.

-¿Cuánto te debo? -le preguntó un poco tensa y sonrojad.

-Nada -le respondió.

-Pero te lo tendré que pagar...

-Te digo que no me debes nada -replicó en un tono contundente. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la pequeña cocina, alcanzó una caja de cerillas y se fue a encender la chimenea.

-Hace un poco de frío. En unos minutos esto se caldeará -le dijo-. No hay calefacción central. Tendrás que tener cuidado de no quedarte sin combustible.

Se produjo un silencio en el que Candy se preguntó si no debería insistir en lo del pago de la comida, pero prefirió dejarlo como estaba.

-Gracias -le dijo.

-Hay una conexión para la antena de televisión, si quieres traer una. A Essie no le gustaba la televisión.

-Ni a mí tampoco -respondió Candy-. Pasaré casi todo el tiempo

pintando. Además, me gusta mucho leer frente ala chimenea.

-¿Eres hogareña?

-Sí.

-Te traeré las maletas -comentó él con voz sedosa.

Candy subió al piso de arriba mientras Quinn le llevaba las maletas. Entró en el dormitorio. La colcha y las cortinas hacían juego. Era preciosa. No había ni armario, ni aparador. Essie ya le había advertido de que había puesto provisionalmente una barra donde colgaba las perchas con la ropa, con la idea de cambiarla algún día por un armario. Pero a Candy le daba igual. A lo mejor compraba un armario de pino que fuera a juego con la cama antes de marcharse de la casa.

-¿Quieres que suba las maletas?

-¿Subirlas? Solo imaginarse a Quinn en el dormitorio fue suficiente como para bajar las escaleras a toda velocidad.

-No, no te preocupes -le dijo casi sin respiración, dándose casi de bruces con él-. Ya las subiré yo más tarde.

-Déjalo hasta mañana, si puedes. Debes de estar agotada -cuando había bajado las escaleras, sin embargo, había parecido una jovencita. Una jovencita con ojeras y cara de cansancio. También se había dado cuenta de que cojeaba un poco. Casi no se le notaba, pero así era.

-Bueno, me voy Candy -le dijo con voz suave-. Si quieres algo, no dudes en llamarme.

Candy estuvo dudando unos segundos, al cabo de los cuales estrechó su mano y le dijo:

-Gracias. De verdad. No era mi intención ser grosera antes. Lo que pasa es que quiero estar sola -al darse cuenta de que incluso aquella respuesta era un tanto insultante, quiso añadir-. Lo que quiero decir es...

-Que necesitas espacio para respirar.

Todavía estaba sosteniendo su mano, su cabeza ligeramente inclinada hacia ella. Fue algo más indefinido que las palabras que pronunció lo que la hizo mirarlo con expresión de asombro. No le gustaba la reacción que le producía sentir aquella mano dura, ni tampoco el hecho de saber que tenía que retirar su mano y no podía. Lo que la dejó totalmente inmóvil fue el que él supiera con exactitud lo que ella realmente sentía.

Se humedeció los labios con la lengua y se fijó en que él seguía el movimiento con la mirada. El calor que sintió fue suficiente como para reaccionar.

-Sí, eso es lo que he querido decir.

-De todas maneras procura no aislarte demasiado, porque eso tampoco es bueno -le dijo en un tono grave y sensual.

¿Sabría lo sensual que era? Candy nunca había conocido a nadie con tanto magnetismo en su vida.

-No tengo ninguna intención de hacerlo -le respondió casi temblando-. Lo que voy a hacer es pintar. Es posible que exponga en Londres, si mi agente logra llegar a un acuerdo...

No me refería a trabajo -de repente sintió que tenía la mano libre, con una sensación como de desnudez-. Me refería a algo que llevamos aquí dentro -se tocó 1a parte del cuerpo donde estaba el corazón-. Porque llega un momento en que el sentimiento muere y es muy difícil volverlo a resucitar. Te lo dice alguien que entiende un poco de eso.

Parecía estar hablando de sí mismo. Candy se quedó mirándolo. No sabía cómo se había desviado la conversación a ese punto, pero de repente parecían estar hablando de él.

-Van pasando los días y te dices a ti mismo que tienes que empezar a abrirte, volver a relacionarte. Pero un buen día te despiertas y te das cuenta de que eres autosuficiente. Que no necesitas a nadie -tenía la mirada dura.

-¿Y no es bueno eso? -le preguntó ella casi in atreverse.

Su voz pareció llevarlo al presente. Movió los párpados y le respondió.

-Puede que sí y puede que no. ¿Quién sabe? -los momentos de intimidad habían pasado.

Candy se quedó donde estiba. Quinn se dirigió hacia la puerta principal y salió a la fría tarde. Ella lo - acompañó y lo observó dirigirse hacia su coche.

-Hasta la próxima, Candy -se dio la vuelta en la puerta del jardín, echándose el pelo para atrás con una mano-. Te llamaré algún día para ver si sigues viva. Prometo no molestarte, de todas maneras ¿De acuerdo?

-De acuerdo.

Era lo que ella había querido. Se lo había dejado muy claro. ¿Por qué se sentía entonces tan triste?, se preguntó Candy mientras observaba el Aston Martin saliendo a la carretera.

Estaba cansada, eso era lo que le pasaba. Le habían ocurrido demasiadas cosas ese día y no podía pensar con claridad.

Se mordió el labio y entró a supervisar su nuevo hogar. La encimera de la cocina estaba llena de comida: Vio una nota que él debió escribir mientras ella estaba en el dormitorio. Estaba al lado de,una botella de vino tinto y decía:

Tómate un par de vasos mientras cocinas el filete. La ensalada ya está preparada. Q.

Se bebió el primer vaso sentada frente a la chimenea. Luchó para que no se le saltaran las lágrimas, sin saber la razón por la

que quería llorar. Después de poner el filete en la sartén, se tomó el segundo vaso en el cuarto de baño, metida en la bañera, para relajarse del largo y agotador viaje.

Había anochecido cuando bajó de nuevo. Fuera, estaba nevando. Corrió las cortinas, puso el filete en un plato y se sirvió otro vaso de vino antes de echar un par de troncos más a la chimenea.

¡Odiaba a los hombres! Los odiaba a todos. Iba a hacer lo que había decidido hacer hacía dos semanas en Canadá. Concentrarse en su pintura, labrarse un futuro por sí misma, tanto donde estaba como al otro lado del Atlántico y hacer de su trabajo su modo de vida.

Terminó la ensalada y el filete, acabó el vaso, suspiró hondo y se fue al piso de arriba. Los platos y las maletas podrían esperar hasta el día siguiente.

Nada, absolutamente nada, había cambiado.

Capítulo 2

CUANDO Candy despertó a la mañana siguiente se encontró en un mundo de silencio de cielos blancos y plateados. Era precioso.

Se quedó de pie mirando por la ventana de su dormitorio, asombrada ante semejante belleza, y sus dedos sintieron el deseo de volver a tomar los pinceles. Hacía más de un año que había dejado de pintar.

Se saltó su habitual ducha y bajó al piso de abajo, donde encontró la maleta que contenía las medias y los jerseys de lana. Ni siquiera se molestó en lavarse la cara.

Después de un desayuno rápido a base de una tostada y café, abrió la bolsa en la que había guardado sus pinceles y accesorios de pintura, dejando el resto de las maletas donde Quinn las había colocado. Después de organizar la habitación para conseguir toda la luz posible, se puso a trabajar.

A eso de las cuatro, cuando la luz se hacía cada vez más tenue, salió del estado de ensimismamiento en el que había permanecido durante horas y se dio cuenta de que la casa estaba helada y ella hambrienta.

Encendió la chimenea y comió algo. Después, sacó un libro de la estantería y se sentó en el sofá hasta las diez de la noche. Tomó un baño, una taza de cacao y se metió en la cama a las diez y media. A los pocos minutqs, estaba dormida.

A los cinco días de estar allí, no tuvo más remedio que salir por más comida. Durante esos cinco días había llamado a Xavier y a Essie y había deshecho las maletas. Había empezado también un cuadro precioso. Logró sacar el Ford a la Fiesta de la nieve para ir al pueblo.

Tenía que pasar por la clínica de Quinn, pero procuró no mirarla.

No la había llamado por teléfono.

Y eso era perfecto, maravilloso. Quería decir que había entendido el mensaje alto y claro. No estaba dispuesta a hacer caso a la vocecilla que la instaba a averiguar la razón de la amargura que la voz de él había reflejado. El pasado era cosa de él, lo mismo que el suyo era de ella.

¿Le habría contado Essie a Quinn algo de ella? Era algo que le venía de vez en cuando a la cabeza.

Confiaba en que no. No era que tuviera que ocultar nada, se decía en tono militante. Pero no le gustaba que nadie se enterase de su vida. Nada más. Uno de los amantes de su abuela, que había sido una mujer de vida alegre, había violado a su madre, Natalie, cuando ésta tenía catorce años. Ella no tenía un pasado como el resto de la gente. Su pobre madre... Se acordó de la fotografía que Xavier le había dado cuando era pequeña. Era el único recuerdo que tenía de ella.

Su madre había muerto cuando la había tenido a ella. Había sido algo muy difícil de asumir, a pesar de la delicadeza y ternura con la que se lo dijo Xavier. Natalie solo tenía quince años. Aunque aquella tragedia había desestabilizado a su abuela y había abandonado la vida disipada que llevaba hasta que murió ocho años más tarde, el daño ya estaba hecho. Xavier había procurado limpiar su reputación con ahínco.

En cuando logró hacer su primer millón, nadie se atrevió a volver a mencionar aquella historia. Candy con amargura. Pero en su pueblo todavía vivían res que conocían la historia familiar y se creían el derecho de acosarla. No se lo había comentado a Xavier porque habría hecho cualquier locura. Xavier -_:rhabía criado y para él era como una hija.

-Su pasado había sido una de las razones por las que cesó que Harper era tan maravilloso. La había respetado, la había tratado como si fuera una pieza de porcelana.

Intentó olvidarse de Harper. ¿Cómo podía haber sido tan ingenua, tan confiada, tan ciega? Pero ya no importaba. Suspiró hondo, intentando combatir las náuseas que le entraban nada más pensar en él. Harper ya no estaba. Había perdido la vida entre un amasijo de hierros.

Había llegado ya al pequeño pueblo de Sussex. Nada más entrar se fijó en un sitio para aparcar en la calle principal, al lado de un mercado. No perdió ni un minuto en meter su coche.

Lo dejó casi encajado entre un todoterreno y un BMW Seguro que por eso estaba el sitio vacío. Pero Xavier le había enseñado a conducir en la finca que tenía en Vancouver cuando ella era una cría y llevaba todavía coletas. Le había enseñado tan bien que casi podía aparcar en un par de palmos.

Apagó el motor, salió como pudo del coche y cuando se dio la vuelta se encontró frente a unos ojos negros que tenían gesto de aprobación.

-Muy bien -Quinn indicó el Fiesta con la mano y sonrió-. ¿Conducen todas las mujeres canadienses como tú?

Candy se había quedado petrificada. Estaba a escasos centímetros de ella y parecía más alto y más fuerte de lo que recordaba y mucho más guapo. Tenía las botas embarradas, sucias de hecho.

-Hola, Quinn -demasiado tarde, pero mejor tarde que nunca.

-Hola Candy -le respondió muy serio pero con la mirada sonriente. Y a continuación, cuando los perros que había dentro d ¿l todoterreno empezaron a ladrar al oír su voz, él.gritó-. Tranquilos, fieras -y se callaron.

-¿Este coche, es tuyo? -le preguntó Candy sorprendida.

-Es rni coche de trabajo -le respondió-. Los ganaderos pensarían

que me había perdido si me ven aparecer con el Aston Martin.

-Claro, claro -era mejor seguir hablando, actuar de forma natural, olvidarse de que no iba maquillada y que tendría que haberse lavado el pelo-. ¿Y los perros...?

-Son míos -había un tono de calidez en su voz cuando miró las cabezas y los ojos brillantes que estaban en la parte de atrás del vehículo-. Los tengo desde hace ocho meses, a los cinco.

-¿Cinco? -le preguntó tratando de no hacer caso a su corazón.

-Es una larga historia. Pertenecían a una mujer que recogía a todos los perros abandonados. Estos cinco son los que nadie quiso quedarse. Por eso...

-Te los quedaste tú -le interrumpió Candy. No le gustó lo que le contó, o mejor dicho no le gustó lo que aquella historia implicaba. No quería pensar que Quinn era una persona preocupada por los desvalidos. No quería pensar siquiera en Quinn.

Quinn se encogió de hombros.

-Quería un poco de compañía, eso es todo. Aunque a veces el pequeño Jack Russell se pasa un poco.

Se quedó mirándolo. Hablaba como no dándole importancia, pero estaba claro que quería a esos perros a en su cara y lo oía en su voz. La voz de Candy con un tono remoto y neutro cuando le dijo:

-Bueno, tengo que irme. Ha sido un placer verte vez.

-Lo mismo digo -le respondió.

Candy asintió con la cabeza, furiosa consigo mis por quererse marchar de allí cuanto antes. Porque a seguir hablando con él, descubriendo más cosas él. Lo cual era un poco estúpido. O más bien peligroso. Era demasiado guapo, con demasiado carisma.

-Notó su mirada clavada en su nuca mientras cuando se dirigía hacia las tiendas que había al lado del mercado - no volvió la cabeza cuando salió de la frutería.

Cinco minutos más tarde, el todoterreno había desaparecido y en su lugar había un Mini.

El cielo le pareció de pronto más gris. Notó el viento helado traspasando su cazadora. Se quedó mirando el mercado. A continuación se dio la vuelta de repente, como si quisiera quitarse algo de encima. Estiró los hombros, levantó la cabeza y se dirigió hacia la siguiente tienda.

-Aquella noche, volvió a nevar. Por la mañana el viento se había convertido en una ventisca. Pero dentro de la casa se estaba muy bien. Candy había aprendido a dejar el fuego por la noche para que durara hasta por la mañana y mantener la casa caliente. Cuando se levantaba, retiraba las cenizas y volvía a colocar unos troncos para reavivarlo otra vez.

A eso de media tarde se le había acabado el carbón y el último

tronco estaba ardiendo en la chimenea. Había llegado el momento de ir al cobertizo a por leña.

Candy se puso las botas y la cazadora y salió de la casa con la cabeza agachada para que no le diera el viento en *los ojos.* Después de la acostumbrada lucha para abrir la puerta, entró en el cobertizo.

Después de llenar el cubo de carbón y llevarlo a la casa, salió con el sacó para la leña. Fue precisamente cuando estaba metiendo los troncos en él cuando lo oyó. Parecía un agudo chillido. ¿Ratas? Se quedó paralizada. Podía soportar lo que sea , pero no a las ratas. Las ratas eran más asquerosos seguro que, si no les hacía caso, ni la molestarían.

Se inclinó de nuevo a poner otro tronco, cuando volvió a escuchar el mismo chillido. No era un chillido. Era más bien un maullido como si hubiera un gato allí. ¿Cómo había logrado allí? Lo llamó sin ningún resultado.

¿Estaría herido o solo buscaba cobijo? Al cabo de los cinco minutos, cuando el filo ya le estaba calando los huesos y se disponía a irse a la casa para volver con un platito de leche, volver a oír un maullido detrás de la *pila* de troncos. Y allí lo vio. En un rincón de los *más* apartado, al lado de unos escombros en los que su madre los había traído al mundo. Eran pequeñísimos, no tendrían más de unos días. La gata ni se movía.

Rezó para que no estuviera muerta. Candy se quedó horrorizada mirando la escena que había ante *los ojos* y en ese momento uno de los *gatos* se movió y maulló de nuevo. Candy miró la pis de troncos. Si intentaba moverlos y uno de ellos *se* podría caer encima de ellos y aplastarlos. Pero no podía dejarlos allí.

¿Cuánto tiempo haría que la madre no había comido ni bebido? A lo mejor días. No había forma de saberlo.

Quinn. Él era veterinario. Él sabría qué hacer. Corrió hacia la casa casi sin respiración y, cuando entró, abrió el armario y buscó su número. Sabía que estaba allí. Su número estaba incluido en una lista de números de emergencia.

Marcó con dedos temblorosos y descubrió que estaba más alterada de lo que en principio había pensado. Le había dado tanta pena ver a aquella gata protegiendo a sus gatitos, después de haber encontrado refugio para ellos...

Fue Marion la que respondió al teléfono. Candy prefirió saltarse las formalidades e ir derecha al grano.

-Soy Candy, la sobrina de Xavier. Quiero hablar con Quinn, es una emergencia.

-¿Candy? -al oír la voz profunda de Quinn después de una breve pausa, descubrió que tuvo que luchar para controlar sus lágrimas.

-Oh, Quinn. Hay una gata en el cobertizo de la leña y no se

mueve y no puedo alcanzarla. Tiene gatitos...

-Tranquila, tranquila -la interrumpió con un tono muy amable-. Empieza desde el principio.

Fue lo que hizo. Cuando terminó, guardó silencio y él le respondió:

-Parece que tendré que ir allí cuanto antes. Jamie y Bob se tendrán que encargar de mis pacientes. Termino lo que estoy haciendo y voy enseguida. No tardo más de quince minutos. ¿De acuerdo?

-La carretera está llena de nieve. No sé si podrás...

-No te preocupes -le interrumpió-. Voy en el todoterreno. Hasta luego -y colgó el teléfono.

Los siguientes quince minutos, Candy los pasó entre la puerta y el cobertizo de la leña. La gata no se había movido, ni abierto los ojos. Cuando apareció Quinn en su todoterreno estaba convencida de que había muerto.

Nada más cruzar la puerta del jardín, le tiró de la manga de su cazadora y lo llevó por el camino, hasta que su mirada la hizo darse cuenta de lo que estaba haciendo.

-Lo siento -dejó Caer la mano como si la chaqueta estuviera ardiendo. Pero nunca en su vida se había puesto tan contenta de ver a alguien.

Quinn entró en el cobertizo, se agachó y miró detrás de los troncos apilados.

-Tenemos que sacarlos de ahí. Pero tienes razón, es muy arriesgado moverlos. Voy a ir por la parte de atrás a ver si encuentro el agujero por el que entró la madre y los sacaré uno a uno.

Candy se lo quedó mirando con gesto de duda. El cobertizo estaba completamente rodeado por maleza. Miraras donde miraras, parecía una misión imposible.

-Es imposible entrar ahí.

Quinn dejó de observar la gata y los gatitos, se dio la vuelta y se levantó.

-Esas dos últimas palabras no están en mi vocabulario -le dijo-. Y me sorprende que estén en el tuyo.

A Candy aquello le dolió.

-¿Qué quieres decir?

-Que eres una mujer con agallas y las mujeres con agallas no abandonan antes de empezar.

¿Con agallas? ¿Qué le habría contado Essie?

-¿Qué sabes tú de mí? -le preguntó-. ¿Qué es lo que te ha contado Essie?

-¿Essie? -Quinn pareció sorprendido-. Lo único que me ha contado es que querías descansar unos meses. ¿Qué tenía que haberme

contado?

-Nada -a pesar del frío que hacía, Candy estaba ardiendo.

Quinn continuó mirándola durante unos segundos más, antes de decirle en tono de irritación:

-Lo único que quería decir es que hay que tener agallas para tomar la decisión que tú has tomado, después del accidente del que te has estado recuperando. Ni más, ni menos. Si tienes más fantasmas guardados en tu armario, es asunto tuyo, Candy.

Ese comentario la había puesto en su sitio.

-A mí lo único que me preocupa ahora es poder sacar a esa gata y a sus pequeños para poderlos examinar tan pronto sea posible. ¿Está claro?

-Perfectamente claro -lo miró con gesto de mal humor.

-Muy bien. Voy a intentar entrar por atrás. Tú quédate aquí echándoles un vistazo. Cuando veas mi mano entrar por el agujeró, me lo dices y me dices cómo tengo que moverla para alcanzarlos. ¿Entendido?

-Claro que lo entiendo -le respondió muy enfadada-. No soy tonta.

-Nadie ha dicho que lo fueras, Candy -estaba utilizando el mismo tono con ella que el que utilizaba con un animal difícil. Lo sabía. Todos los hombres eran iguales. Todos los hombres eran imposibles, insufribles...

Se apartó unos pasos cuando él pasó a su lado. Quinn se detuvo y ella lo miró. Estaba muy cerca de ella. Demasiado cerca. No había sitio para dos en aquel cobertizo y él era un hombre muy grande.

La estaba mirando con un aire de asombro que resaltaba las líneas de su rostro, lo cual le hacía incluso más atractivo. Notó cómo su corazón daba un vuelco, a pesar de sus esfuerzos por evitarlo. Pero las hormonas de su cuerpo no parecían obedecer las órdenes que ella enviaba desde su cerebro. De hecho, no creía que ninguna mujer pudiera pasar por alto a un hombre como Quinn Ellington.

-¿Qué? -preguntó ella en tono agresivo.

-Cuando vi ese maravilloso pelo que tienes, debí imaginarme que estaba ante una bola de fuego -le respondió.

¿Pelo maravilloso? ¿De verdad creía que su pelo era bonito? Era mejor no seguir pensando en eso, con él tan cerca de ella devorándola con la mirada.

-Pues no lo soy -le respondió con voz débil-. Lo que pasa es que...
,

-¿Qué? -se cruzó de brazos.

-Que siempre dices lo que no tienes que decir -le aclaró.

-¿De verdad? -no pareció inmutarse por su acusación. Se limitó a sonreír, antes de abrir la puerta y salir fuera.

Era increíble su arrogancia. Se quedó de pie mirando la entrada vacía durante unos segundos, al cabo de los cuales lo oyó dirigirse a la parte de atrás del cobertizo. Recordando sus instrucciones, se arrodilló y miró el suelo sucio y polvoriento.

Durante los minutos siguientes, se oyeron juramentos, junto al sonido de ramas romperse. Después de un rato, Candy vio una mano saliendo por el agujero.

-¡Veo tus dedos! -le gritó ella.

-Muy bien. Antes de nada tráeme el saco que tenías para llevar los troncos -le respondió-. Además, aquí no se ve casi nada. ¿Tienes una linterna?

-Tengo una, pero está casi sin pilas...

-Magnífico -fue su cáustica respuesta-. Pues tendrás que ir al coche a por la mía. No está cerrado. Está en la parte de atrás. La necesitarás si me quieres indicar cómo llegar hasta los gatitos.

Cuando Candy se dirigía hacia la parte de atrás del cobertizo con el saco y la linterna estaba ya oscureciendo y la nieve caía con intensidad. Por eso entendió la razón del malhumor de Quinn cuando llegó donde estaba. Estaba tumbado en un zarzal lleno de pinchos.

-¿Estás bien? -le preguntó mientras le daba el saco.

-No me voy a molestar en responderte. Este condenado zarzal me ha arañado todo el cuerpo.

-Lo siento.

Candy se volvió a meter en el cobertizo y con la linterna empezó a dirigir las operaciones.

Quinn no hacía más que gruñir, pero consiguió sacar a tres gatitos sin dificultad. Fue la gata la que dio más problemas. Se había movido cuando Quinn le había quitado a sus hijos y, cuando intentó levantarla, ella sacó fuerzas de algún sitio y clavó sus garras en uno de los troncos. A1 cabo de los pocos segundos volvió a su estado comatoso y, con una hábil maniobra, Quinn logró sacarla también.

Candy se fue corriendo a la parte de atrás, alumbrando con la linterna las piernas de Quinn, quien muy lentamente se levantó con el saco entre sus brazos. El zarzal no quería dejar su presa tan fácilmente. Profirió algunos cuantos gritos más, antes de ponerse en pie de nuevo.

-Oh, Quinn -se quedó asustada cuando lo vio. La sangre le salía de los arañazos de la cara y de los brazos-. Lo siento.

-¿Qué? -no te preocupes por unos cuantos arañazos-. Vamos a meter a estos dentro a ver cómo están. Dejé el maletín en el cobertizo, ¿me lo puedes traer, por favor?

Una vez dentro de la casa, Quinn puso el saco en el suelo, frente a la chimenea y lo abrieron para ver cómo estaba aquel cuarteto. La gata estaba en los huesos y se la veía sin fuerzas. La única vez que se

movió fue cuando Quinn levantó los gatitos uno a uno para examinarlos, los cuales maullaron al abandonar el olor y el calor de su madre.

-Solo tienen unos días. Ni siquiera han abierto los *ojos* -murmuró Quinn mientras los colocaba en una caja de cartón que Candy le había llevado-. Pero parece que están sanos, aunque repletos de pulgas. Vamos a ver a su madre.

Candy se sentó sobre sus talones y observó las inmensas manos de Quinn examinar a aquella criatura. La gata no protestó al ser examinada, porque ni siquiera se daba cuenta de dónde estaba. Tan solo reaccionaba cuando sus hijos desde la caja maullaban protestando por su ausencia.

-Bueno, no tiene enteritis felina.

Su voz la sacó de su estado contemplativo de sus anchos hombros y ancho pecho debajo de la camisa de pana negra que llevaba puesta. La cazadora se la había quitado antes de empezar a examinar a sus pacientes.

-¿Es malo la enteritis felina? -ella no sabía casi nada de animales y sabía muy poco de sus enfermedades.

-Lo peor -sus *ojos*- negros y brillantes se posaron en ella durante unos segundos-. Aun hoy en día, a pesar de los adelantos médicos que tenemos, podemos hacer poco para combatir esa enfermedad que habría acabado con este animal -le respondió mientras movía a la gata-. Parece muy dócil para ser salvaje. Aunque también es cierto que está agotada y casi muerta de hambre. De todas maneras he conocido a muchos gatos salvajes que habrían luchado aún en estas circunstancias. No sé por qué pero tengo la sensación de...

-¿Qué? -le preguntó ella.

-Pues de que es una gata doméstica que sus dueños abandonaron cuando se dieron cuenta de que iba a tener gatitos.

-¡Eso no puede ser! -exclamó Candy horrorizada-.

-No puede haber gente tan cruel.

-Te sorprendería saber cuánta gente puede hacer algo así -le respondió con gesto triste:

-¿Va a morir? -le preguntó Candy.

-No, si puedo hacer algo por evitarlo -entrecerró los ojos y miró al animal.

Todo su interés y energía se concentraron en la gata y sus gatitos. Y ella se fijó en todos los movimientos de sus músculos, en sus expresiones. Algo que ella no había querido hacer. Porque de hecho había hecho la promesa de no fijarse nunca más en un hombre. No sabía cómo Quinn Ellington había logrado afectarla tanto. A lo mejor era verdad lo que había leído hacía ya años, que las mujeres se sentían atraídas por los médicos, asesores y veterinarios, hombres

con decisión, fuertes, pero con uri lado protector. A lo mejor era eso. Y si a eso se le añadía un físico como el de Quinn.

-¿...ayudar?

-¿Perdona? -se sonrojó al darse cuenta de que Quinn le había estado hablando y ella no había escuchado una sola palabra.

-Te he dicho que le voy a poner unas inyecciones y tratar de -que coma algo. Normalmente en estos casos los sedo y les pongo un goteo. Pero eso la puede poner nerviosa. En cuanto vea que puede viajar, la llevaré a la clínica y te dejaremos en paz.

-Oh no, no -al ver cómo él.levantaba las cejas ella le aclaró-. Yo cuidaré de ella, si tú crees que puedo, claro.

-No sé. Depende de cómo responda. Tenemos que esperar una hora más o menos -le respondió Quinn-. Y aunque responda bien, tendrás que dedicar tiempo y energía para sacar adelante a la gata y sus gatitos. Yo prefiero que los gatitos estén con su madre hasta que tengan por lo menos ocho semanas. Así que estamos hablando de dos meses de trabajo. Después tendremos que encontrarles un hogar, incluida la madre.

-Ya sé, ya sé no lo había pensado, pero de pronto se le ocurrió que ella tenía que ser la que cuidara de aquellos animales. N6 sabía por qué, pero era algo que tenía que hacer. Entre otras cosas porque le resultaba un poco difícil soportar la soledad.

No quería compañía de ningún humano. Pero de animales era otra cosa.

La gata no se dio ni cuenta cuando la aguja penetró en su carne. A1 cabo de un ratito, estaba con sus gatitos en la cesta de mimbre de la ropa, encima de la cazadora de Quinn.

-La utilizaba solo para ir a trabajar. Ya está vieja y se la pueden quedar -le ofreció. Quinn hizo la comida para la gata y para los gatitos y logró que comieran algo.

Candy alimentó a los gatitos, uno a uno, con el biberón que Quinn había llevado. Nunca había disfrutado tanto en su vida.

-Creo que los has encontrado justo a tiempo -Quinn se había sentado junto a ella, en la alfombra, mientras alimentaba al último de los tres gatitos, inclinando su cuerpo hacia el de ella.

Candy continuó concentrada en el animalito que tenía entre sus manos, pero él estaba tan cerca, que no podía dejar de oler el masculino perfume de su cuerpo.

-Son tan dulces -tuvo que tragar dos veces antes de poder hablar. Él pareció darse cuenta y sacó la conclusión de que estaba preocupada por la gata y sus gatitos, que lo estaba, se repitió en silencio, pero esa no era la razón por la que temblaba y tenía la boca seca.

-Es más fácil decirlo que hacerlo, pero trata de no preocuparte y

pensar lo peor -el gatito que tenía en su mano ya había terminado de comer y él se lo quitó y le colocó otro-. Hasta el momento todo ha salido bien -dijo con tranquilidad-. Y por lo que parece la madre va a sobrevivir.

Los dos se quedaron mirando los tres gatitos, que se habían colocado junto a su madre.

La madre ha comido y los gatitos también. Eso es todo lo que podemos hacer de momento. Dentro de media hora intentaré darle a la gata más comida. Aunque hayamos dado de comer a sus hijos, no hay nada como la leche de la madre.

-No, claro que no -de pronto se sintió un poco incómoda. El fuego de la chimenea, la familia de gatitos en su cesta, el sonido del viento fuera y el calor de la casa. Todo era demasiado íntimo.

Candy se puso en pie con tanta intensidad, que incluso ella se asustó. Como no sabía qué decir, empezó a balbucear:

-Supongo que té apetecerá algo de beber. ¿Qué quieres? ¿Té, café o prefieres un vaso de vino?

-Un vaso de vino -respondió Quinn en tono grave-. Siempre y cuando te bebas uno tú también.

Quinn quitó el corcho a la botella como si fuera un experto en la materia y Candy sacó dos vasos de cristal del armario. Era un hombre que daba la sensación de experto en todo lo que hacía.

-Gracias -dio un sorbo a su vaso y sonrió al tiempo que lo miraba. Todavía tenía manchas de sangre y algunos arañazos parecían profundos y se podían incluso infectar-. Tendrás que lavarte bien esos arañazos. ¿Por qué no subes al cuarto de baño y me quedo yo cuidando de los gatos? -le dijo intentando poner tono alegre-. Hay toallas limpias al lado del lavabo.

-¿Estás segura de que note importa?

Su sorpresa pareció más bien un reproche. ¿Pensara que era así de mezquina? Después de haberle sacado de su consulta y hacerle luchar con la maleza, era lo menos que podía ofrecerle. Sobre todo porque tenía que quedarse a esperar a ver si la gata se recuperaba.

-Claro que no -le respondió como si ella ofreciera el mismo privilegio a cualquier hombre.

-Gracias -le respondió con voz suave y baja que hizo a Candy estremecerse. Y arrepentirse de su ofrecimiento. Solo imaginarse a Quinn Ellington desnudo en el cuarto de baño... Estaba jugando con fuego.

A los veinte minutos, estaba otra vez en el salón, descalzo y con el pelo húmedo, su camisa abierta en el cuello mostrando el vello sedoso y suave de su pecho. Era un hombre muy sensual. Candy se entretuvo con la comida de la gata y se dio la vuelta para preguntarle:

-¿Crees que va a comer más? Ha bebido un poco de leche mientras tú estabas arriba.

-¿Sí? Eso está muy bien -le respondió en tono muy profesional mientras se ponía de cuclillas al lado de la cesta y Candy procuraba quitar de su cabeza sus pensamientos carnales. Pero sus vaqueros negros se ajustaban tanto a sus caderas que no podía apartar los ojos de él.

La gata se incorporó un poco y empezó a comer la comida que le ofrecía Candy, volviendo a tumbarse en la cazadora de Quinn cuando terminó. Los gatitos maullaron cuando la madre se movió.

-Creo que lo estamos consiguiendo.

Candy lo miró. Había hombres guapos y había hombres sensuales. Y había hombres como Quinn Ellington.

-¿Te importa si echo un vistazo? -se levantó y caminó hacia el caballete que había junto a la ventana. Como hacía cada vez que terminaba de pintar, había cubierto el cuadro con una tela. Candy estuvo dudando antes de encogerse de hombros.

-Si no quieres, no lo miro -no había apartado todavía la tela del cuadro. No habría sido difícil darle una excusa y no dejar que lo viera, pero por alguna razón no lo hizo-. No me importa, pero no creas que vas a ver un Rembrandt.

-Yo no espero nada de nadie -respondió Quinn en tono un poco cortante.

-Bueno -no supo cómo tomarse esa respuesta, porque notó un tono en sus palabras que no había notado antes en la conversación.

Se fue a su lado y retiró ella misma la tela del cuadro, observándolo mientras lo hacía. No pudo saber qué estaba pensando mientras él observaba el cuadro. A1 cabo de un rato, comentó:

-Es precioso, Candy. Sobresaliente más bien. No sabía que...

Candy se sonrojó. No pudo evitarlo. La admiración y el respeto fueron tan genuinos, que no dudó que hablaba en serio.

-Gracias.

-Pintando como pintas, estoy seguro de que te vas a hacer un nombre en el mundo del arte -continuó diciéndole mientras seguía examinando` el cuadro-. ¿Te ha confirmado tu agente que vas a exponer en Londres?

No había esperado que él se acordara de aquel comentario. El rostro se le puso del mismo color que su jersey rojo de lana de cachemira.

-Todavía no. Me ha dicho que tal vez podría exponer para finales de primavera.

Quinn asintió con la cabeza.

-Eso ya es un objetivo, ¿no?

Era una pregunta, no una afirmación. Candy se lo quedó mirando

durante unos segundos. Aquel hombre parecía ver demasiado.

-Sí -fue su única respuesta.

-No era una crítica, Candy. Todo el mundo tiene que tener un objetivo en la vida. Para mí una vez mi profesión fue mi salvación -le dijo en un tono desenfadado, al ver que ella estaba cerrando las puertas.

-¿Y ahora?

-¿Ahora? -Quinn se miró sus pies descalzos durante unos segundos, pensando su respuesta mientras se alisaba el pelo para atrás-. Ahora es mi vida -le respondió, levantando la cabeza y mirándola a los ojos-. Y me gusta así.

¿Qué era lo que le estaba diciendo exactamente? Candy lo miró, consciente de que no podía hacerle las preguntas que desearía hacerle, sobre todo porque no quería concederle a Quinn el mismo privilegio. Estaba claro que no iba a añadir nada más, por lo que se limitó a asentir y comentar con voz neutra:

-Así es como yo me siento. Mi profesión es mi vida. Quiero conseguir el éxito y eso requiere tiempo y dedicación.

-Parece que somos almas gemelas -comentó él con una sonrisa que casi le derritió el corazón-. ¿Qué te parece si enterramos el hacha de guerra y somos amigos también? ¿Quieres que empecemos de nuevo?

-¿Qué? -se quedó sorprendida por el giro que había dado la conversación.

-Es que pienso que empezamos con mal pie -respondió Quinn con voz agradable-. Y la verdad es que la culpa fue tría. Creo que pensaste que iba a convertirme en tu ángel guardián e informar a Essie y Xavier de lo que te sucedía, ¿no?

-Yo... -eso era lo que ella había pensado.

-Y a lo mejor eso era lo que yo había pensado también antes de conocerte -comentó enarcando las cejas-. Pero te juro, Candy, que me di cuenta de mi error rápidamente Eres una persona capaz de cuidar de ti ' misma Y lo has dejado muy claro.

El tono seco de su voz fue muy marcado, pero en tesa ocasión Candy procuró no sonrojarse.

-Creo que es ridículo no intentar llevarnos bien, dado que tenemos amigos comunes. ¿No crees?

Candy se quedó mirándolo fijamente. Su mente iba a toda velocidad. Sin duda había cientos de hombres y -mujeres que podían mantener una relación de amistad con alguien del sexo contrario. Y si hubiera sido Jamie el que se lo hubiera dicho, habría estado de acuerdo. Pero el problema era que no era un chico con pecas y pelo rojo el que estaba delante de ella. Era Quinn. Y Quinn era... No era un muchacho con pecas.

Era un hombre desconcertante. Un hombre muy masculino que la

hacía sentirse incómoda y hacía surgir en ella una serie de emociones que no eran de su agrado.

Pero él parecía no tener dificultad en considerarla una amiga más.

El problema era de ella, no de él. Le estaba ofreciendo su amistad de todo corazón, nada más. Y en las circunstancias en las que ella estaba tendría que recibirla con las manos abiertas. Aquel hombre había ido a su rescate y no había sido él el que la había tratado mal, si lo analizaba con detenimiento. Más bien había sido ella la que había reaccionado en su contra al principio. Él se había limitado a hacerle la existencia agradable, a llenarle los armarios de comida y portarse como un buen vecino.

-Me encantaría tenerte entre mis amigos, Quinn -le respondió sonriendo.

-Me alegro -se quedó mirándola con ojos brillantes-. ¿Crees que los buenos amigos se pueden tomar un par de tostadas juntos?

-0h, lo siento -Candy se dio cuenta de que ya hacía bastante tiempo que había pasado la hora del te-. Si te apetece, te puedo ofrecer espaguetis a la boloñesa, o unas chuletas de cerdo.

-Prefiero espaguetis.

Quinn se sentó en una de las banquetas que había al lado del mostrador de la cocina, mientras ella preparaba la salsa boloñesa.

-Cuando yo preparo espaguetis a la boloñesa, la salsa la echo de bote.

Sus ojos sonrieron cuando le habló y ella se alegró mucho de poderle sonreír también con la mirada.

-Martella, el ama de llaves de Xavier, era italiana y, cuando yo vivía con ellos, me enseñó a cocinar. Era una cocinera fantástica. No dejaba que entrara ninguna lata ni bote en su cocina. Yo a veces uso botes, pero hay que reconocer que la salsa de Martella es mejor.

-Huele muy bien.

Candy levantó la tapa de la sartén mientras lo miraba por el rabillo del *ojo.*

-Así que eres de los que no saben cocinar -comentó Candy, diciéndose a sí misma que estaba intentando establecer una conversación y no averiguando más cosas de él.

-Sé freír un huevo -tuvo que admitir a regañadientes-. A mi padre le pasa lo mismo que a mí. Pensaba que era porque mi madre está chapada a la antigua y nunca dejó que ningún hombre entrara en la cocina. Pero cuando fui a la universidad, descubrí que era un desastre en eso de la cocina. Tiro todo, se me queman las cosas. Nunca consigo cocinar todo al mismo tiempo.

¿Sabría lo atractiva que resultaba esa combinación de niño perdido y hombre con tan pronunciada masculinidad? Candy dio otro

sorbo de vino y movió su mano en dirección a la chimenea.

-Esto todavía va a tardar treinta o cuarenta minutos, así que será mejor ponernos cómodos -le dijo. Se sentó en una de las sillas y dejó que Quinn lo hiciera en el sofá.

Sin embargo, él se sentó en el suelo, al lado de sus pacientes felinos, apoyando la espalda contra la pared. Era una postura informal, la, postura de un hombre a gusto consigo mismo y su entorno. Sin saber muy bien por qué, Candy se sintió irritada.

¿Cómo podría estar tan relajado? ¿Es que no se daba cuenta de la electricidad que había en el aire? Estaba claro que ella no le causaba el mismo efecto a él. Lo cual estaba bien, trataba de convencerse a sí misma.

-¿Y si no sabes cocinar, cómo te las arreglas? -le preguntó al cabo dos minutos de silencio-. ¿A base de comidas preparadas en el microondas?

-Más o menos -había echado la cabeza para atrás y había cerrado los ojos, lo cual había acentuado más su atractivo. La miró y asintió-. Marion es la que más se preocupa por mí. Me trae pasteles, bollos, natillas. Protesta un poco, pero tiene el corazón de oro.

-Me extraña que no haya intentado buscarte novia -comentó Candy sonriendo-. Es algo que hacen mucho las mujeres en su posición.

-Me sé de memoria las virtudes de su hija y también me ha dicho que tiene otra hija más joven que también está libre.

-¿Y no has quedado con ellas?

-Prefiero quedar con quien yo quiero -le respondió en tono un tanto cortante. Pero Candy no quiso dar por concluida la conversación.

-A lo mejor te has perdido a la mujer de tus sueños.

-Lo dudo -en aquella ocasión el tono fue más cortante.

-¿Cómo lo puedes saber sin conocerlas? Podrías incluso haber encontrado esposa.

-Por el momento no pienso casarme -le respondió.

-¿Cómo lo puedes saber si no lo has intentado? -volvió a preguntarle, sin saber bien la razón de su insistencia, pero incapaz de abandonar el tema.

-Pues porque ya lo he intentado, Candy -le respondió. Se puso en pie y dejó el vaso de vino en la repisa de la chimenea-. Parece que la gata quiere comer un poco más. Me encargaré yo mientras tú atiendes la cena, ¿de acuerdo?

Se fue hacia el mostrador a por la comida de la gata, pero ella siguió donde estaba durante al menos cinco segundos más. La había puesto en su sitio y con todo el derecho del mundo. Había sido una entrometida y lo sabía. Lo que no sabía era que hubiera estado

casado.

Era ridículo, pero se sintió como si alguien le acabara de dar un puñetazo en el estómago.

Capítulo 3

AL CONTRARIO de lo que Candy había pensado durante aquellos minutos de tensión, el resto de la velada fue relativamente relajada.

Los espaguetis a la boloñesa estaban deliciosos. Dieron de comer otra vez a los gatitos y la gata comió y bebió leche. Quinn mantuvo la conversación en tono desenfadado. Habló de su trabajo, de las ventajas e inconvenientes de una vida en un pueblo, de arte, de libros. Temas bastante inocuos. A eso de las once empezó a prepararse para irse, diciendo que los gatos se podían quedar con ella a pasar la noche. Candy se asombró de lo tarde que era.

Cuando abrió la puerta para que saliera, vio que había dejado de nevar y el campo estaba cubierto por un manto blanco. La luna iluminaba la oscuridad de la noche, convirtiendo los copos de nieve en un manto de diamantes. Hacía mucho frío. Cuando Quinn salió, se estremeció.

-Ten cuidado no vayas a resfriarte -le dijo él tomándole la mano mientras hablaba, inclinándose y dándole un beso en el rostro-. Gracias por la cena, Candy. Hace mucho que no había tenido una velada tan agradable.

Fue un beso de amigo. A pesar de los golpes de su corazón, logró responderle:

-Gracias a ti por venir al rescate -intentó olvidarse de lo que su olor y su tacto hacían en sus sentidos.

-De nada -Quinn no quería mantener una relación. Y la mujer que tenía junto a él tampoco. ¿Por qué entonces le costaba tanto marcharse? ¿Por qué deseaba tanto estrecharla entre sus brazos y besarla con toda su alma?-. Te llamaré por tal mariana para ver cómo están -le dijo indicando con la mano el cesto con los gatos.

-Seguro que están bien.

Era una mujer con un acento tan suave, tan sensual... Era pelirroja, con ojos grandes y brillantes. Pero él no quería pelirrojas sensuales, y menos una mujer como aquella. Candy era la sobrina de Xavier y Essie y la habían enviado allí para que él cuidara de ella. Y lo mejor que podía hacer era cumplir la labor que le habían encomendado.

-Yo también pienso lo mismo. Pero como te he dicho eso también representa un problema -comentó Quinn-. Para empezar puede que la gata se haya perdido y el propietario la esté buscando. También has de pensar que tener gatos supone un esfuerzo tanto en tiempo como en dinero.

-¿Crees que tiene dueño? -le preguntó Candy con voz de preocupación.

-¿Tan malo te parece?

-Sí -la respuesta fue inmediata, lo cual lo molestó un poco, a pesar de esperársela. Porque parecía que se había enamorado de aquella familia de felinos. Porque era una mujer compasiva y con un gran corazón, el tipo de persona a la que a la gente no le importaba maltratar.

No le gustó sacar aquellas conclusiones. Sobre todo porque no sabía nada de Candy Grey, ni tampoco quería saber mucho de ella. Las mujeres eran especialistas en proyectar la imagen que ellas querían de sí mismas. A lo mejor debajo de aquella dulzura se escondía una arpía.

Aunque estaba seguro de que no era el caso.

-Tienes que hacerte a la idea de que puede que la gata tenga dueño, Candy. Aparte de que no sé qué vas a hacer tú con una gata y tres gatitos.

-Pues cuidar de ellos.

Quinn se limitó a asentir.

-Bueno, ya veremos. De momento no te preocupes. Te llamaré mañana por la mañana.

-De acuerdo.

De nuevo tuvo que luchar para no estrecharla entre sus brazos. No estaba seguro de lo que sentía, pero el corazón le golpeaba con fuerza contra su pecho.

-Buenas noches, Candy.

Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la puerta del jardín, pisando la nieve de varios centímetros de espesor. No dirigió la mirada hacia la puerta de la casa hasta que no estuvo en su todoterreno. Ella seguía en la puerta, la luz detrás de ella, resaltando el suéter de color rojo y las mallas negras.

Arrancó el coche, levantó una mano y metió la marcha atrás. Hizo la maniobra de salida sin atreverse a mirarla otra vez.

Mientras el vehículo avanzaba con dificultad por el estrecho camino, Quinn siguió dándole vueltas a lo mismo. No le gustaban las emociones que había sentido aquella noche. Durante los últimos tres años había logrado mantener sus sentimientos bajo control y allí era donde quería que estuvieran.

No quería que ninguna otra mujer le hiciera lo que Laura le había hecho. Expulsó el aire por la nariz, intentando que no acudieran a su mente los recuerdos que había creído ya olvidados.

Estaba satisfecho con su vida. Tenía una clínica que cada vez tenía más clientes. Pronto iba a tener que buscar a otro veterinario y a lo mejor otra enfermera a tiempo parcial. El piso en el que vivía, que estaba encima de la clínica, no era muy grande, pero satisfacía sus necesidades. No quería nada más de momento. No quería volver a caer en la misma equivocación que había cometido en una anterior

ocasión.

A Candy le había ofrecido su amistad y eso era lo que ella había aceptado: Y si en algún momento pensaba que podía cambiar a otra cosa, mejor sería dejarlo.

Llegó al final del camino y entró en la carretera. Se alisó el pelo e intentó quitarse a Candy Grey de la cabeza.

Candy dio de comer a los gatos un par de veces más aquella noche. Cuando Quinn la llamó a la mañana siguiente, los gatitos estaban mamando de la madre y todo iba sobre ruedas. Bueno, casi todo.

Porque si se ponía a pensar en la sensación que tenía en la boca del estómago, habría sabido que tenía más que ver con un veterinario de *ojos* negros, que con el hecho de que el propietario de aquellos gatos los estuviera buscando.

-¿Candy? -la voz de Quinn era tranquila y suave, aunque un tanto remota. Estaba utilizando el tono que utilizaba en el trabajo--. ¿Qué tal?

-Muy bien, Quinn. Los gatitos están mamando y Tabitha está prácticamente devorando lo que le echo. Ha salido a la calle una vez, pero ha vuelto enseguida con sus gatitos.

-¿Tabitha?

-La gata. No podía llamarla «gata» -se defendió Candy.

-Supongo que no. Escucha, he estado haciendo algunas llamadas y no parece que nadie reclame una gata, así que por ahora te los puedes quedar.

-¿Crees que puede ser definitivo?

-Yo creo que sí -le respondió-. Mandaré a Philippa, mi enfermera, más tarde a que te lleve lo que vas a necesitar. Si quieres que te lleve algo, si no tienes...

-No te preocupes, tengo de todo. Además, tengo coche -le respondió.

-No creo que lo puedas sacar tal y como está el camino. Le diré qué te lleve pan, leche y cosas así, ¿de acuerdo? Bueno, te tengo que dejar. Hoy tenemos muchos pacientes. Llámame si necesitas algo.

-Sí, gracias.

Se quedó sorprendida del sentimiento que tuvo cuando colgó el teléfono. Se quedó mirando a Tabitha, quien le devolvió la mirada y bostezó, enseñándole sus dientes blancos afilados.

-Va a enviar a la enfermera -le dijo a la gata-. Está demasiado ocupado como para venir él -lo cual estaba bien. A ella le daba igual.

Philippa llegó al mediodía cargada de bolsas de comida, para ella y para la gata, además de una manta que dijo que había encontrado en la clínica y algunos cuencos para ponerles la comida.

Era una mujer muy agradable, con una cara muy dulce, rubia y

de *ojos* azules, con la piel como la de los melocotones y ojos muy grandes e inocentes, que harían hervir la sangre a cualquier hombre por debajo de los ochenta.

Candy preparó café para las dos y escuchó a Philippa contándole lo afortunada que era de trabajar para un veterinario tan fabuloso como Quinn y lo mucho que adoraba su trabajo. Hablaba con tanto fervor, que Candy se sintió como si tuviera más años que Matusalén.

¿Habría sido ella alguna vez tan joven y desenfadada como aquella chica?, se preguntó mientras se sentaba junto a la cesta de los gatos y acariciaba a Tabitha, quien saludó su reaparición con un ronroneo. No lo creía. Sus circunstancias, familiares habían sido diferentes. Su madre había huerto, su abuela también y Xavier había sido el que se había encargado de ella. Y había crecido siendo una niña bastante esquiva.

La única vez que había alcanzado su plenitud fue cuando conoció a Harper. De repente vio la cara de su prometido. No sabía si aquello le estaba ocurriendo por la falta de sueño o por todo lo que había ocurrido con los gatos, pero lo cierto era que no podía quitárselo de la cabeza.

Lo había querido tanto y había sido tan feliz con él. Se mordió el labio y miró a los gatitos. Las dos gatitas eran un calco de su madre y el otro, cuyo sexo había determinado Quinn la noche anterior, era un gato negro precioso.

Si se hubieran estrellado la noche antes del accidente, nunca se habría enterado de la existencia de Ellie-Sue. Ellie-Sue, la camarera de un restaurante de carretera a la que Harper veía de vez en cuando y quien había decidido que él era el padre del niño que llevaba en su vientre. El le había confesado a la luz de las velas en un restaurante muy caro, que Ellie-Sue no significaba nada para él, que era ella a la que amaba. Incluso se quedó sorprendido cuando ella abandonó corriendo el restaurante.

Tuvieron una discusión muy amarga en el camino a casa. Al ver que ella quería romper su compromiso, él se puso desagradable y le dijo que todo había sido culpa suya, que si no hubiera sido tan fría, no habría tenido que buscar el placer en otro sitio, además de que Xavier podría darle dinero a Ellie-Sue para que mantuviera la boca cerrada.

La chica se casó tres semanas después del funeral de Harper. Al parecer estaba saliendo con más de uno a la vez. Candy se levantó y caminó hasta donde estaba el cuadro, quitándole con su mano temblorosa el trapo que lo cubría.

Harper quería casarse con ella solo porque era la sobrina, casi la hija, de un millonario. Solo por interés, ni más, ni menos. Y ella ni siquiera se había dado cuenta. Ni se le había siquiera pasado por la

cabeza. Eso era lo que más la asustaba, haberse podido confundir tanto con una persona.

Harper la había hecho sentir como si no fuera nada, menos que nada. Había tenido que luchar mucho para salir de aquel sentimiento de desesperación y dolor que destruía la confianza en sí misma. Pero todavía no se fiaba de su propio juicio. Era posible que nunca se fiara. Pero de una cosa sí estaba convencida. Que nunca más se iba a colocar en una posición tan vulnerable.

No quería volver a enamorarse. No quería volver a sentir el éxtasis y la agonía. Para ella todo eso había terminado. No podía volver a vivir lo que había vivido sin perder la razón.

Se quedó mirando el cuadro sin fijarse en lo que estaba viendo. Pero ya estaba bien. Era dueña de su futuro y de su vida. Y la experiencia que había tenido había hecho que viviera con más intensidad ciertos aspectos de la vida diaria. Siempre había sido una persona muy sensible a la belleza, pero ahora sus sentidos parecían haberse abierto más. Y eso mejoraba su pintura.

Había perdido algo, pero había ganado algo también. La posibilidad de un matrimonio, de la maternidad, todo lo que ella había considerado importante en el pasado, se había esfumado. Pero se le abría una trayectoria profesional espectacular. Miró de nuevo el cuadro y estiró la espalda. Había llegado el momento de ponerse a trabajar.

Durante las tres semanas siguientes, la nieve se derritió y llegó diciembre, frío pero con cielos brillantes.

Quinn la había llamado por teléfono cada dos o tres días, para interesarse por los gatos, pero no había ido a visitarla. Por eso, cuando el primer viernes del mes de diciembre escuchó el sonido del todoterreno, miró a 'Tabitha y se temió lo peor. Seguro que había encontrado al propietario. Iba a ser difícil poder soportarlo.

La gata se la quedó mirando con gesto sereno, antes de recuperar uno de los gatitos, que estaba a punto de caerse por la escalera. Era el negro, por supuesto, al que había puesto el nombre de Alfie. Aunque solo tenía tres semanas, era muy inquieto, a diferencia de sus hermanas. Pero a Candy era el que más le gustaba.

Cuando abrió la puerta y vio a Quinn acercarse, el corazón le dio un vuelco y no fue precisamente por la preocupación por los gatos.

-Hola -logró saludarle sonriendo. Se había cortado el pelo y al verlo casi se quedó sin respiración.

-Hola -respondió él sonriendo. Tabitha pasó al lado de Candy y se enroscó de forma voluptuosa en las piernas de él. Los dos se quedaron mirando la gata sorprendidos.

-Parece que se acuerda de ti -¿qué hembra no se acordaría?

-Hola gatita -se agachó y le acarició el pelo, que era como la seda.

A continuación se levantó y empezó a caminar, con Tabitha pasando entre sus piernas con una destreza inaudita.

-Antes de que te ofrezca un café, dame la mala noticia y dime que has encontrado a su propietario:

-¿Qué? -le preguntó él poniendo cara de sorpresa.

No, no. ¿Eso es lo que has pensado? No, he venido a pedirte un favor.

-Qué alivio...

Entraron en la casa y Quinn se agachó y levantó a Alfie en una mano cuando el gatito intentaba hacer una de las suyas.

-Parece que este es el más travieso de todos, ¿no?

-No lo sabes bien -respondió ella-. Voy a poner el café.

Quinn asintió y miró a Tabitha y a sus dos crías, que estaban junto a su madre.

-Yo voy a exanünar a estos animalitos y después hablamos -respondió él.

-Muy bien.

Desde la cocina lo observó examinar los gatos y, cuando sirvió las tazas, Quinn había terminado y dijo que estaban perfectamente.

-¿Cuándo vas a empezar a buscarles una casa? -le preguntó él, sentándose en uña banqueta de la cocina mientras ella le acercaba la taza de café y un plato de galletas.

-No les voy a buscar casa. Tabitha se merece tenerlos a todos después de lo que ha pasado. Y esta casa es el sitio perfecto para los animales. Dentro de unos días los vacunaré y tendrás que hacer algo para que Tabitha no vuelva a tener otro romance.

-Te va a salir caro cuidar tantos animales.

-Ya me las arreglaré -comentó ella.

-¿Y qué vas a hacer cuando te vayas a Canadá?

El estómago de Candy se contrajo. Justo en ese momento se dio cuenta de que en sus planes estaba quedarse un tiempo en Inglaterra.

-Si me voy, me los llevaré conmigo -respondió-. Pero de momento estoy aquí y creo que me voy a quedar un tiempo.

-Dentro de pocos meses te entrará la morriña -argumentó Quinn.

Candy levantó el mentón un poco. Parecía como si quisiera que se fuera.

-No creo.

-Tú eres la que mejor lo puede saber-comentó.

Claro que ella era laque mejor lo sabía. Dio un trago de la taza de café, que estaba quemando. Intentó no empezar a toser. Los *ojos* se le llenaron de lágrimas. Lágrimas que nada tenían que ver con Quinn, a pesar de ser un hombre que la irritaba.

Quinn dio cuenta del plato de galletas con una dedicación que no les dejó tiempo para la conversación. Cuando acabó con la última,

puso en el mostrador su taza con una expresión indescifrable en su rostro.

-Supongo que te preguntarás por qué he venido -comentó él.

Candy se encogió de hombros.

-La verdad es que no -respondió ella-. Yo estoy acostumbrada a que los amigos vengan sin avisarme.

Quinn asintió, se pasó la mano por el pelo y se la dejó en la cabeza.

-Me lo he cortado -le explicó-. Y todavía no me he acostumbrado.

-Te sienta bien -comentó ella sonriendo.

-Les dije que no quería volver hasta dentro de seis meses, así que se emplearon a fondo.

Parecía incómodo, incluso avergonzado por el cumplido que Candy le había hecho. Era el hombre más atractivo que había en kilómetros a la redonda y le había dado vergüenza que ella le dijera que le gustaba su corte de pelo.

Su cuerpo se estremeció, una sensación que calentó la sangre de los sitios más íntimos de su cuerpo. Bajó la mirada y acabó la taza antes de preguntarle:

-¿Quieres más café?

-Gracias.

Estaba sentado en la banqueta, al otro lado del mostrador de la cocina.

-Tengo que pedirte un favor, Candy.

-¿Sí? -sirvió dos tazas más. Se la dio y se quedó donde estaba-. ¿Qué favor quieres pedirme?

Quinn se quedó mirando el rostro tan precioso que tenía delante. Esa mañana no parecía tener más de dieciséis años, con el pelo recogido en una coleta y sin ningún maquillaje. Era un rostro que había perdido toda su adolescencia. Era una mujer preciosa.

Quinn apretó la mandíbula. A lo mejor no tenía que pedirle aquel favor. Pero ya no se podía echar atrás.

-Necesito que finjas ser mi novia una noche.

Candy abrió los *ojos* de forma desmesurada y se quedó boquiabierta.

-¿Necesitas...?

-Deja que te explique -se puso otra vez la mano en el pelo y apretó los dientes-. Este es un sitio pequeño y no hay mucha vida social, pero a mí, como soy el veterinario, me invitan a muchas fiestas y cenas. Y como estoy soltero, soy la presa preferida de todas las chicas solteras, o lo que es peor, de las madres con hijas solteras. ¿Te imaginas?

Candy asintió. No era porque estuviera soltero, sino más bien porque era un hombre terriblemente atractivo.

-No me confundas. No es porque yo no sea capaz de defenderme -le dijo en tono de humor-. Siempre he dejado claro que yo no me voy a casar. Sin embargo, hay una chica que es más insistente que las demás y me está poniendo en una situación un tanto comprometida. Tú no estás interesada en una relación permanente de momento, ¿no es cierto?

Candy asintió con la cabeza.

-Y somos amigos, ¿no?

-¿Y ..?

-Pues que, como nadie te conoce todavía por aquí, podrías desempeñar el papel de novia mía para poderme quitar a esa chica de encima -se quedó mirándola a la cara-. Yo haría lo mismo por ti.

Era posible. Seguro que lo haría. Pero al parecer ella a él le dejaba frío. Y él tenía un efecto muy diferente en sus hormonas.

-¿Y qué es lo que tendría que hacer exactamente, Quinn? -le preguntó.

Buena pregunta. En las pocas semanas que la conocía él se había olvidado, o mejor había tratado de olvidar, lo guapa que era.

-Pues lo que tú quieras hacer -le respondió.

La pelota estaba otra vez en su tejado. Candy dio un trago de café y miró por la ventana. Después, miró a Tabitha, que parecía estar escuchando con atención todo lo que estaban diciendo desde la entrada de la cocina.

Lo mejor que podía hacer era dejar las cosas claras. Ella no quería ninguna relación amorosa de momento. Quinn tampoco. Se había portado muy bien con ella desde que había llegado, sobre todo después de lo de Tabitha y sus gatitos. Le había hecho un gran favor. Se lo debía. Además, se estaba empezando a aburrir un poco de tanta soledad. No estaría mal relacionarse un poco. Si iba como la novia de Quinn, no tendría que preocuparse, porque ningún otro hombre la molestaría.

Podría conocer a gente sin preocuparse de nada más. Tenía mucho que ganar y nada que perder. No quería convertirse en una ermitaña. Aquel pensamiento la hizo sonreír. Estaba todavía sonriendo cuando sus ojos enfocaron el rostro ensombrecido de Quinn.

-Iré contigo si eso te es de ayuda, Quinn. Me encantará conocer a todos tus amigos y conocidos.

-Excelente.

Quinn respiró un poco más aliviado. La verdad era que Joanna Embleton-White se había puesto bastante pesada durante la fiesta a la que había ido la semana anterior. Se había comportado de una forma descarada. Pero no había sido Joanna la que le había hecho invitar a Candy a la fiesta. Más bien había sido la promesa que le había hecho a Essie de ayudar a que Candy hiciera vida social.

¿Era esa la única razón? ¿La promesa que le había hecho a Essie? ¿No sería más bien que lo que quería era estar con Candy?

-¿Dónde se va a celebrar esa...?

-Cena. Es una cena -respondió Quinn rápidamente-. En casa de Meg Andrews. Es abogada y una de las personas con más influencias de por aquí. Es una mujer muy agradable. Te gustará. Vendré a recogerte el próximo sábado a eso de las ocho. ¿De acuerdo?

-De acuerdo -Candy terminó el café-. ¿Tengo que ponerme elegante?

Quinn asintió.

-A Meg le gusta vestirse -respondió él poniendo un tono de disculpa.

-Muy bien -fue un comentario escueto. Parecía que quería que se marchara, pensó Quinn.

-Bueno, pues hasta el sábado entonces -le dijo mientras caminaba hacia la puerta-. Gracias por el café.

Candy no lo acompañó de inmediato hasta la puerta, pero cuando llegó al todoterreno, ella estaba en la entrada, despidiéndolo con la mano.

Esos momentos finales habían sido los más difíciles para ella. Cuando dejó de ver las luces de los pilotos traseros, Candy se puso las dos manos en su rostro. ¡Había quedado para salir con Quinn Ellington!

Tabitha apareció y se enroscó en sus piernas, lo cual la hizo volverse a- ver dónde estaba Alfie.

La pequeña bolita negra avanzaba por el suelo junto a su hermanas. Candy se sintió mejor.

Se lo debía a Quinn. Había acudido en su ayuda cuando ella lo necesitaba. Y no era culpa suya que fuera tan atractivo. Le gustaba físicamente, no tenía más remedio que admitirlo. No podía evitarlo. Eso quería decir que su corazón empezaba a sentir de nuevo. Porque hubo un tiempo en que podría haber tenido delante a Brad Pitt o Mel Gibson y no sentir nada.

Quinn, al igual que ella, no estaba interesado en el amor, ni quería comprometerse con nadie. Era un hombre dedicado a su profesión y su trabajo era su vida. Pero ella no quería llevar una vida solitaria. Le apetecía conocer a alguien y más ir acompañada de un hombre como Quinn.

Cerró la puerta justo en el momento en que Alfie estaba a punto de escaparse y sonrió cuando el gatito la miró como si le estuviera recriminando lo que acababa de hacer.

Lo que estaba claro, después del favor que le había pedido Quinn, era que no estaba interesado en Philippa. A lo mejor era un hombre al que no le gustaba mezclar el ocio con el trabajo. O a lo mejor la chica

ya tenía novio. O a lo mejor... Candy se obligó a no seguir por ese camino. Porque a ella no le importaba si a Quinn le gustaba la chica o no. ¿Qué más le daba?

Lo mejor qué podía hacer era acompañarlo el sábado a la cena y comportarse de forma que él no se arrepintiera de haberle pedido que fingiera ser su novia. Sería la mejor forma de agradecerle todo lo que había hecho por ella. Y a lo mejor incluso era divertido.

Podría ser divertido, pensó mientras se dirigía a seguir con su cuadro.

Capítulo 4

LOS AÑOS que había pasado de anfitriona de Xavier durante las fiestas que había dado en su casa de Canadá le sirvieron para no asustarse de los actos sociales. Sabía sonreír cuando tenía que hacerlo, incluso aunque estuviera aburrida y los pies le dolieran y conversar tanto con un quinceañero como con una persona mayor.

Durante los últimos tres o cuatro años que había pasado en Canadá había logrado tener bastantes ingresos por el éxito que había logrado con su pintura. Además, también se había encargado de llevar la casa de

Xavier hasta que él se había casado con Essie, con lo cual había podido comprarse bastante ropa bastante cara y elegante.

El sábado por la mañana se lo pasó probándose un vestido detrás de otro. Era algo que hacía muchos años que no hacía.

Se dio cuenta, con cierta sorpresa, de que estaba nerviosa. Nerviosa por miedo a no ponerse lo más apropiado para la ocasión, de que Quinn pudiera arrepentirse de haberla invitado a que lo acompañara.

-Tengo que decidirme -se dijo en voz alta mientras se miraba en el espejo y sacaba del armario un vestido sin mangas de color negro. Un vestido demasiado clásico. Arrugó un poco la nariz. Pero a ella le sentaba bastante bien el negro y, si se recogía el pelo y se ponía los pendientes que Xavier y Essie le habían regalado en Navidad, estaría deslumbrante.

Dejó el vestido y la ropa interior que se iba a poner encima de la cama, se puso los vaqueros y el jersey de lana y trató de no pensar en lo que iba a suceder aquella noche. Pretendía solguir trabajando hasta las cuatro. Después, se daría un baño y se prepararía para impresionar a Quinn Ellington.

Candy no se puso a pensar en la razón por la que quería impresionarle mientras bajaba las escaleras y se hacía una taza de café antes de empezar a trabajar. Y mejor sería no preguntárselo, porque a lo mejor le estropeaba el día. Pero cuando eran las ocho menos diez y oyó el Aston Martin llegando a su casa, el estómago le dio un vuelco.

Estaba casi temblando cuando se fue a abrir la puerta. Se había puesto un traje negro, y llevaba corbata. Iba impecable.

Candy se quedó sin habla. Lo único que pudo hacer fue sonreír mientras se apartaba y lo invitaba a entrar.

Quinn se detuvo en la puerta y le dio un beso. Un beso que la hizo sonrojarse. Solo la tocó con sus labios, ni siquiera le había puesto una manó encima, ni se había acercado. Cuando él apartó sus labios de su cara, entró en la casa. Ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

-Una derrota de Canadá es una victoria de Inglaterra -le dijo él con voz suave-. Estás guapísima.

-Gracias -respondió con voz temblorosa, sin saber. bien qué decir-. Yo pensaba que éramos solo amigos...

-Lo somos -aquel Quinn era un hombre distinto al que ella conocía. Era un hombre mucho más suave, un donjuán. Candy pensó que, si esa era la actitud que adoptaba cuando estaba fuera del trabajo, no era de extrañar que todas las mujeres quisieran echarle el guante. ¡Iba provocando!

-¿Siempre besas a tus amigos de esa manera? -le preguntó ella intentando guardar la calma.

-Solo a las mujeres.

No parecía que hubiese sido una buena idea aceptar su invitación. Porque de seguir con aquella actitud, no sabía lo que sería capaz de hacer.

-Creo que será mejor guardar esas demostraciones efusivas para cuando estemos en público.

Quinn enarcó las cejas y asintió con la cabeza.

-La culpa es de ese vestido que te has puesto -comentó él con voz ronca-. Estás guapísima. Toma... -le dio una caja-. Aunque no es nada que pueda competir con tu belleza -añadió en tono galante mientras ella levantaba la tapa de la caja y veía una orquídea sobre un fondo de seda.

-Es preciosa, Quinn. Muchas gracias -le dijo con voz suave.

Déjame...

Le quitó la flor cuando ella la sacó de la caja y se la puso en el vestido con tal destreza, que Candy se imaginó que era algo que solía hacer con mucha frecuencia. Con muchas mujeres. Seguramente había salido con muchas mujeres. Solo de pensarlo se le entristecía el corazón. Debía de tener unos treinta y tres años y un hombre tan guapo como Quinn no llegaba a esa edad sin haber tenido un montón de relaciones. Además, había estado casado. No debía olvidarse de eso, se advirtió a sí misma mientras intentaba rechazar las sensaciones que la mano en su cuerpo provocaba en ella.

-¿Nos vamos? -Candy retrocedió unos pasos mientras hablaba.

Se puso el chal que había colocado en el respaldo de una silla y comprobó la chimenea.

La noche estaba fría, a pesar de que la temperatura había cambiado y se había suavizado. Caminaron juntos hasta el Aston Martin que había aparcado al lado del Ford Fiesta y Candy sintió un escalofrío. No sabía si había sido por el frío o porque él le había colocado la mano en el hombro.

Entraron en el coche y Quinn comentó:

-Ya verás como t lo pasas bien. Son una gente muy agradable.

El pensaba que estaba nerviosa por la cena. Aquello la dejó más tranquila y relajó sus tensos músculos. De hecho, cuando llegaron a la casa, los dos iban conversando con naturalidad. Quinn incluso la había hecho reír contándole una anécdota que le había ocurrido a principios de esa semana.

Harper nunca la había hecho reír así. Fue un pensamiento que le vino de pronto, sin saber cómo, mientras Quinn aparcaba el coche y salía para abrirle la puerta.

Cuando le abrió la puerta, Candy se quedó mirándolo. El humor era algo importante. Ella había presenciado cómo Xavier había hecho reír a Essie hasta que casi se le saltaban las lágrimas. Y había notado que el humor de su tío era muy parecido al de Quinn.

Le dio la mano que Quinn le ofrecía y salió del coche. Cuando se colocó a su lado, él agachó la cabeza y le susurró al oído:

-Ya estamos ante la audiencia a la que te referías -le puso una mano en el hombro y le dio un beso. De pronto, sintió como si las piernas le fueran a fallar. El corazón le palpitaba con fuerza.

-Joanna, ¿qué tal estás? Creo que no te he presentado a Candy Grey. Candy te presento a Joanna Embleton-White -Candy saludó a la mujer rubia detrás de la cual se había colocado un hombre muy alto y atractivo-. Y este es Monty Hardingstone, el mejor contable del distrito. Monty, te presento a Candy.

A1 contrario de lo que había ocurrido con Joanna

Embleton-White, cuya voz había sido tan cálida como el hielo líquido, Monty mostró una actitud más cariñosa.

-Así que esta es la chica a la que has logrado echar el guante. Ahora entiendo por qué no querías enseñársela a nadie. Encantado de conocerte.

-Gracias -Candy logró quitar su mano de la de aquel hombre y procuró no mirar el rostro de Joanna. Parecía que estaba tensa de la ira.

Los cuatro empezaron a caminar y Quinn se puso a su lado y la agarró como si fuera de verdad su novia, o más bien su querida. Ella intentó apartarse, pero él la tenía agarrada por la cintura y no la soltó. A1 final dejó de luchar y se quedó escuchando la conversación que mantenía con Monty.

Pero cuando se quedaron a solas, Candy no tuvo más remedio que regañarle.

-No me agarres como me estás agarrando, por favor -le dijo, al tiempo que le apartaba el brazo de su cintura.

-¿Cómo? -le preguntó con mucha calma-. Recuerda que se supone que eres mi novia.

-Ya lo sé, pero...

-No hay peros que valgan, Candy -la miró con sus ojos del color

del ébano y su respiración se le quedó en la garganta-. Si tenemos que actuar, actuemos como es debido. Yo soy un hombre muy posesivo y, si fueras mi novia de verdad, te agarraría así, para que todos los demás vieran que eras mía. Cuando yo estoy con alguien, estoy con alguien. Yo no creo en eso que llaman relaciones abiertas.

-Ni yo tampoco -respondió ella indignada. Parecía que la estaba acusando de algo.

-Entonces los dos creemos en, la fidelidad, por lo menos hasta que dure -murmuró Quinn-. Eso está bien, ¿no crees?

-Te estás saliendo por la tangente y tú lo sabes -le respondió ella.

La forma en que la miró la hizo reír. Después, se la acercó y le acarició la frente con su barbilla, mientras le decía:

-Relájate. Es solo ún juego. Los dos lo sabemos. Y si lo jugamos, tendremos que jugarlo bien. ¿De acuerdo?

-Eres imposible, ¿lo sabes? -trató de mostrarle su enfado, pero era demasiado guapo, demasiado malvado, demasiado Quinn, como para enfadarse de verdad con él. Además de que si era sincera consigo misma, no tenía más remedio que admitir que le encantaba que una persona como Quinn Ellington la mimara y protegiera. Aunque solo lo hiciera para la galería.

Candy se lo pasó muy bien el resto de la velada, algo que no había pensado que iba a ocurrir. No obstante, pasó algunos momentos un tanto desagradables, sobre todo cuando Joanna la arrinconó en el cuarto de baño e hizo algunos comentarios de su relación con Quinn antes de que ella apareciera en escena. Candy sonrió con dulzura, no dijo nada y se mostró encantadora, lo cual le costó bastante esfuerzo, dada la hostifdad de la otra mujer.

Sabía que las insinuaciones que le había hecho Joanna no tenían fundamento. Quinn le había contado que no había salido nunca con Joanna y que no le gustaba. De haber sido de verdad la novia de Quinn, aquellos comentarios la habrían dejado destrozada.

-Estoy segura de que Quinn siempre te considerará una amiga, Joanna -le dijo Candy mientras salía del cuarto de baño y dejaba a aquella rubia sin poder responderle nada.

Cuando Meg Andrews celebraba una cena, lo hacía

con mucho estilo. Veinte personas estaban sentadas alrededor de la mesa, en la que había cubertería de plata, mantelería del más fino damasco y copas de cristal.

La conversación fue ingeniosa y divertida. Los postres fueron deliciosos. Cuando Quinn y ella estaban a punto de marcharse, justo antes de la medianoche, varias parejas los habían invitado a celebrar la Navidad juntos. Y Quinn parecía haber aceptado.

Ella sacó el tema nada más subirse al coche.

-Quinn, ¿cuánto tiempo has pensado que va a durar esta táctica? -

le preguntó cuando estuvo en su asiento.

-¿Táctica? -él arrancó el coche antes de mirarla.

-Sabes a lo que me refiero. Lo de fingir que somos novios -le respondió un poco tensa-. No es justo seguir con ello.

-¿No? -giró el coche y se encaminó hacia la puerta de salida-. ¿Justo para quién?

-Pues para todo el mundo. Además, dijiste que solo iba a ser una noche, ¿recuerdas?

-¿Dije eso? -pareció sorprenderse de verdad, pero Candy no se fiaba de él. Había conocido otros aspectos de él esa noche y se preguntaba si había otras facetas de su personalidad que todavía no había descubierto.

-Sí, lo dijiste -le confirmó.

-Pero no creo que tengas problemas en seguir un poco más, ¿no? -le preguntó en tono de paciencia-. ¿No te lo has pasado bien esta noche?

-Claro que me lo he pasado bien. Pero eso no tiene nada que ver.

-Y no te han molestado los babosos.

-¿Qué? -Candy giró la cabeza para mirarlo, pero Quinn estaba concentrado saliendo con el coche a la carretera principal.

-No me digas que no te fijaste en cómo te miraba Monty y el brigadier Kealy.

-No sé a lo que te refieres -le respondió ella asombrada.

-Pues que les gustas a esos tipos. La verdad es que gustas a todos, porque eres una mujer muy... apetecible.

-Quinn....

-Todo salió bien esta noche -argumentó Quinn-. Y nada ha cambiado por ahora. Los dos sabemos lo que queremos y ninguno de los dos quiere meterse en una aventura romántica por ahora. Yo me lo he pasado muy bien contigo y me ha encantado estar a tu lado. ¿No puedes decir tú lo mismo?

-Sabes que sí.

-Entonces, ¿por qué vas a estropear algo, cuando no hay razones para ello? Ninguno de los dos está saliendo con nadie de momento. Y si esa situación cambiara, los dos sabremos cómo actuar. Me gustaría de verdad poder seguir siendo amigos -razonó él. Lo que Candy no entendía era que, si todos los demás la encontraban tan atractiva, ¿por qué él no?

¿Estaría siendo demasiado quisquillosa? Miró de reojo a Quinn. Probablemente, admitió en silencio. Ella normalmente no era así. Pero claro, aquello no era una situación normal. Como Quinn había dicho, ninguno de los dos perdía nada y tenían mucho que ganar. ¡Ojalá nunca hubiera empezado aquella charada!

-¿Candy? -le preguntó Quinn con gesto de cansancio.

-De acuerdo, a mí no me importa si quieres continuar -le respondió en el tono más frío que pudo poner-. No quería ser una carga para ti.

-No te preocupes por eso. Tengo muchas cosas que hacer en mi negocio y no tengo tiempo para liarme la cabeza ni con Joanna, ni con nadie más.

Aquello era tan frío. Candy se sintió como si le hubieran robado toda su energía, pero no quería que Quinn se diera cuenta. Miró hacia otro lado y se acomodó en su sitio, antes de decirle:

-En tal caso, no hay problema.

Quinn sonrió y miró hacia delante. La verdad, no podía recriminarle que se cuestionara seguir con aquello, porque él había hecho lo mismo. Cuando le había propuesto que saliera con él, solo había pensado que iba a ser un día, para que pudiera conocer a gente. Candy necesitaba tiempo para curar sus heridas tanto físicas como emocionales. Por lo menos eso era lo que Essie le había dicho y él lo entendía. Aparte del trauma físico del accidente, había perdido a su prometido, el hombre con el que se iba a casar, el hombre al que ella amaba y adoraba.

Pero era una mujer demasiado guapa como para que los tipos de por allí tuvieran eso en cuenta. Fijó sus ojos en la carretera al empezar a notar un sentimiento de ira. No estaba dispuesto a que los celos le dominaran. Recordó cómo la habían mirado los hombres esa noche. Todos habían acudido como moscas a conocerla. Y eso que había dicho que era su novia. De haber sabido la verdad, nadie sabía lo que habría pasado con semejante rebaño de verracos en celo.

Se dio cuenta de que estaba agarrando con fuerza el volante, con más fuerza de la necesaria. Tuvo que respirar hondo para relajarse.

-Tendría que haberte preguntado antes de haber aceptado otras invitaciones. Sobre todo porque es posible que te vayas a pasar las Navidades a casa.

-¿A casa? -su casa era la casita donde vivía con Tabitha y los gatitos. Pasaron un par de segundos, antes de darse cuenta de que él había querido decir Canadá.

-No, no iré a casa -le respondió ella-. Ahora tengo que cuidar de los gatos.

Podía haberle ofrecido quedarse con los gatos en la clínica, pero no lo hizo.

-Puedes pasar la Navidad conmigo.

Seguro que se lo había dicho porque sentía pena por ella. Recordó cómo había pasado toda la velada a su lado, en vez de ir de corrillo en corrillo, como habían hecho los demás. Seguro que lo había hecho para protegerla. Seguro que sentía pena por ella.

-Déjalo -le respondió ella-. Seguramente vas a estar muy ajetreado

y yo quiero pasar tranquila estas Navidades.

-No creo que te encuentres una manifestación en mi casa -le dijo en tono divertido.

-Pero te visitará tu familia, ¿no?

¿Debería contarle que sus padres iban a ir a pasar un par de días con él? Su madre había insistido en preparar la comida de Navidad y él no había tenido más remedio que invitarlos. Pero Candy probablemente pensaría que iba a molestar, si se lo contaba.

-No va a venir nadie a visitarme -respondió Quinn-. Aparte de los pacientes que vienen con una urgencia, que acuden sea Navidad o no sea Navidad. Pero Bob y Jamie se van a quedar y no creo que haya problemas. Podrías traerte a Tabitha y a los gatitos si quieres. Los perros están acostumbrados a ellos y no creo que los molesten.

-Gracias, pero no creo...

-Me gustaría que vinieras, Candy -le interrumpió Quinn.

Los dos se miraron durante unos segundos. Candy se enrojeció.

-Está bien, si insistes.

Llegaron a la casa de Candy. Se dio cuenta de que había dejado la luz encendida. Quinn aparcó el coche al lado del Fiesta.

-¿Te apetece un café? -estuvo pensando todo el tiempo si debía proponérselo.

-Otro día -le respondió Quinn-. Pero antes de irme, quiero ver si todo está en orden.

-¿En orden? -a Candy no le había sentado nada bien el que hubiera rechazado su invitación, por eso su tono fue un tanto cortante cuando le dijo-. ¿Por qué no va a estar todo en orden? Solo hemos faltado unas horas.

-No sé -respondió Quinn encogiéndose de hombros-. A lo mejor Alfie ha hecho alguna trastada.

-No creo.

-Te acompaño hasta la puerta -se lo dijo con cierto tono de brusquedad, lo cual la sorprendió-. Haría lo mismo por cualquiera, así que no seas tan susceptible.

-¿Susceptible? Yo no soy susceptible -protestó de forma vehemente cuando Quinn abrió la puerta del coche.

No le hizo ni caso. Salió del coche y se fue a abrirle la puerta, adoptando una expresión fría y distante.

-Yo no soy susceptible -repitió ella en tono firme cuando salió del coche-. Lo que pasa es que estoy acostumbrada a estar sola. Xavier se ausentaba muchas veces de casa y yo me quedaba sola.

-Muy bien -le respondió sin ninguna expresión ni en su voz, ni en su rostro. Ella se lo quedó mirando durante unos segundos. No sabía por qué le importaba tanto lo que él pensara de ella. Tampoco sabía por qué le había dicho que iba a salir más con él y menos pasar la

Navidad juntos.

La agarró del brazo y caminaron hacia la puerta. Cuando ella abrió, Quinn echó un vistazo dentro y salió al descansillo, donde se había quedado Candy, con las manos en las caderas y cara de paciencia.

-¿Hay algún psicópata debajo de la cama, o escondido en el baño? -le preguntó con voz dulce.

Él se quedó mirándola unos segundos y a continuación se apoyó en la puerta, cruzándose de brazos.

-No te fías de nadie que quiera cuidar de ti, ¿verdad? -le dijo-. ¿Por qué?

-¿Qué? -todo su aplomo se desvaneció de pronto.

-¿O es solo de mí dél que no te fías?

Tabitha, gata traidora, estaba ya enroscándose en las piernas de Quinn, ronroneando de placer. Candy se agachó y la levantó en brazos, para así tener unos segundos para pensar. Pero parecía que los pensamientos se le habían congelado.

-No sé a lo que te refieres -logró decir, después de un silencio tenso.

-¿No?

-No.

-Te pones a la defensiva y no me engañas poniendo esa fachada de mujer fatal -le dijo Quinn de forma directa-. Ya sé que has sufrido mucho por lo del accidente y haber perdido a tu prometido, pero hay algo más, ¿verdad?

-Es posible -lo miró a los ojos mientras pensaba en algo -que responder-. Pero eso es asunto mío, Quinn. Lo mismo que es asunto tuyo la razón de la ruptura de tu matrimonio.

Quinn cambió de postura, sin mostrar ninguna emoción en su rostro.

-Tocado -respondió-. Aunque yo no recuerdo haberte dicho que mi matrimonio se rompiera.

-Dijiste que habías estado casado y tu esposa no vive contigo. ¿Qué otra cosa se puede pensar? -le preguntó Candy.

-Mi mujer murió, y también el niño que teníamos.

-Oh, Quinn -si la tierra se hubiera abierto y la hubiera tragado, lo habría agradecido. Se quedó mirándolo, buscando algo que decir-. Lo siento.

Quinn se encogió de hombros, pero su gesto no ocultó el dolor en su rostro.

-No era un matrimonio perfecto -le dijo con algo de tensión en su voz-. Pero eso es otra historia.

-Siento haberte recordado todo eso, Quinn. De verdad qúe lo siento -tartamudeó.

-No te preocupes -mientras ella continuaba mirándolo, Quinn estiró la mano y le quitó a Tabitha de los brazos, dejándola en el suelo antes de erguirse y agarrarle las manos-. De eso hace ya tres años -le dijo con mucha tranquilidad-. Te contaré la historia en otro momento, pero no esta noche, ¿de acuerdo?

Ella asintió, intentando reprimir las lágrimas. Su hijo. Había muerto su hijo. ¿Cómo podía alguien recuperarse de una tragedia así?

-Fui yo el que empezó esta conversación, así que no te eches la culpa.

-Oh, Quinn -no podría haber descrito todas las emociones que sentía. Nunca antes había experimentado nada parecido.

Quinn suspiró y le puso la mano en la barbilla. Su intención había sido darle un beso de despedida en la mejilla, pero en cuanto sus labios tocaron su rostro, cambió a algo distinto. Se convirtió en algo cálido y sensual, acalorado, sus dedos moviéndose para agarrarla y estrecharla contra su cuerpo.

El fuego que los envolvió los pilló a los dos por sorpresa, pero desencadenó sensaciones que alimentaron más sensaciones. Su lengua buscó y exploró sus labios. Ella los abrió y puso las manos en su cuello.

Candy no podía creerse lo que estaba sintiendo, pero su olor, su sabor, su cuerpo, la estaba consun-iendo. Quinn la estaba apretando cada vez más contra él. Se dio cuenta de que ella estaba también besándolo con un abandono que nunca se habría imaginado posible. Sintió los músculos duros de sus piernas contra ella, sus manos acariciándole la espalda... y creyó morir de placer.

Dejó que le metiera la lengua en la boca, sintiendo casi como una descarga eléctrica que le recorría el cuerpo, algo extraño y excitante al mismo tiempo. Estaba viva como nunca untes lo había estado. Era una sensación emocionante y que la asustaba. Nunca se había sentido así con Harper. Parecía que había perdido todo su poder, como si todas las curvas y rincones de su cuerpo hubieran sido creados para amoldarse a los de él.

Estaba temblando y el corazón le golpeaba con fuerza contra su pecho.

Fue Quinn el que paró y retrocedió unos pasos. Ella abrió los ojos asombrada, cautivada todavía por las sensaciones que había sentido y a punto de abandonarse en el mundo de magia y color que él había creado. Lo miró, sus ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas. Él le devolvió la mirada.

-Me parece que estamos haciendo lo que no tenemos que hacer. Seguro que es por la hora y porque hemos bebido unas copas de más -dijo él-. Será mejor que me vaya.

Ella lo miró sin saber qué responder.

-Te llamaré la semana que viene para quedar e ir juntos a la fiesta de Jeff y Lynn -continuó él, al ver que ella no decía nada.

-De acuerdo.

Él asintió, el rostro rígido por el esfuerzo de controlarse. Se dio la vuelta sin decir otra palabra, sin decir siquiera adiós. Se alejó caminando hacia el coche.

Ella cerró la puerta antes de que él llegara a la puerta del jardín. Se apoyó en la madera durante unos segundos, con los ojos cerrados, tratando de asumir en

lo que había ocurrido. Había cometido una tontería. Más que una tontería.

Le había dicho que solo quería ser su amiga, que no quena ninguna relación y, a la mínima oportunidad que le había dado, lo había devorado.

-Oh, no... -abrió los ojos, miró la habitación y se encontró con la mirada de Tabitha, que estaba acurrucada en su cesto. ¿Ves lo que hace la pasión?, pareció decirle la gata, bajando la cabeza y mirando a sus gatitos.

Candy se separó de la puerta y se dirigió a la cocina. Enchufó el calentador de agua y se preparó un café instantáneo todavía con las manos temblándole. Se sentía ridícula. Nunca antes se había sentido así en su vida, ni siquiera cuando se enteró de que Harper se había estado aprovechando de ella.

Quinn había sido muy claro con ella desde el primer día. Le había dicho que no quena una relación seria con nadie. Y casi lo había invitado a que se acostara con ella. Fue él el que había parado a tiempo. Menos mal que lo hizo.

Se bebió el café y se hizo otra taza, que se llevó a bebérsela junto a los gatos. Se puso a acariciar a Tabitha.

Empezó a sentirse un poco mejor. La verdad era que solo se habían besado. Había sido un beso apasionado, de eso no había duda, pero solo un beso al fin y al cabo. Habían pegado sus cuerpos tanto el uno al otro que casi pareció que estuvieran desnudos, pero no habían estado desnudos. Pensó que nunca iba a poder olvidar su sabor y su olor. Un buen baño caliente y una noche de descanso y sena una Candy Grey distinta a la mañana siguiente.

Sena mejor ver las cosas con objetividad.

Transcurrieron otros diez minutos antes de irse al piso de arriba y llenar la bañera. Echó las sales que

guardaba para las grandes ocasiones. Se desnudó, tiró el vestido y la ropa interior a una esquina y se metió en el agua.

Una vez en la cama, transcurrió por lo menos otra hora antes de poder conciliar el sueño, a pesar de lo cansada que estaba. Pera no se

durmió profundamente, porque soñó que perseguía a alguien a través de corredores oscuros.

Se despertó, se fue al baño, se bebió un vaso de agua y se fue a la cama. Esa vez durmió plácidamente.

Capítulo 5

CANDY tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para aparentar calma y frialdad cuando Quinn llamó por teléfono a su casa al día siguiente. Se había levantado más o menos a las once y, después de un rápido aseo, se había puesto unos pantalones vaqueros y un jersey, se había recogido el pelo en una coleta y se había ido a comprar los periódicos del domingo.

Cuando llegó a casa otra vez, y con la chimenea encendida, se había acomodado en el sofá, con una taza de café al lado, a leer los periódicos. Después, se hizo una tortilla francesa con jamón, que se comió frente a la chimenea, con Tabitha a su lado en el sofá.

Candy había comprado un ratoncito de juguete la semana antes, para Alfie y sus hermanas, Jemina y Poppy, y ver cómo los gatitos jugaban era mejor entretenimiento que la televisión.

Llegó y pasó la hora del té y Candy evitó mirar el teléfono, pero cuando de pronto, a eso de las ocho de la tarde, empezó a sonar, el estómago le dio un vuelco y supo que había estado esperando aquel momento durante todo el día. Aunque bien podía no ser Quinn, se dijo a sí misma mientras levantaba el auricular. Le había dicho que la iba a llamar, pero no había especificado a qué hora.

-¿Candy? -reconoció su voz profunda, oscura y amistosa-. Soy Quinn.

-Hola, Quinn -estuvo a punto de echar a reírse como una histérica al darse cuenta de lo calmada que estaba, cuando casi no había podido pegar ojo en toda la noche pensando en él. Agarró el auricular con fuerza-. Gracias otra vez pop lo de anoche. Fue un placer conocer a tus amigos.

De nada. Oye, he quedado en tomar una copa en el Sáddler's Arms -comentó Quinn-. ¿Quieres venir? Puedo ir a recogerte si quieres.

Se apartó el teléfono del oído y se quedó mirando a la nada durante un par de segundos. No parecía que lo de la noche anterior lo hubiera afectado lo más mínimo. Ella había estado nerviosa todo el día, incapaz de pintar, ni hacer nada y él tan fresco como una lechuga. No sabía si reír o llorar.

-Es que me has pillado haciendo algo que no puedo dejar. ¿No te importa?

-No claro que no. Estaré de guardia toda esta semana, así que dudo que pueda volver a llamarte. Recuerda que hemos quedado para ir a la fiesta de Jeff y Lynn. ¿Te recojo a las ocho el sábado?

-De acuerdo. Hasta entonces, Quinn.

-Adiós, Candy -le dijo al cabo de unos segundos.

Candy se quedó sentada mirando el teléfono durante unos segundos y a continuación lo volvió a colocar en su sitio. Aquel

hombre era un bruto sin sentimientos. Era verdad que había puesto gesto de dolor cuando le contó lo de su mujer y su hijo, pero no parecía sentir nada por ella. No era una exageración decir que lo que había ocurrido la noche anterior entre ellos había sido la experiencia más desconcertante de toda su vida y, sin embargo, a él le había dejado frío. Por lo menos emocionalmente. Sin embargo, ella había notado cómo se había excitado, aunque bien era verdad que había sido él el que había parado.

Movió la cabeza, expulsando al mismo tiempo el aire un poco irritada. ¡Ya estaba bien! No iba a gastar un minuto más de su tiempo pensando en Quinn Ellington. Él había fijado las reglas y a ella no le quedaba otra opción que cumplirlas. No estaba dispuesta a colocarse otra vez en una situación vulnerable. Se limitaría a ser su amiga y nada más.

Las tres semanas siguientes, hasta Navidad, Quinn demostró más o menos que la relación que quería mantener con ella era platónica.

Acudieron a la fiesta de Jeff y Lynn y Candy se divirtió mucho. Cuando Quinn la llevó a casa no se quedó más que unos minutos y se limitó a darle un beso en la mejilla y marcharse.

A la noche siguiente fue al Saddler's Arms con Quinn y unos amigos. Candy insistió en llevarse su coche y que no la fuera a buscar.

Quinn se mostró muy solícito con ella mientras estaban con otra gente, pero cuando se quedaron solos y él la acompañó hasta su coche, aparcado en la parte de atrás del bar, tan solo le dio un beso en la frente, como si tuviera cinco años.

'Y continuaron viéndose de la misma manera. Un día fueron con Jeff y Lynn al cine y a cenar. Otro día acudieron a una fiesta del coronel Llewellyn. El día anterior a Nochebuena cenaron en casa de Marion.

Candy se lo pasó muy bien en todas aquellas fiestas. Pero cuando llegaba a casa y se quedaba a solas con Tabitha, se quedaba en un estado de agitación hasta altas horas de la madrugada. Y no entendía por qué. A menos que fuera por seguir fingiendo de aquella manera, pensó la mañana del día de Nochebuena, cuando se despertó y se quedó al calorcito de la cama.

Se arropó y se quedó otros cinco minutos más. Ella nunca había sido buena actuando. Recordó que en una representación navideña en el colegio, en la que ella hacía de la virgen, dejó a José que caminara solo a Belén, de la vergüenza que le daban las miradas del público. Pero no estaba inquieta por el miedo a decir algo que dejara su farsa al descubierto. Era Quinn.

Si fuera menos guapo, menos cariñoso, si no tuviera sentido del

humor, o fuera el típico macho, podría olvidarse de él.

Pero era todo lo contrario. Cada vez que estaba a su lado se ponía nerviosa. Y era agotador. Su cuerpo se ponía en tensión cada vez que le ponía la mano encima y, como quería fingir que era su novia, la tocaba mucho. Cada vez que lo hacía ella recordaba lo que sintió cuando estuvo entre sus brazos, saboreándolo, sintiéndolo, oliéndolo...

Se incorporó de pronto y se echó el pelo para atrás. La noche anterior, cuando los dos habían estado sentados en el pequeño sofá de casa de Marion, su muslo pegado al de ella y su mano en la espalda, había decidido que, en cuanto pasara Navidad, le diría que su trato había terminado.

Rodeó las rodillas con sus brazos y se quedó mirando la habitación. Podría haber mujeres que podrían tratar a Quinn como un colega, pero ella no podía. Cada vez que estaba a su lado, a ella le desbordaban las emociones y no se reconocía ni a ella misma. Cuando había estado con Harper no había sentido lo mismo.

Había sido feliz con Harper. Pero Harper no la había hecho sentir algo tan profundo como le había hecho sentir Quinn.

Se quedó pensativa. Parecía que' su mente quería decirle algo que su corazón no estaba dispuesto a escuchar. Frunció el ceño. La diferencia era que Harper había sido su novio y Quinn no. Aunque tampoco sabía muy bien qué era. ¿Amigo? ¿Compañero? No, ninguna de las dos cosas, porque un,amigo o un compañero no te alteraba de aquella forma el sueño.

-¡Basta ya, Candy Grey! -dijo en alto. Decidió acabar con toda aquella farsa en cuanto acabara la Navidad. Conocía a Quinn desde hacía dos meses y en aquel tiempo se había dado cuenta de que era un hombre inteligente y amable, por encima de todo. Seguro que entendía que aquel juego había ido demasiado lejos. Sin embargo, prefería decírselo cuando pasaran aquellas fiestas. Quería que pasara unas Navidades relajadas.

Candy se quedó trabajando el resto del día. Había terminado el cuadro que Quinn había admirado dos semanas antes y había decidido pintar una serie de escenas de nieve que podía vender como colección o individualmente. Se estaba muy a gusto en la casa. El fuego de la chimenea iluminaba la habitación con sus llamas. Fuera seguía nevando. Parecía que las previsiones de unas Navidades nevadas iban a hacerse realidad.

Justo en el momento en que empezaron a caer los copos más gordos, oyó él todoterreno aparcando. Levantó la cabeza un poco sorprendida. Quinn le había dicho que la iba a ir a recoger a ella y a los gatos a la mañana siguiente a las diez. ¿Qué hacía allí? ¿Había ido a cancelar la cita por alguna razón?

No quiso prestar atención a la punzada de desilusión que acompañó a aquel pensamiento cuando se fue a abrirle la puerta.

-Hola -le saludó. Llevaba unos pantalones vaqueros de color negro y una cazadora de cuero. Se quedó casi sin respiración al ver lo guapo que estaba-. No me digas, has decidido que la población animal te necesita más que yo mañana -comentó sonriendo.

Él le devolvió la sonrisa, una sonrisa muy sensual, pensó Candy.

-En absoluto. ¿Puedo entrar?

-Claro, claro. Iba a hacer un café -añadió-. ¿Quieres uno?

-¿Rechazaría un hombre que se está ahogando una mano salvadora?

-Toma si quieres -le ofreció una bandeja con galletas de chocolate mientras Quinn se sentaba en una de las baquetas al lado de la barra de la cocina-. ¿Qué tal hoy?

-Ha sido un día agotador -respondió él sonriendo-. He tenido que ir a la granja de Breedon a eso de las dos de la mañana y todavía no me he acostado. Cuando acabé de atender al caballo, se empeñó en que tenía que beber unos vasos de whisky con él y nos quedamos hablando hasta que amaneció y su mujer nos preparó el desayuno.

-Tendrías que haber dormido unas horas. Te habría sentado bien.

-No me gusta meterme en una cama fría después de haber salido hasta altas horas de la madrugada -comentó mientras daba un mordisco a una galleta de chocolate y se quitaba la cazadora.

Seguro que se estaba acordando de su mujer, cuando ella lo recibía en sus brazos después de haber salido a atender a algún animal. La punzada que sintió en el corazón fue tan aguda como inesperada.

-¿Has venido a hacerme una visita social, o para contarme algo en concreto?

-A las dos cosas.

Esperó a que él se terminara de comer la galleta para decirle:

-Cuéntame.

-¿Has oído el pronóstico del tiempo? -le preguntó indicando con su cabeza hacia la ventana, a través de la cual se veía cómo se estaba formando un manto de nieve.

-Sí.

-Creo que esto no va a parar. Así que se me había ocurrido... -hizo una pausa para dar un sorbo de café-. Se me había ocurrido que podías venir y quedarte en casa estos dos días. Cuando nieva como está nevando, esta casa se queda prácticamente incomunicada.

-¿A quedarme en tu casa? ¿Contigo? -se quedó mirándolo asombrada.

-No, con el cartero del pueblo -le respondió con sorna-. Claro que conmigo. ¿Con quién otro?

A ella se le ocurrieron por lo menos cien personas más con las que podría quedarse en vez de con él.

-No puedo Quinn. La gente puede pensar que...

-¿Qué iba a pensar la gente?

-Que nos estamos acostando.

-Tampoco sería nada terrible -murmuró él-. Se supone que somos novios, no lo olvides.

Candy pensó que no porfían continuar dé aquella forma. Aquel hombre tenía una gran desfachatez.

-Pero no somos novios. Y a pesar de los tiempos tan liberales que corren, no quiero que mi reputación quede... -se detuvo.

-¿Qué? -le preguntó él. Mancillada.

-¿Mancillada? -la miró como si estuviera loca-. A la gente hoy día eso le importa tres cominos.

-Pero a mí sí me importa, Quinn -le respondió ella.

-No puedo creerme lo que estoy oyendo –replicó él-. Seguro que ahora me sales que no estás de acuerdo con las relaciones sexuales antes del matrimonio.

-Lo que yo piense o deje de pensar no es asunto tuyo.

-Yo no estoy de acuerdo.

-¡Pues yo sí!

-Escucha un momento, Candy...

Justo en ese momento Candy se dio cuenta de que había perdido la batalla. Nada más fijarse en su cara. Era tan guapo, que le arrebataba todas las fuerzas.

-No tienes ni idea de lo que una persona tiene que soportar por llevar una vida inmoral.

-¿Inmoral? -se estiró y su rostro se oscureció-. Yo no estoy hablando de nada inmoral.

-Eso depende de cómo lo mires -le respondió furiosa-. Mi abuela se acostó con todos sus novios antes de casarse con mi abuelo. Y no pasaron mucho tiempo juntos, porque al poco tiempo ella se fue a Canadá con el mejor amigo de mi abuelo cuando se dio cuenta de que se había quedado embarazada de él. De ese embarazo nació mi madre. El otro hombre estuvo viviendo unos cuantos meses con ella, pero al poco tiempo se marchó. Y a partir de entonces su casa era una casa en la que entraban todos los hombres que querían. Cuando Xavier nació, mi abuela no sabía quién era el padre. Y no creo que tampoco le importara. Mi madre fue la que lo crió. Cuando mi madre cumplió los catorce años, uno de los borrachos que iban a visitar a mi abuela la violó. Mi madre murió nueve meses más tarde, cuando me trajo a este mundo.

-Candy, no sigas, por favor -Quinn estaba horrorizado, no por lo que estaba diciendo, sino por la expresión de dolor que tenía.

-En el pueblo donde vivíamos, nuestro apellido era famoso -Candy sabía que tenía que parar, pero no había fuerza suficiente que pareciera lograrlo-. A mí me conocían como la nieta de la Grey, incluso después de que Xavier se hiciera millonario y nos fuéramos a vivir a otro sitio. Cría fama y échate a dormir. Eso es lo que aprendí.

-Pero no todo el mundo es igual.

-Yo tomé una decisión muy clara cuando tenía quince años, cuando uno de mis novios me llevó a dar una vuelta en su coche, pensando que yo era como mi abuela. Juré que no iba a dejar que ningún hombre me volviera a tratar como me trató él -relató Candy-. Se puso muy desagradable cuando lo rechacé. Me dijo cosas muy desagradables de mi abuela y de mi madre. Nadie creía que la habían violado. Todos pensaban que se lo había buscado al ser la hija de mi abuela.

-Pero seguro que tu prometido no pensaba lo mismo, ¿no? -le preguntó Quinn en tono tranquilo. Quería acercarse a ella y reconfortarla, estrecharla entre sus brazos, pero sabía que no era el momento de establecer contacto físico alguno. Sobre todo porque se estaba dando cuenta de que le dolía que la vida la hubiera tratado de aquella manera.

-¿Harper? -le preguntó en tono amargo-. Harper era un hombre muy cariñoso. Era un hombre que me respetaba, que me cuidaba. Decía que quería casarse conmigo. Pero lo que en realidad quería era asegurarse su existencia casándose conmigo. Sabía yo era el ojo derecho de Xavier y que él, antes de conocer a Essie, estaba en contra del matrimonio. Harper pensó que yo iba a heredar toda su fortuna algún día.

»Pero no vio razón alguna para permanecer célibe hasta la noche de bodas y se iba con quien le daba la gana, hasta que un día dejó a una embarazada. Esa fue la razón del accidente. Empezó a gritarme porque no quería admitir que lo nuestro había terminado. No se dio cuenta del camión que venía de frente y cuando lo vio fue demasiado tarde. Dio un volantazo, se salió de la carretera y el resto ya lo sabes.

Quinn permaneció en silencio durante un rato.

-Lo siento, Candy - su voz era profunda y sincera y tenía un tono de dolor. Siento mucho que conocieras a un hombre tan rastrero siendo tan joven. Siento mucho que te rompiera, el corazón. Pero no dejes que eso te influya.

-No lo voy a permitir -el labio le estaba temblando, pero estaba decidida a no llorar. No podía creerse que le hubiera podido contar lo que había jurado no le iba a contar a nadie. Habla dado cualquier cosa para, retroceder en el tiempo. Desde el principio le había dicho con claridad que él no quería comprometerse-con nadie y ella le había contado todo su dolor y humillación.

-Escucha, te lo tenía que haber contado desde el principio. Mis padres están en mi casa -Quinn estaba sintiéndose tan mezquino como Harper. No sabía por qué no se lo había dicho desde el principio, aunque se imaginaba la respuesta. Y la respuesta era que se había sentido ofendido porque ella no quería que los demás pensaran que la relación que mantenían era una relación seria, tan seria como para poder pasar unos días en su casa con él. Lo había hecho por orgullo. Pero él no sabía nada de su pasado.

-¿Tus padres? -se quedó asombrada y no se lo podía echar en cara-. ¿Están en tu casa?

-Se van a quedar un par de días -nunca se había sentido tan mal-. Así que, si quieres venir, nadie va a pensar nada raro.

-Pero... -no entendía nada-. ¿Sabías que iban a venir? -le preguntó medio temblando. ¿Qué estaría pensando? ¿Qué más podría decir? Le había contado más de lo que ella había querido contarle. Incluso le había dicho que era virgen. Sintió deseos de que la tierra se abriera a sus pies y la tragara.

-Sí, sabía que iban a venir.

-¿Y por qué no me lo dijiste? -le preguntó ella. ¿Te has enterado en el último minuto?

-No, hacía semanas que lo sabía. Pero pensé que, si te lo decía, ibas a poner cualquier excusa para no venir y... no quería que pasaras las Navidades sola.

Aquello seguro que había sido cosa de Xavier y Essie. Seguro que le habían dicho a Quinn que no la dejara sola. Se levantó y se fue al salón.

-Quinn, no pasaría la Navidad contigo aunque fueras el único hombre en el mundo -le respondió. No quería que nadie se apenara de ella.

-Estás muy equivocada -le respondió él, entrecerrando los *ojos*-. Vas a venir.

-Tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

-No seas niña -por la expresión de *sus ojos* azules vio que no debía haberle dicho eso, pero lo que no se esperaba era que ella estirara la mano y le diera una bofetada.

-Vete ahora mismo de aquí -le dijo, blanca como la pared. De pronto se echó a llorar.

Candy no supo en qué momento se sentó en sus rodillas y lloró en su hombro. Al principio no le importó. Estaba demasiado impresionada por lo que había ocurrido como para ponerse a pensar en lo que estaba haciendo. Pero poco a poco, según se fue tranquilizando, empezó a ser consciente de la fuerza de sus músculos debajo de su camisa y de los sonidos que hacía para tranquilizarla.

Se había puesto una colonia muy sensual. Él en su conjunto era

un hombre muy sensual. Y las emociones que estaba sintiendo en su cuerpo no tenían nada que ver con su cariño y amistad, sino que las provocaba algo mucho más carnal.

Tragó saliva y poco a poco levantó la cabeza de su hombro.

-Te he mojado la mantuvo la mirada en la mancha que le había dejado.

-Ya se secará -le respondió él con voz grave. Cuando ella se puso en pie, él no se lo impidió. Quinn Ellington estaba tratando de asumir unos sentimientos nuevos para él, unos sentimientos salvajes, amenazantes, tanto emotivos como físicos. Deseaba a aquella mujer. En un plano físico, la quería más de lo que había querido a ninguna otra mujer en su vida, incluida Laura. Su mujer le había caído en sus manos como una fruta madura. Desde muy joven nunca había movido un dedo para llevarse a una mujer a la cama.

Nunca había tenido que esperar por una mujer. Y eso era lo que le había pasado con Candy. Había intentado engañarse a sí mismo diciéndose que lo que sentía por ella era solo amistad. Sin embargo, en el fondo la deseaba, quería acostarse con ella. Pero lo cierto era que Candy era familia de Essie y necesitaba tiempo para recuperarse. Por eso, no por otra cosa, había esperado.

Se quedó mirándola. Ella comenzó a caminar y dijo que se iba al piso de arriba a lavarse la cara. Y se quedó solo.

Después de lo que le había contado y sabiendo que en unos cuantos meses se separarían, no podía acostarse con ella. Era demasiado vulnerable, demasiado insegura. Había tenido una infancia demasiado desgraciada.

Se levantó de la silla. Haberla tenido tan cerca, oliendo su perfume y tocando su piel, lo había excitado. Tenía que tranquilizarse.

Tabitha se enroscó en sus piernas mientras se dirigía a la puerta. Se agachó y la acarició. Alfie acudió corriendo junto a su madre. Abrió la puerta y pisó el manto blanco de nieve que cubría la noche. Estaba nevando con bastante intensidad. Se quedó fuera unos segundos respirando el aire frío de la noche, antes de acercarse al todoterreno a sacar las cajas para transportar los gatos que había llevado.

Cuando volvió a la casa, el teléfono empezó a sonar. Como Candy estaba todavía en el piso de arriba, dejó las cajas en el suelo y fue a contestar.

Hubo un- silencio al otro lado de la línea, al cabo del cual una voz femenina le preguntó:

-¿Eres tú, Quinn?

-¿Essie?

-¡Eres tú! -por el tono de su voz, seguro que estaba riéndose-. Me alegra mucho que Candy no esté sola en Navidad. ¿Está ahí?

-Se está empolvando la nariz -respondió Quinn de forma escueta-. La he invitado a que venga a pasar un par de días a casa. Hace muy mal tiempo por aquí. Mis padres han venido a pasar la Navidad conmigo y he pensado que podríamos pasarla todos juntos. A ver si tú logras convencerla.

-De acuerdo -respondió la mujer de Xavier-. ¿Quinn? ¿Sucede algo?

-No, no. Todo va bien -mintió-. Me parece que ya baja Candy. Le diré que eres tú.

Candy estaba en mitad de la escalera cuando él la llamó. Se había lavado la cara y estaba guapísima. Recordó cómo había sentido su cuerpo cuando la tuvo sentada en sus rodillas y todo lo que había logrado el aire frío de la noche se desvaneció.

-Es Essie -le informó-. Le he dicho que a lo mejor vienes a pasar la Navidad a casa y le ha alegrado saber que no ibas a quedarte aquí sola. Así que no le digas ahora que no vas a venir.

-Quinn...

-Acuérdate del bebé -le dijo.

-Eso es chantaje emocional -le respondió. Reprimió una respuesta acalorada al darse cuenta de la marca que le había dejado en el rostro, cuando le dio la bofetada. Nunca había pegado a un hombre y había tenido que ser Quinn el primero. Y había sido una bofetada con todas las de la ley.

Estuvo hablando un rato con Essie. La mujer de Xavier le dijo que le alegraba mucho saber que iba a pasa las Navidades entre amigos. Le dijo que estaban preocupados por ella, pero sabiendo que estaba con Quinn se podían relajar.

Candy también había hablado con Xavier. A1 oír la voz de su tío, se le puso un nudo en la garganta. Hablaron unos minutos, al cabo de los cuales su tío le dijo que quería hablar con Quinn.

Fue una conversación breve y concisa, a la que Quinn contestó solo con monosílabos.

-¿Qué te ha dicho? -le preguntó Candy cuando Quinn colgó. Durante la conversación, se había prometido a sí misma que no le iba a hacer aquella pregunta.

-Expresó su preocupación paterna sobre mis intenciones -le respondió Quinn, enarcando las cejas.

-No es mi padre -le respondió. Estaba un poco harta de que todo el mundo se preocupara tanto por ella. ¡Ya no era una niña!

Y así era como Quinn la hacía sentirse, como una niña irracional, cuando le dijo:

-Te quiere mucho, Candy. Y también Essie. No les puedes reprochar que se preocupen por ti.

Claro que lo podía hacer. Porque la situación que estaba viviendo

la había provocado el interés de Xa

vier y Essie por ella. Tenía veinticuatro años y sabía cuidar de sí misma. No necesitaba ningún ángel guardián. Su rostro pareció reflejar sus pensamientos, porque Quinn comentó:

-Te van a salir arrugas antes de que cumplas los treinta.

-Tú no las vas a ver, así que poco importa -le respondió Candy, fijándose en las cajas para los gatos mientras le respondía, lo cual hizo que su expresión se oscureciera más. ¿Cómo podía estar tan seguro de sí mismo?

Quinn siguió su mirada y supo lo que pensaba.

-Recoge tus cosas que nos vamos -le dijo él, fijándose en su mirada desafiante.

-Ya te he dicho que no voy a ir.

-Pues se lo prometiste a Essie.

-Yo no le prometí nada -le respondió Candy-. Tú fuiste el que les dijiste que me iba a ir contigo y yo no te contradije, eso es todo. Y no tienen por qué enterarse, a menos que tú se lo digas. Y no creo que lo hagas... por bien del bebé -añadió con sarcasmo.

-¿Y mis padres? -le preguntó Quinn-. Están deseando conocer a mi novia. Cuando vuelva sin ti, ¿cómo crees que van a reaccionar?

-Deberías haberlo pensado antes de haberles dicho nada.

Pero ya no estaba tan segura de lo que estaba diciendo. Quinn, al darse cuenta de su inseguridad, presionó para conseguir sus unes.

-Candy, mi madre casi se muere cuando Laura y su nieto desaparecieron hace tres años -le informó con voz muy suave-. Desde entonces... he salido con algunas mujeres, pero ninguna ha supuesto nada. Mi madre se alegró tanto al oír tu nombre.

-¡Cómo te has atrevido! ¿Cómo has sido capaz de contarle algo así, cuando todo esto es una farsa?

-No pensé que fuera a afectarlos tanto como los ha afectado -respondió Quinn-. Cuando ocurrió el desgraciado accidente, ocultaron su dolor solo por mí. Cuando le hablé a mi padre de ti se alegró mucho de que por fin estuviera recuperándome... -se detuvo de pronto.

-¿Es que lo pasaste mal? -le preguntó Candy, antes de pegarse patadas mentales. ¡A un hombre al que la vida le había arrebatado a su mujer y su hijo y le preguntaba si lo había pasado mal!

-Lo siento, Quinn -le dijo-. Iré con vosotros a pasar la Navidad. Pero...

-¿Qué?

-Después de Navidad, cuando se vayan, tú y yo tenemos que hablar. ¿De acuerdo?

-De acuerdo =sonrió de forma tan sensual que casi se le doblaron las rodillas-. Después de Navidad -le dijo con voz sedosa.

-Lo digo en serio, Quinn -sintió sus dedos en su espalda.

-De acuerdo -respondió él.

Ella suspiró y pensó cómo en algún momento se le había ocurrido pensar que aquello fuera a salir bien. ¿Una amistad con un hombre como Quinn? ¿Conformarse con nada más? Era como pedirle a alguien que dejara de respirar.

-Bueno -se apartó un poco de él, pero Quinn no parecía dispuesto a dejarla marchar con tanta facilidad.

-Harper debía de estar medio loco -le dio mirándola a sus ojos azules.

-Él no pensaba lo mismo -le respondió, tratando de apartarse sin ningún éxito.

-¿Saben Essie y Xavier que salía con otras?

-No lo sabe nadie más que tú.

Los dos permanecieron en silencio unos segundos.

-Me alegra mucho que hayas confiado tanto en mí,

Candy.

-No quería contártelo. Y, para serte sincera, no sé si debo confiar en ti.

Otro silencio. Quinn empezó a reír.

-Sabes cómo machacar el ego de un hombre -le dijo cuando dejó de reír.

-Pues yo creo que sabes cuidar muy bien del tuyo -le respondió en tono grave y serio-. ¿Me sueltas, por favor?

-¿Por qué? A mí me parece bastante agradable -le respondió él.

-Pero lo agradable no siempre está bien -replicó ella.

-Es verdad -inclinó su cabeza y la miró con ojos sonrientes-. Pero en este caso...

No prolongó el beso. No fue como el que sé dieron por primera vez. Pero Candy sintió derretirse por dentro.

-Ve a recoger tus cosas, anda.

Quiso recordarle que solo eran amigos, que dijera lo que le dijera a sus padres no iba a cambiar en nada el acuerdo al que habían llegado. Pero no encontró las palabras. Así que se limitó a morderse el labio, levantar la cabeza e irse a preparar la bolsa con el equipaje.

Capítulo 6

CANDY conoció a los padres de Quinn y le gustaron. Mary Ellington era una mujer pequeña, muy guapa, de pelo canoso que contrastaba con un rostro sin apenas arrugas. El padre era igual que Quinn.

Fueron muy amables con ella, lo cual la hizo sentirse más culpable. Cuando Mary comentó:

-Estaba haciendo el té, espero que no te importe -su sentimiento de culpa se intensificó.

-Claro que no -respondió Candy forzando una sonrisa.

La otra mujer se mostró también un poco nerviosa, seguro que porque pensaba que era la novia de su hijo. Si supiera que era la primera vez que entraba en aquel piso que su hijo tenía encima de la clínica...

¡Y vaya piso! Su primera impresión, nada más pasar al enorme salón, había sido el de lujo y magnífica coordinación. La moqueta de color gris plateado y los muebles de color oscuro daban aire de masculinidad. No se notaba toque femenino alguno en la casa. Había colocado las tarjetas navideñas en un árbol de cartón, y aquello era lo único que podía indicar que estaban en Navidad.

Candy la comparó mentalmente con su casa, y las tarjetas que había colocado en las paredes del piso de abajo, el árbol completamente decorado con motivos navideños... Sintió un poco de tristeza. Aquel lugar daba la impresión de soledad.

Pero recordó que Quinn le había dicho, mientras se dirigían a la casa, que el piso estaba más o menos como lo había dejado Xavier.

Le había explicado que había tenido tanto trabajo, que no le había dado tiempo a cambiar nada. Además, él también tenía los mismos gustos de Xavier y habría elegido lo mismo.

Quinn sacó las cajas con los gatos. Cuando los padres vieron a los animales, casi saltaron de alegría. Quinn había preparado unos platos con comida al lado de la cocina y en cuestión de segundos los gatos se sintieron como si hubieran vivido toda su vida en aquella casa.

Cuando Candy entró con Mary en la cocina para preparar la cena, vio que aquella cocina haría las delicias de cualquier cocinero. Sin embargo, se notaba que allí no se cocinaba mucho. Todo estaba inmaculado. La madre de Quinn debía estar pensando lo mismo que ella, a juzgar por sus comentarios.

-No parece que Quinn coma como tiene que comer, ¿verdad? Y eso me preocupa. Bernard' me dice que deje de preocuparme, pero no puedo evitarlo. Ese es nuestro papel como madres, ¿no crees?

Mary sonrió como suplicando su comprensión. Puso una expresión tan dulce en su rostro que en vez de darle una respuesta

educada, le dijo:

-Yo no sé lo que sienten las madres, porque la mía murió cuando yo nací. Pero creo que si yo fuera madre sentiría lo mismo.

-Lo siento -le dijo Mary poniéndole una mano en el brazo-. Quinn no me lo había contado.

El problema era que Quinn tampoco lo había sabido cuando le había hablado de ella a sus padres.

Según fueron transcurriendo las horas, parecía cada vez más convencida de que su hijo había encontrado a su media naranja. Mary era una mujer muy discreta y no hizo ningún comentario al respecto, pero el brillo de su mirada indicaba claramente lo que estaba pensando.

Y Candy sé sintió un poco avergonzada, arrepentida de engañar a gente tan encantadora.

Mary había llevado comida suficiente para alimentar a un ejército durante una semana. Cuando terminaron de cenar, las dos mujeres dejaron a los dos hombres viendo la televisión en el salón y se fueron a la cocina a prearar las verduras y el relleno del pavo que los padres de Quinn habían llevado.

Las dos se estaban riendo de la historia que Candy estaba contando sobre lo que le había pasado a Quinn al recuperar a los gatitos cuando él entró en la cocina. Las dos giraron la cabeza con los *ojos* brillantes de la risa. El se quedó en la puerta en silencio y con cara de asombro.

-¿Quinn? -Candy lo miró y- poco a poco dejó de reír-. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

-¿Qué? -de pronto pareció volver al mundo de los vivos-. Sí, sí, estoy bien. Solo he venido a decirte que he sacado tu bolsa y la he dejado en tu habitación, nada más.

-Gracias -Candy continuó mirándolo, con gesto de asombro.

-En cuando haya terminado con estas patatas, tu padre y yo os dejaremos en paz -comentó Mary mirando a su hijo-. Volveremos a las nueve de la mañana, si no es muy temprano. En la iglesia del pueblo hay misa a las diez y me gustaría ir. Vosotros no tenéis por qué venir si no os apetece.

Las últimas palabras habían ido dirigidas a

Candy, quien respondió con un tono de voz un tanto vacío:

-Me encantaría ir... -¿iban a volver por la mañana? ¿Es que no se iban a quedar a dormir? ¿Qué estaba ocurriendo?-. Lo que no entiendo...

Prefirió no terminar la frase al ver a Quinn mover la cabeza.

¿Qué estaba pasando? Candy frunció el ceño, pensando que había tenido razón cuando le había dicho que no confiaba en él.

Quinn siguió apostado en la puerta mientras ellas terminaban de

preparar las verduras, haciendo comentarios graciosos que hicieron reír a su madre, pero que a ella no le hicieron tanta gracia. Por consideración a su madre, Candy prefirió no expresar en voz alta sus preocupaciones. Cuando terminaron de preparar las verduras, Mary empezó a limpiar el mármol y Candy miró a Quinn a *los ojos.*

-Voy un momento a saludar a los perros -le comentó, sabiendo que él la iba a acompañar.

-Me parece una buena idea, cariño -comentó Mary-. Para cuando regreséis yo habré terminado.

-¿Qué es todo esto, Quinn? -Candy no esperó a llegar donde estaban los perros-: ¿Qué es lo que ha querido decir tu madre con eso de que van a volver por la mañana? ¿Dónde van?

-Al Saddler's Arnis creo.

-¿Al Saddler's Arms? -estaban en el vestíbulo y ella lo miró con ojos de sorpresa. ¿Era la Nochebuena y se iban a tomar una copa al pub?- ¿A tomar algo?

-No sé por qué te sorprendes tanto. A mi padre le gusta beberse un par de Guinness antes de irse a la cama. Dice que le ayuda a conciliar el sueño.

-¿Y por qué no se las bebe aquí? -le preguntó ella.

-Podría, es cierto.

De seguir así, le iba a dar otra bofetada en cualquier momento.

Lo que pensaba pareció reflejarse en su rostro, porque Quinn la agarró del brazo, abrió la puerta de la calle y caminaron hasta la clínica.

-Suéltame -apartó su brazo nada más salir del vestíbulo-. ¿Qué está pasando, Quinn? ¡Y no me mientas!

-No está pasando nada -le explicó-. Lo único que ocurre es que el piso solo tiene dos dormitorios.

-¿Qué?

-Como el Saddler's Arms tiene una habitación doble libre, mis padres han decidido hospedarse allí, en vez de dormir en la habitación que hay encima del garaje, aunque no esté tan mal. Yo estuve viviendo allí cuando llegué a este pueblo.

-¡Quinn! -le gritó, algo que casi nunca hacía-. ¿Me estás diciendo que he sacado a tus padres de su' habitación?

-Yo no diría tanto -respondió él impasible.

-¿Cómo lo dirías tú entonces? -le preguntó.

-Ya te he dicho que cuando hace mal tiempo tu casa se queda prácticamente incomunicada y ellos dijeron que era mucho más práctico que tú te quedaras aquí si podían encontrar habitación en otro sitio. Y eso fue lo que hicimos -terminó la frase con una sonrisa-. Mis padres no pondrían buena cara si hubiéramos compartido tú y yo la habitación, ya que hace solo un par de meses

que nos conocemos -añadió de forma razonable-. Están un poco chapados a la antigua.

-A mí tampoco me habría apetecido compartir habitación contigo -le respondió indignada-. Porque tú y yo no somos novios.

-Es verdad -sonrió. Una sonrisa de tiburón-. ¿Cuál es el problema entonces?

¡El problema era que tendría que pasar la noche en su casa! Y ese era un problema de importancia.

Se quedó mirándolo, sin saber qué decir. ¿Es que no se daba cuenta? Incluso aunque él no quisiera comprometerse, tendría que entender que aquello no era justo. Para ninguno de los dos. Quinn sería era capaz de dejarla sin inmutarse, pero ella...

Levantó un poco el mentón y puso una expresión fría y remota en su rostro.

-El problema es el que ya te he comentado -le dijo-. No quiero que la gente piense que nos estamos acostando juntos, cuando no lo estamos haciendo.

-Candy, la única razón por la que mis padres se van a quedar en la habitación del pub, es porque tú vas a dormir en la habitación de invitados -le dijo Quinn con mucha paciencia-. Eso es lo que la gente va a pensar. Si alguien tiene que preocuparse de su reputación, ese alguien soy yo. Mi reputación como casanova va a venirse abajo. Lo siguiente que la gente esperará es un anuncio de compromiso.

-Parece que tienes respuesta para todo.

-No para todo.

Se quedó impresionara al notar el tono amargo en su voz y durante unos segundos se olvidó de lo que estaban hablando.

-¿Qué problema tienes, Quinn?

-Tú eres el problema.

No se esperaba esa respuesta.

-¿Yo? -susurró ella en un hilo de voz-. ¿Qué es lo que he hecho?

-¿Qué has hecho? -se pasó una mano por el rostro, de la misma forma que hacía para alisarse el pelo. Parecía estar enfadado. Definitivamente estaba enfadado.

Poco a poco recuperó el control y en ese mismo momento se dio cuenta de que Quinn había estado representando un papel desde el momento en que lo conoció. No sabía cuál, pero estaba segura de ello. En algunas ocasiones, había visto destellos del verdadero Quinn, pero habían sido tan fugaces, que no había sido capaz de analizarlos.

-No has hecho nadÁ, Candy -estaba más tranquilo, mucho más como el Quinn Ellington que conocía, con mucha seguridad en sí mismo-. Ven a saludar a los perros ya que estás aquí. Después, nos iremos a casa. Es posible que mis padres quieran marcharse.

Era como Harper. Una cosa por fuera y otra por dentro. A1 minuto

siguiente rechazó aquel pensamiento. No, no era como Harper. Él había sido un hombre egoísta, más dado a tomar el lado fácil de la vida. Quinn no era así.

Candy no tuvo tiempo de pensar nada más. Quinn había abierto la puerta de la clínica, donde los perros estaban pasando la noche y una avalancha de animales inundaron el pasillo mostrando su alegría.

Pasaron unos minutos con los perros, antes de que Quinn los llevara hasta el jardín, que en aquel momento ya tenía varios centímetros de nieve. Los perros empezaron a saltar en aquel elemento nuevo para ellos.

-Se han puesto como locos -Quinn se quedó de pie observándolos durante unos segundos, con las manos en los bolsillos de atrás de sus vaqueros y su boca esbozando una sonrisa-. Les dejaremos aquí un rato, hasta que se cansen.

-Quinn, yo preferiría que tus padres se quedaran aquí. Podría irme yo al Saddler's Arms, o a la habitación de encima del garaje -le dijo Candy.

-Pero yo no -le respondió muy serio.

-Pero...

-No hay peros que valgan -le tocó sus labios con el dedo-. Ni tampoco vas a volver a tu casa, si es lo

que vas a sugerirme. Y menos con el pronóstico del tiempo para estos días...

-No está tan lejos -estaba muy cerca de ella, demasiado cerca. Le era muy difícil considerarlo solo como un amigo en aquel reducido espacio donde estaban-. Essie vivió allí sola -añadió casi sin aliento.

-Pero tú no eres Essie.

No sabía si tomárselo como un insulto o como un halago. La atmósfera era electrizante. Su voz era cálida y profunda y la hacía sentirse querida y protegida.

Quinn estaba respirando de forma profunda. El pecho se le hinchaba y deshinchaba y tenía las piernas ligeramente separadas. Estiró una mano y la acercó a él.

-Quiero que te quedes, ¿de acuerdo? -le pasó la mano por el pelo y la miró al rostro.

Candy recibió con agrado el beso, lo deseaba. Abrió los labios y dejó que le metiera la lengua.

Aquello no podía ser real, aquella sensación embriagadora que la sobrecogía... Pero lo era. Cada fibra de su ser suspiraba por él.

Sus manos eran como de seda moviéndose por su cuerpo, buscando la curva de sus pechos, su cintura, sus caderas. Se dio cuenta de que estaba empezando a temblar, que no podía controlarse. Notó su lengua en sus dientes, le puso las manos en los hombros y la acercó un poco más.

Sintió los pechos llenos, hinchados y una quemazón en lo más profundo de su feminidad. De repente sintió que todo su cuerpo ardía. Y quiso más, mucho más.

-Candy, Candy, ¿qué es lo que haces conmigo...? -se lo dijo en un susurro, pero notó que su cuerpo temblaba tanto como el de ella.

Y en ese instante los dos oyeron algo. Oyeron que alguien pronunciaba el nombre de él.

-Quinn, tus padres...

Por un momento ella pensó que él no iba a parar y, a pesar de que la puerta se podía abrir en cualquier momento, ella tampoco estaba muy segura de poder hacerlo.

Pero él suspiró hondo y trató de controlarse. Poco a poco se separó, primero el cuerpo y después las manos.

-Tú me deseas tanto como yo te deseo a ti -afirmó y Candy solo pudo quedarse mirándolo, pensando en lo que acababa de decir. Sí, lo deseaba. Pero desearlo no era suficiente, por lo menos para ella.

En el año más o menos que había pasado desde la muerte de Harper, parecía haber vivido toda una vida, y no solo porque el proceso de recuperación física hubiera sido lento al principio. Las cicatrices mentales habían sido las más difíciles de superar. De haber sido otra persona, sin lo que había tenido que pasar en su infancia, la traición de Harper no habría sido tan grave. Quizá. Pero nunca lo podría saber.

Porque ella era como era, con sus virtudes y sus defectos y no podía hacer nada por evitarlo. La atraía Quinn, mucho más de lo que la había atraído Harper, o cualquier otro hombre, más incluso de lo que a ella le apetecía. Le gustaba mucho. La había encandilado, enojado e irritado, pero también la había hecho sentirse más viva de lo que había soñado jamás.

Por eso sabía que era un suicidio iniciar una relación con él. No podría soportar que él la dejara. Y él le había dicho que eso podría ocurrir.

Expulsó poco a poco el aire y le dijo la frase más dura que había dicho en su vida:

-No siempre podemos tener lo que deseamos, Quinn -y los dos supieron que aquellas palabras tenían un significado más profundo.

Quinn asintió y clavó los ojos en su sonrojado rostro.

-Me imaginaba que ibas a decir algo parecido -comentó.

Pero en esa ocasión no la engañó. Estaba actuando otra vez, ocultando al verdadero Quinn debajo de aquella máscara de frialdad que tanto le gustaba. Aquella pose la puso furiosa. Empezó a caminar hacia la puerta con un gesto altanero que a él no le pasó desapercibido.

-Seguro qué tus padres quieren marcharse ya -le dijo por encima

del hombro--. No les hagas esperar.

Quinn no expresó sus pensamientos, pero sus ojos hablaron por él. Sería mejor olvidarse de ella. Sabía lo que quería en el futuro. Había cientos de mujeres que podían satisfacerlo físicamente y ninguna le iba a pedir nada a cambio. Sería mejor mantener las distancias.

A diferencia de la austeridad masculina que se respiraba en toda la casa, la habitación de invitados fue una verdadera sorpresa.

Cuando se despidieron de los padres de Quinn, él subió con ella hasta su habitación, abrió la puerta y le dijo:

-El cuarto de baño está en esta puerta de al lado. Lo puedes utilizar tú, porque yo tengo el mío en mi habitación.

-Qué habitación tan bonita -ella casi no había dicho una sola palabra desde que habían vuelto a la casa. Su voz tenía un tono amable.

En la habitación había una cama de hierro con adornos de bronce y muebles de época. La madera oscura y el bronce era el único contraste en la habitación decorada de color crema.

-Gracias -no le dijo que aquella era la única habitación que había estado vacía cuando él se había trasladado a aquella casa. La había decorado a su gusto. A él le gustaban más los muebles rústicos y las antigüedades, en eso no coincidía con Xavier.

-Me siento un poco culpable -Candy estaba intentando quitar un poco de tensión. Con una mano señaló las flores-. Las habías comprado para tus padres y ahora no van a verlas.

-Habrá más ocasiones.

-Claro -trató de adoptar un tono más relajado, pero le era difícil. Su masculinidad era incluso más pronunciada en aquella habitación tan acogedora.

-Te dejaré que deshagas la maleta. Cuando hayas terminado, baja a despedirte de los gatos -le dijo en tono frío mientras se oían villancicos en la televisión que había en el salón.

Ella asintió, preguntándose por qué le estaban entrando ganas de llorar.

-Ahora bajo.

Abrió la bolsa de viaje y no tardó mucho en colgar sus cosas. Cuando terminó, se quedó mirando los regalos que había metido debajo de la ropa. Unos juguetes para Tabitha y los gatitos y otro reglo para Quinn también. Lo había comprado antes de saber que se iba a quedar a dormir en su apartamento. Le había comprado un llavero de bronce con forma de toro, por la historia que le había contado de que una vez tuvo una pelea con ese animal, y una cartera de piel.

No había comprado nada para sus padres. Se sentó en la cama.

Había visto un montón de regalos junto al árbol. Seguro que los padres de él no le habían comprado nada a ella. Su presencia les habría pillado tan de sorpresa como a ella misma. ¿O le habrían comprado algo? Frunció el ceño. ¿Cuánto tiempo haría que Quinn les había dicho que tenía novia?

Reunió los regalos y salió de la habitación con aquella duda. Entró en el salón y vio a Quinn colocando una mesa al lado de la chimenea, con dos vasos de vino y unos trozos de empanada de carne.

-Es Nochebuena -le dijo casi como disculpándose-. Así que había pensado terminar el día con algo festivo.

-Bien -respondió mientras se fijaba en el pequeño sofá de dos plazas delante del cual había puesto la mesa-. Quinn, no sabía que iban a estar tus padres, así que no les he comprado nada. ¿No habrán...?

Sus ojos negros brillaron unos segundos.

-¿No me digas que me han comprado algo? -le preguntó horrorizada.

-No te asustes -la tranquilizó-. Como bien has dicho antes, yo pienso en todo.

Candy creía haberle dicho que tenía respuesta para todo y no había sido un halago precisamente.

-Lo único que tienes que hacer es poner tu nombre en sus regalos -le dijo-. ¿De acuerdo? Ya he puesto yo las tarjetas. Mira... -se levantó y se fue por los dos regalos para sus padres-. Te traeré un bolígrafo.

-¿Qué son? -le preguntó mirando los dos paquetes en los que seguro que había perfume.

-Chanel n°5. Mi madre no se pone otro perfume desde que era una jovencita. Y Ralph Lauren para mi padre. Le gustará, te lo aseguro.

-Gracias -aquello estaba yendo demasiado lejos. De pronto estaba firmando dos regalos para los padres de Quinn el día de Navidad. Aquello se estaba complicando demasiado.

Después de mucha discusión, logró convencer a Quinn para que aceptara el dinero de los regalos. Cuando terminó de firmarlos, los dejó al lado de los demás.

-Y ahora ven a relajarte un poco. Pon los pies aquí. La Navidad empieza ahora.

Su atractivo y cínico rostro estaba intentando poner gesto de inocencia. Pero ella confiaba más en una cobra que en él.

Se quedó mirándolo antes de arrodillarse en la alfombra frente a la chimenea y al lado de los gatos, que estaban jugueteando con un ovillo de lana.

-Prefiero tomarme el vaso de vino aquí.

Estiró la mano para que Quinn se lo diera, pero lo que hizo fue sentarse junto a ella.

-Buena idea.

Candy dio un buen sorbo antes de darse cuenta de su potencia. Después, tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para no empezar a toser. Pero los ojos se le llenaron de lágrimas mientras luchaba por recuperar el control. Transcurrieron unos cuantos segundos antes de poder levantar la cabeza y mirar a Quinn. Y deseó no haberlo hecho.

Estaba sonriendo. Le daba el reflejo del fuego y estaba guapísimo.

-Está fuerte, ¿verdad? -le dijo con cierto tono de satisfacción-. ¿Quieres un trozo de empanada?

No quería un trozo de empanada. Se fijó en su cuerpo, tumbado de forma indolente, en contraste con la tensión que sentía ella.

-No gracias -le dijo algo tensa. ¿Por qué se tenía que apoyar en un codo, como se estaba apoyando? Resaltaba más su masculinidad. Además, estaba demasiado cerca de ella.

Quinn se encogió de hombros y tomó un trozo de empanada del plato.

-Pues está deliciosa -declaró-. Con las empanadas que ha preparado Marion y las que ha traído mi madre, me parece que voy a estar comiendo empanadas hasta

Semana Santa. Philippa insistió también en hacerme unas cuantas. ¿Tanta cara de hambre tengo?

Candy prefirió no expresar la respuesta que le vino a la mente. Y era que no era la benevolencia la que había movido a aquella rubia.

-A mí no me lo parece -le respondió-. Aunque la verdad, no me he fijado mucho -mintió.

-Claro, claro -comentó él.

Los dos permanecieron unos segundos en silencio. Tan solo se oía el sonido de los gatos.

-No sabía que las mujeres adultas tuvieran pecas hasta que te conocí a ti.

-¿Qué? -Candy estaba absorta pensando cuánto iba a tardar en beberse el vaso de vino y marcharse a su habitación con alguna excusa-. Hay muchas mujeres que se maquillan para ocultarlas. Pero muchas las tienen.

-¿De verdad? -murmuró él-. A lo mejor es que no me he fijado.

Lo cual dudaba mucho.

-Pues os dan un aspecto muy sensual -le dijo mientras miraba la cara que ponía Candy-. ¿Qué pasa, es que no tenía que fijarme en eso?

-Puedes fijarte en lo que quieras, Quinn -respondió ella-. Estoy un poco cansada. Creo que será mejor que me vaya a la cama -terminó

el vaso de vino.

-Y yo también -se quedó observándola cómo se ponía en pie.

-¿Pongo la cesta de los gatos fuera de la cocina? -le preguntó.

-No te preocupes, yo lo haré -le respondió mientras cambiaba de postura-. Creo que me voy a tomar otro vaso de vino antes de irme a dormir.

-Muy bien -se quedó mirándolo y se sintió un tanto ridícula al no saber qué decir-. Muchas gracias por acogernos a todos -le dijo mientras acariciaba a Tabitha.

-De nada.

Empezó a caminar y sintió sus *ojos* clavados en su espalda.

-¿Candy?

Ya tenía la mano en el pomo de la puerta cuando oyó su nombre. Se dio la vuelta y le dijo:

-¿Sí?

-Feliz Navidad.

Capítulo 7

CUANDO Candy se despertó la mañana del día de Navidad en la preciosa habitación color crema, se habría reído si alguien le hubiera dicho que iba a disfrutar de la mejor Navidad de su vida. Pero desde el momento en que, una hora más tarde, se reunió con Quinn para desayunar, sintió que había magia en el aire.

Quinn se había convertido de pronto en un anfitrión perfecto, amable, considerado, encantador, atento. Y cuando Mary y Bernard se unieron a ellos y abrieron los regalos, el ambiente festivo fue aún mayor.

Candy se quedó con la boca abierta cuando abrió el regalo que le había hecho Quinn. Ella pensaba que le iba a regalar perfume, o algo más impersonal, pero la preciosa pulsera de oro con eslabones con forma de gatitos no era nada impersonal.

-Es preciosa -levantó los *ojos* con expresión de sorpresa.

-Como tú -le puso las manos en la cara y la besó en los labios mientras los padres miraban con gesto de aprobación.

Candy se tuvo que recordar que se suponía que los dos estaban al principio de una apasionada historia de amor. Por eso sonrió y bajó su mirada, con la pulsera todavía en sus manos. Confió en que sus padres pensaran que no había respondido al beso que le había dado su hijo por vergüenza; como pareció que pensaban, cuando Mary comentó:

-He de confesar quo eres una mujer bastante distinta a las chicas que se vdn hoy día, Candy. No es que yo sea anti feminista, pero muchas chicas parecen haber perdido la delicadeza que hace a las mujeres más atractivas, ¿no crees? Y Quinn nos ha dicho que eres una maravillosa cocinera.

-Yo no diría tanto -levantó su mirada y vio el rostro feliz de Mary. Se preguntó qué pensaría la madre de Quinn si ella le contara lo que en aquellos momentos estaba pensando de su encantador hijo. No era justo que le crease falsas esperanzas a una mujer como ella, y menos cuando no había ninguna posibilidad de que aquella relación fructificase.

-Yo sí -respondió Quinn, que estaba todavía a su lado. Cuando ella levantó sus entrecerrados *ojos* azules, él debió leer su expresión, porque inmediatamente dejó de sonreír-. Déjame que te lo ponga. El cierre de seguridad está un poco difícil al principio.

Tenía las manos grandes y fuertes. Cuando le puso la pulsera, sintió sus dedos cálidos en la muñeca. Antes de soltársela, se la acarició con el pulgar y ella sintió como si una corriente eléctrica le recorriera el cuerpo.

-Gracias -ella casi apartó su mano como si le hubiera dado un

calambre. Mary y Bernard estaban tratando de sacara Alfie de debajo del sofá y no se dieron cuenta del gesto.

Y si Quinn se había dado cuenta, ni siquiera pestañeó. Cuando terminaron de intercambiar los regalos, los cuatro se pusieron los abrigos y sé fueron a la iglesia que Mary había descubierto el día anterior.

Quinn la agarró del brazo y los dos caminaron juntos, sonriendo de forma tan sensual, que Candy se sentía como en una nube. Pero al final no tuvo más remedio que admitir, cuando se fue a la cama al final de aquel día tan perfecto, que él se había comportado como un caballero.

Después de oír misa en la pequeña iglesia del siglo XV, se fueron al apartamento, se tomaron unas copas y se prepararon para disfrutar de la opípara comida a base de pavo.

Candy y Quinn habían salido a darle un paseo a los perros mientras sus padres se habían quedado a ver el discurso de la reina en televisión.

El día siguiente de Navidad fue tan agradable como el anterior. Pero después del té, cuando Mary y Bernard estaban a punto de marcharse para regresar a Oxford, la madre de Quinn llamó a Mary para hablar con ella en privado, mientras los dos hombres terminaban de ver una película de acción en la televisión.

-Candy, a lo mejor no debería decirte esto -empezó a decirle Mary-, pero no he visto a Quinn tan feliz en años. Se le ve que te quiere mucho.

Candy se quedó mirando a los *ojos* a la madre de Quinn, buscando algo coherente que decir.

-Sobre todo, somos muy buenos amigos -de pronto sintió que la cara se le sonrojaba.

-Eso es maravilloso -respondió Mary fervientemente-. Quinn nunca había tenido una relación así con ninguna mujer, ni siquiera con Laura -añadió en voz baja-. Siempre se le han dado bien las mujeres. Ya desde pequeño las chicas se peleaban por él. Y él creció pensando... bueno...

La madre de Quinn pareció sentirse un poco incómoda.

-Que solo tenía que mover un dedo para que todas acudieran corriendo a su lado -comentó Candy por ella.

-Así es -confirmó Mary-. Él no pasó por la edad del pavo.

De eso estaba convencida. No se imaginaba a Quinn Ellington con espinillas.

-Cuando fue a la universidad, rompió unos cuantos corazones -continuó Mary-. Cuando su abuelo paterno murió, le dejó toda su herencia. ¿Te lo ha contado?

-No, no lo sabía -reconocer aquello era embarazoso, pero no sabía

cómo poner fin a aquella conversación sin ser grosera. Y no podía hacer eso con la madre de Quinn.

-Heredó una buena suma de dinero -le informó Mary-. Por lo que además tiene el atractivo de tener bastante dinero, algo particularmente poco positivo a la edad de veintiséis años, que fue cuando se casó con Laura.

Candy cada vez estaba más incómoda. Mary pareció darse cuenta de que le estaba contando cosas que ella no quería saber. Le dio unos golpecitos a Candy en el brazo y le dijo:

-Bueno, solo quería decirte que nunca lo he visto salir corriendo a comprar flores, como lo vi salir el día de Nochebuena, porque tú te ibas a quedar aquí.

Las flores, las preciosas y exquisitas flores, las había comprado par ella. Candy se quedó mirando a la madre de Quinn sin saber qué decir.

-Bueno, nos tenemos que ir -Mary pareció no darse cuenta de la expresión de sorpresa en el rostro de Candy y se limitó a sonreír y a llamar a su marido-. ¿Bernard? Nos tenemos que ir, ya es tarde. La carretera no está muy bien.

Candy tuvo una actitud desenfadada y alegre durante la fase de abrazos, despedidas y promesas de futuros encuentros, pero nada más marcharse los padres de Quinn, dio un par de suspiros. Estaba dispuesta a decirle que quería irse a su casa inmediatamente, esa misma noche y que no quería un «no» por respuesta. Pero nada más desaparecer los pilotos traseros del coche de la vista, Quinn le espetó.

-Bueno, vístete ahora de gala.

-¿Qué? -estaban de pie en la escalera y Quinn tenía su brazo sobre sus hombros-. ¿De qué estás hablando?

-Esta noche es la fiesta de Monty -le respondió Quinn con mucha calma-. Cada vez que nombro a Monty Hardingstone me entra la risa. Tengo un paciente, un gran danés llamado Monty, con almorranas, y no puedo evitar asociarlos a los dos en mi mente.

-¿De verdad? -Candy lo miró con gesto de frialdad, indicándole que a ella le daba igual lo que él pensara-. No me habías contado lo de esta fiesta.

-¿No? -Quinn puso cara de inocencia.

-No. Lo cual es una pena -Candy sonrió con dulzura-. Porque puede que sea una fiesta divertida, pero yo me tengo que ir a casa.

-¿Por qué?

-Por muchas razones -no estaba dispuesta a justificarse.

-Dime una.

Pues porque algo había cambiado con la marcha de sus padres y no quería averiguar qué a menos que él estuviera a unos cuantos kilómetros de distancia.

-No tengo que explicarte nada. Quiero irme a casa y eso es suficiente -le dijo.

-No para mí -y encima tenía el descaro de sonreír.

-¡Quinn! ¡Maldita sea! -se había prometido a sí misma no perder el control-. Hablo en serio.

-Candy, son más de las seis y la carretera está muy mal -le respondió él-. Sería una estupidez emprender un viaje a estas horas.

La que estaba cometiendo una estupidez era ella por confiar en la palabra de Quinn Ellington.

-Yo te llevaré por la mañana, si insistes -continuó diciéndole-. Pero esta noche vamos a ir a la fiesta de Monty, como habíamos planeado.

-Yo no he planeado nada -le respondió Candy.

-¿Tan mal te lo has pasado como para quererte marchar así de pronto? -le preguntó con un cierto tono de reproche-. Yo pensé que te lo habías pasado muy bien.

-Y me lo he pasado bien. Te lo prometo. Tus padres son encantadores.

-Te lo pasaste bien en Navidad y mis padres son encantadores. ¿Qué piensas de mí? -le preguntó con una sonrisa en sus ojos pero seriedad en su rostro.

-No creo que lo quieras saber -le respondió. Aquello era un juego para él. A él todo aquello no le llegaba al corazón, mientras que a ella...

A ella el mundo se le paraba y le saltaba en pedazos.

Se había enamorado de él: Durante aquel juego tan insano al que había accedido, se había enamorado de Quinn Ellington.

Todos los errores que había cometido en su vida, incluido el de su devoción a Harper, eran insignificantes comparados con aquel. Era la persona más estúpida que había en el universo. Estúpida, estúpida, estúpida.

¿Cómo no era capaz de aprender? ¿Cómo podía cometer error tras error?

-...dentro de una hora...

-¿Qué?

Candy salió del abismo en el que estaba y descubrió que había estado mirando fijamente a Quinn pero sin verlo ni oír lo que estaba diciendo, ensimismada en sus pensamientos.

-Te he preguntado si podías estar preparada dentro de una hora aproximadamente -Quinn repitió un tanto molesto. Estaba claro que no estaba acostumbrado a que las mujeres no prestasen atención a sus palabras.

-Sí, creo que sí -tragó saliva. Si había decidido no llevarla a casa hasta el día siguiente, una fiesta era mucho más seguro que quedarse en casa.

-Muy bien -si a él le sorprendió su repentina capitulación, no se reflejó en su rostro-. No tenemos que quedarnos hasta el final -añadió con voz suave-. Tienes cara de cansancio.

¿Qué querría decir? ¿Estaría tan horrorosa?

Se iba a enterar.

Y una hora más tarde se enteró.

Tan solo había echado un vestido, por si Quinn invitaba a algún amigo. Él vestido corto de seda de media manga con ribete plateado en el cuello le quedaba muy bien con las sandalias plateadas y los pendientes del mismo metal.

Pasó bastante tiempo peinándose, tratando de colocarse los mechones cobrizos de su pelo, antes de empezar a maquillarse. Cuando terminó, se echó estrellitas plateadas sobre sus pechos y se miró al espejo. Ya estaba lista para ir a la fiesta.

Se dirigió al salón con una sonrisa en los labios. Cuando llegó, lo vio medio tirado en el sofá, esperándola. Estaba guapísimo, aunque la verdad era que siempre lo estaba. Pero esa noche parecía más guapo, lo cual significaba que tendría que tener más cuidado del normal.

Una noche más y se apartaría de su lado sin que él se enterara de que había cometido la mayor equivocación de su vida, como cometía cualquier mujer que lo conocía, pensó con amargura. Pero lograría superarlo. De eso estaba convencida.

Cuando llegaron, 1a fiesta estaba en pleno apogeo. La primera persona a la que vieron nada entrar fue a Joanna, con un vestido muy escotado y provocativo que no dejaba nada para la imaginación.

-Quinn, querido... -saludó Joanna en plan vampiresa, rodeada de admiradores-. Has sido el último en llegar. Eres un malvado -se había colocado a su lado y le hablaba muy pegada a él. No prestó la menor atención a Candy.

Quinn apretó los labios al darse cuenta de la grosería de Joanna, pero cuando estaba a punto de responderle Monty apareció por detrás y no tuvo más remedio que saludarlo.

Era evidente que Joanna había decidido presentar batalla, pensó Candy, al ver que la otra mujer se colocaba al otro lado de Quinn. Monty invitó a Candy a una copa de champán y no tuvo más remedio que dejarlos a los dos juntos.

Toda la velada fue más o menos igual. A pesar de la actitud fría de Quinn hacia Joanna, no se apartó de su lado ni un segundo. Era evidente que se había enterado de que Candy estaba alojándose en el apartamento de Quinn y no parecía dispuesta dejarle a ella el camino libre.

Su tenacidad y confianza era de admiración, pensó Candy en más de una ocasión según fueron transcurriendo las horas entre el baile y

la conversación. A Joanna no parecían afectarla lo más mínimo los comentarios cortantes y sarcásticos de Quinn.

La obstinación de Joanna para no aceptar a Candy como pareja de Quinn pareció dar alas a Monty también, quien al parecer la encontraba a ella atractiva.

Pero todo aquello llegó a su punto álgido después de la medianoche, cuando Candy volvía del cuarto de baño y trataba de encontrar a Quinn, entre todos los que estaban bailando.

-¿Te has quedado sola?

Trató de ocultar su irritación al oír la voz de Monty a su lado y sentir su mano húmeda en su brazo.

-¿Quieres bailar conmigo? -le preguntó en voz alta. Su cara enrojecida parecía que estaba a punto de estallar.

Ya había bailado con él en un par de ocasiones y no quería repetir la experiencia. La segunda vez se las vio y se las deseó para que no la manoseara.

-Estoy buscando a Quinn -le dijo sonriendo-. Había ido a por dos platos de la comida tan rica que has preparado.

-No te preocupes ahora por Quinn, querida -le insinuó acercándose cada vez más a ella. Joanna se está ocupando de él, si sabes a lo que me refiero.

-En realidad no lo sé.

-Esos dos llevan saliendo juntos un par de meses -le informó Monty, a quien no pareció desalentarle el frío tono de -Candy-. Joanna me lo ha contado -le dijo acariciándole con una de sus grasientas manos la nariz-. También me ha contado que tú te has interesado por mí. No tienes por qué sentir vergüenza, querida. Yo soy de ideas avanzadas y me gusta la variedad...

¿Le estaría sugiriendo que Quinn pasara la noche con Joanna y ella con él? Candy se le quedó mirando fijamente. Era evidente que aquella pérfida rubia le había sugerido algo que no era cierto. Lo mejor sería sacarlo de su engaño cuanto antes. Pero por suerte no tuvo que hacerlo.

-Me parece que estás bastante confundido amigo -la voz de Quinn surgió fría como el acero a espaldas de Monty. Los dos se dieron la vuelta y lo vieron al lado de Joanna-. De eso precisamente hemos estado hablando y he de informarte que Joanna y yo nunca hemos salido juntos, Monty, ¿de acuerdo? -le dijo Quinn- Así que Joanna es toda tuya. Y Candy... -continuó diciéndole mientras la miraba-... es mía.

-Muy bien, muy bien...

-Y yo creo en la fidelidad, tanto ahora como cuando nos casemos.

Candy notó el suspiro de Joanna y el estupor de Monty al exclamar:

-¿Casaros?

Aquello estaba llegando demasiado lejos. ¿Cómo se atrevía? Decir que era su novia era una cosa, pero atreverse a decir que iban a casarse era sacar las cosas de quicio. ¿Es que no se le ocurría otra forma de quitarse de encima a Joanna?

-Entonces... -la mirada de Joanna era fría como una noche en el ártico-. ¿Tenemos que felicitaros? -preguntó la rubia mirando a Candy.

Candy no sabía qué decir: Se limitó a sonreír y esperar a que fuera Quinn el que lo hiciera por ella.

-No hay nada decidido aún -logró contestar-. Así que todavía no tienes que felicitarnos.

-Tonterías, cariño -Quinn parecía que quería conseguir el Oscar-. Yo quiero que lleves la alianza cuanto antes en tu dedo, y eso lo sabes -miró a Monty-. ¿Puedes reprochármelo?

-En absoluto -respondió Monty con galantería, mirando la cara pálida y labios apretados de Joanna-. Es muy comprensible.

-Yo también pienso lo mismo -replicó Quinn con aplomo-. Y ahora si nos perdonáis, quiero que mi prometida coma algo. Os veré más tarde.

Candy estaba tan furiosa que no se atrevió a abrir la boca cuando se dirigía junto a Quinn hacia el salón donde estaba la comida. Pero en vez de ir allí, Quinn abrió una puerta y entraron en el estudio. Quinn encendió la luz y cerró la puerta.

-Tranquila y escucha antes de empezar a hablar.

Candy levantó la cabeza, sus ojos azules despidiendo chispas.

-Nada de lo que puedas decir puede excusar tu arrogancia, Quinn -le espetó de forma vehemente-. ¡Cómo has podido tener la desfachatez de decirles que nos vamos a casar!

Quinn estaba apoyado en la pared, con los brazos cruzados y su cabeza ligeramente inclinada mientras observaba su expresión salvaje.

-Ya sé que me he extralimitado. Lo sé -admitió con calma.

-¿Lo sabes? -estaba tan enfadada, que podría haberle escupido a la cara-. ¡No sé cómo no les he dicho que eres un mentiroso!

-No me has contradicho delante de Joanna y Monty y el resto de los invitados porque tú no eres así -le respondió él.

-Seguro que piensas que soy una tonta, ¿no? -le preguntó muy acalorada.

-No, no pienso eso -la agarró por la muñeca, cuando ella trató de apartarse-. Eso es lo último que se me ocurriría pensar de ti.

-No te creo.

-Entonces tendré que convencerte -Quinn había visto el brillo de sus lágrimas en sus ojos color zafiro y trató de hablarle con más

dulzura-. Lo que pienso es que eres una chica muy guapa y no veo por qué no podemos hacer realidad lo que he dicho delante de Monty y Joanna. Nos llevamos bien. Nos dedicamos a dos cosas diferentes y seguro que no nos cansaríamos

el uno del otro. También pienso que somos compatibles sexualmente. Pero eso podríamos comprobarlo cuando tú consideres que ha llegado el momento.

-No puedo creerme lo que estoy oyendo.

Lo estaba mirando como si se hubiera vuelto loco. O a lo mejor era que si había vuelto loco, pensó. Pero lo cierto era que no había podido soportar ver a Monty manosearla. Se había pasado la mitad de la fiesta deseando asesinarlo.

-¿Por qué? -le preguntó con calma-. Estoy ampliando la clientela y una esposa sería de mucha utilidad. Podrías acompañarme a las fiestas. Además, estoy cansado de las Joannas de este mundo y de sus exigencias. No tengo problemas económicos y viviríamos muy bien. Podría construirte un estudio en la parte de atrás de la casa...

-¡Quinn! -lo interrumpió antes de que continuara diciendo más tonterías-. Quinn, no estamos enamorados -«o mejor dicho, tú no estás enamorado de mí».

-Por eso podría funcionar mejor, ¿no lo entiendes? Yo ya he pasado por ese trance y es como morir. ¿O es que no has aprendido nada con lo que te pasó con Harper? ¿Por qué vamos a dejar que nuestro pasado nos impida disfrutar de una relación así? Las ventajas son muchas. Piénsatelo. Podemos ser felices sabiendo que ninguno de los dos esperamos mucho de la otra parte. Podemos divertirnos, ayudarnos. Mi nombre en tu anillo te protegería de los tipos como Monty. Y también podemos ser amigos. Muchas parejas se pasan la vida juntos sin ser amigos.

Candy recordó lo que la madre de él le había dicho en una ocasión y lo miró desconsolada. Ella era la única amiga que había tenido. Pero no podía casarse con Quinn. Aquello era un suicidio emocional.

-No saldría bien. Y tú lo sabes -le dijo ella en tono

desenfadado: No debía saber la reacción que aquella conversación estaba provocando en ella. El corazón le latía con fuerza y la sangre le hervía en las venas.

-A1 contrario, yo creo que funcionaría -sus ojos oscuros recorrieron su rostro y su sedoso cabello rojizo-. Los matrimonios por conveniencia se realizan desde hace mucho tiempo y se ha demostrado que funcionan mejor que los de por amor.

-¿Es eso lo que me estás proponiendo, un matrimonio de conveniencia? -le preguntó.

-Supongo -entrecerró los ojos y se acercó más a ella-. Pero satisfaría tus necesidades, Candy. De eso puedes estar segura.

¡Lo estaba! Se humedeció el labio con la lengua y el corazón le palpitó con más fuerza. Le estaba proponiendo matrimonio, pero no la amaba. Si se enterara de sus verdaderos' sentimientos seguro que echaría a correr. Pero lo cierto era que le había pedido que se casara con él. Una oportunidad como esa no se le iba a presentar otra vez.

Si se negaba, se condenaría a una vida de soledad. De eso estaba segura. No iba a encontrar a otro hombre como Quinn. Ese hombre era único. Era verdad que ella tenía amigos y trabajo, pero no quería envejecer sola con los gatos por única compañía.

¿Y si decía que sí? Los latidos de su corazón la hacían sentirse cada vez más débil. Eso supondría estar al lado de Quinn, compartiendo su intimidad. A lo mejor incluso llegaba a enamorarse de ella. Con el tiempo. Pero Quinn tomó la decisión por ella cuando inclinó su cabeza y la besó, apretando su cuerpo contra, sus muslos.

Exploró su boca con exquisita dulzura hasta que ella se sintió como si fuera líquido en sus brazos.

Candy se dio cuenta de lo que él le estaba hacien

do. Sabía que estaba utilizando su experiencia sexual para persuadirla y manipularla. Pero le daba igual. Ella era como las demás, tuvo que admitir con cierto dolor. No podía resistirse a él. Era un hombre muy masculino, enigmático y fascinante. Nunca en su vida encontraría a otro hombrelque la hiciera sentir lo que sentía con tan poco esfuerzo.

Sacó fuerzas de flaqueza e intentó resistirse.

-No -apartó su boca para hablar. Le tembló la voz-. Quinn, todo esto es una locura. ¿Y si alguno de los dos se enamora de otro? Todo esto es tan frío...

-Yo no soy frío, Candy -agarró una de sus manos y se la llevó a una parte de su anatomía que estaba dura como una piedra-. ¿Te parece que esto es estar frío? -le preguntó mirándola a los ojos-. Te deseo y tú me deseas. Pero como te he dicho el aspecto físico no es lo más importante. Tómate el tiempo que quieras.

No necesitaba tomarse ni un segundo, porque con solo tocarla ardía de deseo.

-¿Y si alguno de los dos conoce a otra persona de la que se enamora? -insistió mirándolo a la cara-. ¿Qué ocurriría entonces?

-Eso no ocurrirá, así que no creo que haya que preocuparse -le respondió con cierta arrogancia-. Yo me aseguraré de que tengas todo lo que necesites de mí.

Todo menos amor. Por un momento pensó que lo había dicho en alto.

-Pero puede que te enamores -le dijo con voz temblorosa.

-No me enamoraré, Candy -la apretó contra él-. Ya estoy curado contra eso.

-¿Por Laura?

-Por Laura -respondió él después de un silencio. Desde el primer día que la conocí fuimos inseparables. El problema con ella fue que era una mujer muy celosa. Más que celosa era obsesiva. Yo no la entendía al principio. Yo la quena mucho, porque era una mujer muy guapa y llena de vida. Cuando empecé a cansarme un poco de sus recriminaciones por el hecho de sonreír o mirar a otra mujer, se había quedado embarazada.

-Quinn, no tienes que contarme todo eso.

-Pero quiero contártelo. Nos casamos al cabo de un mes y, durante la luna de miel, me confesó que se había quedado embarazada a propósito, porque tenía miedo de perderme. Yo no sabía qué sentir. Si enfadarme o sentirme culpable por hacerla sentirse tan insegura e infeliz. Me sentí atrapado. Pero estaba enamorado y estaba dispuesto a seguir casado con ella.

Suspiró, un suspiro desde lo más profundo de su ser.

-Yo procuré por todos los medios no mirar siquiera a otra mujer, ni siquiera a las amigas a las que hacía años que conocía. Dejamos de salir a cenar para que no montara una escena cuando llegábamos a casa. Yo trataba de convencerme de que, cuando el niño naciera, todo iba a cambiar, que se iba a sentir mejor, más segura. Pero ella odiaba haberse quedado embarazada, porque estropeaba su figura. Yo le repetía una y otra vez que estaba más guapa.

-¿Qué ocurrió cuando nació el niño? -le preguntó Candy. Quinn la dejó apartarse un poco.

-Fue un parto difícil. Al principio todo el mundo le echó la culpa a ella, porque no quería el niño -le costaba pronunciar las palabras-. Yo no quería creerme que pudiera estar celosa de él. Pero según fue pasando el tiempo la situación se convirtió en un infierno. La convencí para que fuera a ver a un psiquiatra. Pero de nada sirvió. No me atrevía a dejarla sola con el bebé cuando tenía que irme a trabajar. Contraté una chica, una mujer mayor que podría ser mi madre. Laura me acusó de que me acostaba con ella. Llegamos a tener tres niñeras más. Un día me llamaron por teléfono y me dijeron que Laura había atacado a la niñera que teníamos en esos momentos, una mujer de cincuenta y cinco años, con hijos y nietos, porque decía que se acostaba conmigo.

-Oh, Quinn -no sabía qué decir para borrar la agonía de su rostro.

-La niñera había intentado que Laura no se fuera de la casa con el niño. Pero cuando llegué era demasiado tarde. Según la policía, Laura debió tomar una curva muy deprisa, el coche se salió de la carretera y se cayó al río. Pero yo nunca he sabido qué pensar. Los dos se ahogaron. Joe tenía doce meses.

Quiso tomar su rostro entre sus manos y llenárselo a besos. Quiso

decirle que ella lo amaría y que curaría el dolor que aquella mujer había provocado. Pero, se quedó quieta, mirándolo, sin decir nada. Era como si estuviera al borde de un precipicio, a punto de saltar.

De lo único de lo que se daba cuenta en aquellos momentos era de que amaba al hombre que tenía frente a ella. Y que estaba asustada.

-Así que, si te casas conmigo, será hasta que la muerte nos separe, como dicen en la iglesia. ¿Es eso un problema?

-Ningún problema -le respondió con voz tranquila. Y levantó la cabeza para que él la besara.

Capítulo 8

LOS MESES siguientes fueron de una intensa actividad. Cuando Quinn le puso el anillo en el dedo a Candy el día de Nochevieja, manifestó que quería celebrar la boda en primavera, -pero esa misma semana su agente le había confirmado que había contratado una exposición de su trabajo para finales de abril en Londres.

Candy había pensado que Quinn iba a poner objeciones cuando se enterase, pero se limitó a asentir con la cabeza, entrecerrar los ojos y comentar:

-Muy bien. Es una excelente oportunidad para ti para establecerte aquí, ahora que va a ser tu residencia. Fijaremos la fecha de la boda para mediados de mayo. Tú de lo único de lo que tienes que preocuparte es del vestido y de la exposición. Todo lo demás me lo dejas a mí, ¿de acuerdo?

-Pero eso supone que tendré que estar trabajando todo el tiempo para tener todo preparado, ¿entiendes eso?

-Claro que lo entiendo -su tono había sido casi distante, como si lo que menos le preocupara fuera la posibilidad de no poderla ver mucho.

Pues si a él le daba igual verla o no verla, ella haría lo mismo. Aunque en la práctica las cosas no eran así de sencillas.

Ella había pensado que,después de anunciar oficialmente que iban a casarse, Quinn se sentiría con más derecho a seducirla, pero en las ocasiones en las que podían verse, él guardaba más distancias que antes de anunciar su compromiso.

Quinn parecía conformarse con una relación platónica y solo de amistad, pero a ella aquello la estaba volviendo loca.

Ella lo deseaba. Lo quería física, mental y emocionalmente. Y quería que él sintiera lo mismo por ella. Pero según fue pasando el tiempo, logró levantar algunas barreras, aunque no muy resistentes, para protegerse de sus necesidades más básicas. Y descubrió que Quinn no era el único que podía esconderse detrás de una máscara.

El poco tiempo que tenía para preparar la exposición fue una bendición. Aparte de una semana en el mes de marzo, cuando tuvo que ir a Oxford por una invitación de la madre de Quinn para comprar el vestido de novia, no paró de pintar.

La primavera llegó sin darse cuenta y llegó el momento de inaugurar la exposición. Quinn insistió en llevarla a Londres y se quedó con ella un par de días. Su presencia la tranquilizaba.

A los dos días la dejó y Candy se dio cuenta de que lo echaba de menos. Pero no se podía permitir depender emocionalmente de Quinn, o por lo menos no más de lo que dependería de cualquier otro amigo. El acuerdo había sido que iban a ser independientes.

Durante la exposición, Candy conoció a gente muy interesante y vendió bastantes cuadros. También le encargaron suficientes como para estar trabajando todo el año. Aquello había sido un triunfo, pero faltaban solo siete días para la boda y estaba más nerviosa que nunca.

Tan nerviosa estaba, que cuando Xavier y Essie lle-,

garon dos días antes de lo previsto, Candy se puso a llorar de alegría del alivio que sintió al ver a sus dos seres más queridos.

Xavier reaccionó con el desconcierto y torpeza con el que reaccionaban todos los hombres en esas ocasiones, pero Essie entró con ella en la casa, se sentó a su lado en el sofá, la abrazó y la tranquilizó, como lo habría hecho cualquier madre en aquellas circunstancias. Cuando Candy se tranquilizó y Xavier terminó de hacer un té, los tres se sentaron y trataron de ver el lado divertido. Después, las dos mujeres se fueron al dormitorio para que Essie viera el vestido.

-Bueno, cuéntame lo que ocurre -le dijo Essie cuando se quedaron a solas-. Y no me digas lo que me has dicho abajo, que estabas tensa y que te ha alegrado mucho vernos. Yo sé que hay algo más.

-Oh, Essie -Candy estaba sentada con el vestido en las manos-. Todo es tan complicado.

-Normalmente lo es -le dijo Essie, con la sabiduría que daba llevar a un hijo en sus entrañas. El bebé iba a nacer al cabo de siete semanas y tenía una barriga muy grande-. En especial si hay un hombre por medio. Y Quinn es todo un hombre.

-Cuéntamelo.

-No, tú eres la que me tienes que contar -presionó Essie.

A1 tener una infancia tan problemática y solitaria, no había podido establecer relaciones muy estrechas, pero Candy conocía el pasado de Essie, un padrastro violento y un desastroso romance en la universidad, y sabía que, si había alguien que podía entenderla, esa persona era Essie.

-¿No se lo vas a contar a Xavier? -le preguntó.

-No, si no quieres que se lo cuente.

Candy le contó cómo había accedido a casarse con

el hombre del que estaba enamorada, sabiendo que él no sentía lo mismo por ella. Cuando terminó y miró a Essie a la cara, se tuvo que morder el labio para no echarse a llorar de rigievo.

-No te compadezcas de mí, Essie -le pidió Candy-. Estoy un poco sensible últimamente.

-No me extraña -Essie estaba frunciendo el ceño-. Me sorprende la actitud de Quinn. No pensaba que fuera así.

-No es culpa suya -encima lo estaba defendiendo-. No sabe que estoy enamorada de él y piensa que todo esto nos beneficia a los dos.

-¡No me digas! -exclamó Essie, manifestando claramente su punto de vista.

-No te preocupes. Estoy bien. De verdad. Todo esto ha sido una reacción de alegría al veros otra vez.

-Deberías cancelar la boda, Candy. O por lo menos decirle lo que realmente sientes -le dijo Essie.

-No -fue una respuesta inmediata y definitiva. Se quedaron mirándose una a la otra, hasta que Essie dijo:

-Oh, Candy...

El día de la boda, Candy se despertó muy temprano. Era el típico día de mayo. El cielo azul, el sol brillando y el perfume de las flores del jardín de Essie perfumando el dormitorio con su fragancia, aunque solo eran las seis de la mañana.

Candy se sentó en la cama y se abrazó a sus rodillas. Estaba tensa. Había llegado el momento. Essie y Mary iban a ir a las ocho. Essie y Xavier se estaban hospedando en un hotel cerca de la casa y los padres de Quinn habían pasado la noche en la habitación de invitados.

Lo mejor sería desayunar cuanto antes. Una taza de café y dos tostadas y se sentiría más tranquila.

Bajó a la cocina en camisón, sin preocuparse de ponerse.una bata. La casa parecía vacía sin los gatos. Durante los dos últimos días, habían estado viviendo en la clínica de Quinn y parecía que habían establecido su supremacía sobre los perros, sentando las bases para su futura coexistencia. Cuando bajó, vio un paquete junto a la puerta.

Este es un regalo de boda para la chica más guapa del mundo, había escrito Quinn. No lo había firmado, tan solo había puesto una "Q" al final.

El collar de perlas y los pendientes eran preciosos.

Debía habérselos dejado por la noche, cuando ella estaba dormida, porque no había oído el coche. El que le hubiera dicho que era la chica más guapa ya era un comienzo.

Eso fue lo que pensaba y solo eso cuando cinco horas más tarde recorría el camino hacia el altar agarrada al brazo de Xavier.

-Quinn la miró cuando ella se colocó a su lado. Le apartó un poco el velo que cubría su rostro y Candy vio el deseo que él había estado reprimiendo durante tanto tiempo. Ella se quedó mirándolo, incapaz de sonreír al ver la pasión reflejada en su rostro. Al ver su expresión de sorpresa, Quinn volvió a colocarle el velo y comenzó la ceremonia.

De lo siguiente que se dio cuenta fue de que estaba saliendo de la iglesia agarrada del brazo de Quinn, ya como la señora Ellington. Era su marido y ella era su esposa.

Salieron de la iglesia y el fotógrafo les dirigió a un árbol que

había al lado del edificio que era un escenario perfecto para realizar su trabajo. Quinn sonrió y le tocó el collar de perlas que llevaba en su cuello.

-Estoy seguro de que todos los hombres me envidian en estos momentos -le dijo con voz grave y profunda.

-Eres un poco exagerado -logró decirle ella casi sin aliento. Normalmente, era un hombre con un magnetismo especial, pero aquel día su encanto era insuperable.

-No te asustes de mí, Candy. Lo qué te dije te lo dije en serio. Puedes tomarte todo el tiempo del mundo.

¿Estaría pensando Quinn que estaba nerviosa por la noche de bodas? Se quedó mirándolo, buscando responderle sin comunicarle sus verdaderos sentimientos, pero en aquel momento el fotógrafo empezó a darles órdenes para que posaran.

El resto del día fue un torbellino de imágenes y voces. Todo le parecía bastante irreal.

Pero era real. Se había casado con Quinn. Llevaba una alianza en su dedo y la estaba abrazando mientras bailaba con ella y dormiría en la misma cama a partir de esa noche.

Perdió el ritmo del baile al pensar en ello.

-¿Estás cansada?

-No mucho -no estaba cansada. Lo que estaba era nerviosa por la anticipación. En lo único en lo, que podía pensar era en que en unas pocas horas estaría a solas haciendo el amor con él.

Quinn desnudo, su magnífico cuerpo encima del de ella. Sus manos y su boca en su piel, sus pechos, sus muslos, tocándola, dándole placer...

Volvió a perder el ritmo. Quinn le acarició el cuello.

-Venga, vámonos -le dijo con voz profunda-. Despidámonos de todos.

Candy se obligó a caminar. Tenía el corazón en la garganta. Empezaron a despedirse de los invitados. Cuando fueron a despedirse de Essie y Xavier, Essie *le,* dijo:

-Candy, te deseo toda la felicidad del mundo.

-Seremos felices, Essie. Estoy segura -un mensaje que solo la otra mujer podía entender.

Essie se quedó mirándola un rato y viera lo que viera en su rostro pareció quedar satisfecha, porque sonrió y murmuró:

-Seguro que sí.

Cuando ya estaban saliendo por la puerta, Candy tiró el ramo de flores a las chicas. Los dos se dirigieron del brazo al Aston Martin, que habían decorado con lacitos blancos y latas en el parachoques trasero.

Quinn le había dicho que podía elegir cualquier sitio del mundo

para pasar la luna de miel. Pero Candy había preferido quedarse en Inglaterra para conocer mejor aquel país.

-Si eso es lo que deseas -le había respondido Quinn.

Pero ella a quien deseaba era a él. Solo de pensar que iba a tener a Quinn para ella sola durante tres semanas se sonrojó.

Iba a conseguir que se enamorara de ella, se dijo a sí misma mientras Quinn le abría la puerta del coche. Lo conseguiría. Era algo extraño tener que seducir a tu propio marido, pero así eran las cosas.

Estaba dispuesta a hacer con Quinn todo lo que había leído que hacían las amantes con los hombres y mucho más. Y quería que él se lo hiciera también a ella. Eso la hizo pensar si no tendría más genes de su abuela de los que ella había sospechado. Pero solo hasta que el sentido común vino en su ayuda.

Ella estaba enamorada de Quinn. Aquello no era algo que estuviera dispuesta a repetir con cualquier hombre. Ella se parecía a su madre y no a su abuela.

Miró por la ventanilla y vio a la madre de Quinn con las manos en su pecho y los ojos húmedos por las lágrimas. Mary debía de estar recordando el otro matrimonio de su hijo y el dolor que le había producido. Sabía que no era un momento fácil para aquella mujer.

Cuando Mary se¡-acercó al coche, Candy abrió la puerta y salió. Abraz¿ a la madre de Quinn y le dijo:

-No te preocupes, Mary. Yo cuidaré de él. Te lo prometo.

-Sé que lo harás -le respondió llorando.

-Además, no vamos a irnos tan lejos -añadió Candy cuando te apetezca venir, puedes hacerlo. Lo sabes, ¿no?

-Que Dios te bendiga, hija.

Después, los dos se metieron en el coche y se fueron, dejando atrás a todos sus seres más queridos.

-¿Dijiste en serio que podían venir a quedarse con nosotros?

-Claro -Candy lo miró con gesto de sorpresa. Quinn estaba concentrado en la carretera.

-Gracias. Eso significa mucho para ella. Laura... A Laura no le gustaba que vinieran a visitarnos, a pesar de que vivíamos muy cerca. Y mi madre sufría mucho, sobre todo cuando nació su nieto.

-Lo siento, Quinn -le dijo y permaneció en silencio durante un rato, al cabo del cual volvió a preguntarle-. ¿Dónde vamos a dormir esta noche? ¿Está lejos?

-No, no muy lejos -le sonrió de forma remota, incluso educada-. Pensé que un hotel era algo bastante impersonal. Tengo un amigo que sé ha ido unos días a Estados Unidos y me ha ofrecido su casa en el campo. Podemos quedarnos allí un par de días o tres y después iniciar el viaje de luna de miel. ¿Te parece bien, señora Ellington?

-Muy bien, señor Ellington -trató de imitar su tono desenfadado,

pero a ella le resultaba muy difícil porque el corazón casi se le salía por la boca.

La casa de campo resultó ser una de las casas más encantadoras que Candy había visto en su vida. Era casi una mansión, con mucho terreno alrededor y alejada de las demás casas.

Cuando entró, vio que la decoración era exquisita, con vigas de madera, objetos de bronce, lujosos sofás y suelos de tarima.

-¿A qué se dedica tu amigo? -le preguntó Candy casi sin aliento cuando entró en la cocina perfectamente equipada, con ramos de flores secas colgados del techo y una mesa de madera en medio del suelo de baldosas de terracota.

Quinn se encogió de hombros y se acercó a un enorme frigorífico, abrió la puerta y sacó una botella de champán.

-Trabaja en Bolsa -le respondió-. Toma, bebe una copa y te enseñaré el dormitorio. Son más de las doce y debes de estar agotada.

El dormitorio. Candy se sobresaltó cuando oyó el corcho salir de la botella. El dormitorio. Todas sus fantasías y sueños eróticos estaban a punto de convertirse en realidad. Por fin, iba a estrecharla entre sus brazos y hacer el amor con ella.

-Por ti, señora Ellington -Quinn levantó el vaso mientras hablaba.

-Por nosotros -le corrigió ella.

-Por nosotros -brindaron con los vasos y Candy se bebió el contenido de un trago. Quinn bajó la cabeza y acercó su boca a la de ella. Sabía a champán.

Le apartó los labios, lenta y sensualmente y cuando sintió su lengua, tuvo que reprimir un quejido de placer que surgía de lo más profundo de su ser.

-Ven, te enseñaré la casa -le dijo él, apartándose de ella.

Era increíble que pudiera controlarse de aquella manera. Ella se obligó a caminar y a tomar la mano que le ofrecía. De lo que estaba segura era de que había logrado excitarlo en el pasado y podría conseguirlo otra vez.

La escalera por la que se subía al piso de arriba podría haber sido sacada de cualquier película de Hollywood.

¿Qué tendría que decir cuando entraran en el dormitorio? ¿O no tendría que decir nada? Cuando él empezara a besarla otra vez, dejaría que su boca y sus manos hablaran por ella. Quinn era un hombre muy apasionado y sensual, con una virilidad muy pronunciada. Ya le había dicho que la encontraba hermosa y sensual. Todo saldría bien.

-En el segundo piso hay dos habitaciones más -le informó Quinn cuando llegaron al descansillo-. Pero mañana las verás. Estas son las habitaciones de los invitados -abrió tres puertas, una detrás de otra,

para que viese las inmensas habitaciones, cada una pintada con un color diferente-. Y este es el dormitorio principal.

Una habitación con techos muy altos, decorada con motivos plateados y azul violeta. En la habitación vio el equipaje que había preparado para el viaje, por lo que dedujo que alguien lo había llevado allí antes.

-Es una casa increíble -declaró Candy recorriendo la habitación con la mirada-. Tu amigo tiene mucha suerte de tener una casa como esta.

-Pues está pensando en venderla -Quinn estaba apoyado en la puerta, con los brazos cruzados en su pecho y observándola-. La mayoría del tiempo está en los Estados Unidos y su mujer y sus hijos están hartos de no verlo.

-¿De verdad? -se dio la vuelta y lo miró-. ¿Pero quién podría comprar una casa como esta?

-Pues yo. Si es que piensas que puedes vivir aquí de forma permanente. Hay una piscina cubierta y un asio en la gimnasio en la parte de atrás. Y hay sitio para acondicionar también un estudio.

-¿Podrías comprar este sitio? -le preguntó en un tono de voz alto. Al darse cuenta de que podía haber sonado grosera, quiso rectificar-. Lo que quiero decir es que...

-Ya sé lo que has querido decir -no pareció ofenderse-. Yo heredé mucho dinero cuando era muy joven y Matt, el dueño de esta casa, lo invirtió en acciones y gané mucho más.

-Entonces si puedes comprar un sitio como este,

- ¿por qué no te viniste a vivir aquí cuando compraste la clínica? ¿Y por qué trabajas?

-Para responder a tu última pregunta primero, porque me gusta. Estudié veterinaria y me gusta poner en práctica lo que aprendí.

Candy asintió. Era comprensible. Si ella fuera millonaria, seguiría pintando.

-En cuanto a por qué seguí viviendo en el piso, ¿por qué no? -se encogió de hombros y se apartó de la puerta-. Me había quedado solo y quería seguir así.

-Cuando Laura y Joe murieron, yo lo pasé muy mal -apretó los labios-. Me retiré por un tiempo. De no haber tenido dinero, no lo podría haber hecho. Después

-Empecé a trabajar de veterinario y fue mi salvación. Era lo que necesitaba. Y empecé a pensar que tenía que trabajar en mi propia clínica como hacía en Oxford. En un periódico vi el anuncio de Essie y el resto ya es historia.

Ella se lo quedó mirando.

-¿Y por qué no me dijiste que tenías tanto dinero? -le preguntó en tono tranquilo, para ocultar su dolor. Dolor porque no sabía nada de

aquel hombre, un hombre que se había convertido en su marido.

-¿Qué más da?

Su tono era tan tranquilo, que parecía un insulto. El corazón empezó a latirle de forma errática al darse cuenta de lo poco que él había revelado de sí mismo desde que lo conocía.

-Pues yo creo que es importante -levantó el mentón y mantuvo la mirada-. Ya sé que este matrimonio es de conveniencia, pero tendríamos que confiar el uno en el otro -le respondió sin saber cómo podía hablar con tanta tranquilidad cuando por dentro estaba temblando.

-Lo tendré en cuenta -le respondió sin inmutarse.

-Muy bien.

Candy sonrió, sonrisa que se le quedó helada cuando él le preguntó:

-¿Necesitas algo más antes de irte a dormir?

No fueron las palabras mismas, sino la forma en que las había dicho. Eso y el hecho de que él ya estaba saliendo de-la habitación y cerrando la puerta.

-Sí... ¡no! Yo... -no pudo decir nada más.

-Bueno, procura descansar. Ha sido un día agotador -cerró la puerta y la dejó sola.

Capítulo 9

CANDY se quedó de pie donde estaba durante un minuto tratando de asumir que su marido la dejaba sola en la noche de bodas.

Después, se fue a la cama, una preciosa cama con dosel, se tumbó en ella y se echó a llorar. De algo le sirvió.

Al cabo de un rato, se desnudó y se metió en el lujoso cuarto de baño, que podría quitar el hipo a cualquier estrella de cine. Todo era mármol y espejos.

Candy se quedó mirándose a los espejos de las paredes y del techo. No es que tuviera la línea esbelta que aparecía en las revistas más de moda, pero no estaba gorda. Además, tampoco debía de estar tan mal, porque desde que había tenido quince años, los chicos habían tratado de salir con ella.

Se fue a la bañera. Era tan grande que podría bañarse allí un equipo de fútbol. Qué diferente habría sido todo aquello si Quinn hubiera estado a su lado.

¡Lo odiaba! Lo odiaba con todas sus fuerzas. No le iba a dejar acercarse a ella aunque se lo pidiera de rodillas. No sabía cómo se había imaginado siquiera que estaba enamorada de él. Seguro que habría sido un momento de debilidad. Pero ya había recuperado el control.

Le había dicho que se podía tomar el tiempo que quisiera en la relación y eso era lo que iba a hacer. Iba a tener que esperar hasta tener canas.

Pero aquellos pensamientos casi le hicieron volver a llorar, así que decidió dejar de pensar en Quinn y dejar que las burbujas del Jacuzzi acariciaran sus muslos.

Se quedó en el agua una hora. Después, se secó muy lentamente y se puso el albornoz antes de salir a la habitación. Se secó el pelo. Pero, cuando se fue hacia donde estaba su equipaje y vio sus dos maletas allí en el suelo, los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas.

No la quería. Sé sentó en la cama y se quedó mirando la habitación. ¿De dónde iba a sacar las fuerzas para cambiar la situación? ¿Podría cambiarla?

De pronto se sintió sola y desdichada. Aquello no era nuevo para ella. .Era un sentimiento que había tenido desde su infancia, a pesar de los esfuerzos que había hecho Xavier. Pero es noche, esos sentimientos se intensificaron. ¡Cómo había tenido la presunción de imaginarse que podría hacer que Quinn Ellington se enamorara de ella! ¡Debía de haber perdido la cabeza!

Se acurrucó en la cama y se durmió.

Cuando a la mañana siguiente se despertó, se sintió cansada emocional y físicamente. Se despertó poco a poco, como saliendo de

un profundo sueño que la tenía aprisionada a la cama. Pero de pronto se fijó en que alguien había entrado en la habitación, había abierto las ventanas y el sol la iluminaba.

Abrió los ojos y vio el rostro sonriente de Quinn.

-Vamos, levántate -le dijo, sus ojos acariciándole su pelo rojo y su cremosa piel mientras Candy se cubría con la colcha-. Son las diez y hace un día perfecto de verano para ver las tierras de Matt. He preparado algo de comida, así que en cuanto te bebas un par de tazas de café, nos vamos -le dijo, indicando la bandeja que había colocado en la mesilla de noche.

-¿Ya has desayunado? -se quedó como estaba, acurrucada en la cama, desnuda, porque la noche anterior no había tenido siquiera fuerzas para abrir las maletas y ponerse un camisón.

-Sí -le respondió-. Te doy media hora, ¿de acuerdo?

-De acuerdo -asintió obedientemente con ojos todavía soñolientos. Lo único que quería era que se marchara. Estaba guapísimo con el pelo todavía húmedo de la ducha, vestido de forma informal, con pantalones vaqueros y camisa negra de seda.

Pero él, casi como si le hubiera leído el pensamiento, se acercó a ella y le puso las manos en su cara, dándole un beso en los labios y estirándose después.

-Media hora nada más. No me hagas esperar.

Candy miró la bandeja con el desayuno y suspiró. Se fijó en la alianza que llevaba en el dedo y le pareció extraña y pesada cuando levantó la bandeja con el desayuno. Después de beberse el zumo de naranja dio un mordisco a una de las tostadas. No tenía mucha hambre. De hecho no creía que volviera á tener hambre nunca más. Y la culpa únicamente era suya. Quinn no la había obligado a casarse con él. Pero nunca había pensado...

-¡Deja ya de quejarte! -se gritó a sí misma. Era el primer día que pasaba como la señora Eliington y no podía pasárselo lamentándose. Era joven, estaba sana, tenía un futuro por delante en su profesión y estaba casada con el hombre al que amaba. Bien era cierto que él no estaba enamorado de ella, pero no todo en la vida podía ser perfecto. Terminó dedos bocados la tostada y echó la colcha para atrás.

Se iban a ir de campo, le había dicho. Para conocer la zona. Tendría que ponerse algo cómodo, como por ejemplo unos vaqueros y una camiseta, o pantalones cortos quizá. Aunque lo que tenía que ponerse era algo para que Quinn Ellington no pudiera apartar su mirada de ella.

Tardó diez minutos más del tiempo que le había concedido en preparase, pero cuando se miró en el espejo, decidió que había/ merecido la pena. El vestido blanco sin mangas quex se había puesto era bastante sensual. Era un vestido con un escote muy pronunciado y

muy ajustado arbusto. Lo peor es que, si se tumbaban en el suelo, se le mancharía de hierba.

Se había recogido el pelo y lo llevaba sobre los hombros. Se había maquillado lo suficiente para que sus ojos parecieran dos pozos profundos de zafiro, sin que se le notase que llevaba maquillaje. La piel le brillaba y olía maravillosamente, gracias al carísimo perfume que se había puesto. Se pintó los labios de color melocotón, dándoles el toque perfecto de humedad para que cualquier hombre deseara probarlos.

De repente, se quedó mirando su imagen en el espejo con ojos abiertos de forma desmesurada. ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿En qué la había convertido Quinn? Había dejado de ser la chica tímida y nerviosa que había rechazado a todos sus pretendientes toda su vida y solo había dejado acercarse a ella a Harper. Estaba portándose con tanto descaro como Joanna.

Se limpió los labios inmediatamente con una servilleta. En aquel momento oyó a Quinn que la llamaba. Ya no tenía tiempo de cambiarse.

Quinn volvió a llamar. Se fue a la puerta y lo vio apoyado en la pared, con las manos metidas en sus bolsillos.

-¿Preparada?

-Sí -aunque nunca en su vida se había sentido menos preparada, en especial para enfrentarse a un hombre tan masculino como Quinn. Intentó sonreír mientras cerraba la puerta. Él se apartó de la pared y estiró una mano. Ella la tomó y los dos bajaron las escaleras y salieron al exterior, donde el sol brillaba en todo lo alto.

Quinn se detuvo en el quicio de la puerta, la cerró con llave y levantó una cesta de mimbre que había en los escalones de piedra.

-La comida -le explicó y le dio un ramito de pensamientos-. Tuve que entretenerme mientras esperaba -le informó. Ella le dio las gracias.

-Póntelas aquí -se las quitó y se las puso en la goma que sujetaba el pelo-. Perfecto. Retrocedió unos pasos para admirar el efecto de las flores en ella. Candy sonrió.

-Matt me ha dicho que tiene cincuenta acres de terreno -le informó Quinn agarrándole la mano-. Están los jardines que rodean la casa y después el bosque. A la mujer de Matt le gustan mucho las plantas y las flores silvestres.

-A mí.también, son las más bonitas de todas.

-Ya me lo había imaginado. Vamos.

A diferencia del día de su boda, Candy iba a recordar cada minuto de aquel día tan maravilloso durante toda su vida. Soplaba una ligera brisa que refrescaba un poco la temperatura. Caminaron lentamente y conversaron hasta qué, a eso de las dos, Quinn sugirió detenerse a

comer.

-Este es un sitio perfecto.

El sitio que eligieron era un manto de flores silvestres, sus olores perfumando el aire veraniego del ambiente.

-Toma -Quinn le dio una elegante copa de cristal con vino tinto, muy distinta del vaso de plástico que Candy se había imaginado iban a tener-. ¿Por quién brindamos esta vez?

A Candy se le ocurrieron mil cosas por las que brindar, pero prefirió algo impersonal.

-Por más salidas al campo como esta.

Quinn sonrió.

El vino sabía a cálidas tardes de verano en el campo y pronto se le subió afila cabeza. La comida fue deliciosa. Salmón ahumado y caviar y pollo rebozado en algo delicioso, además de otras delicias. Justo cuando Candy pensaba que no podía comer más, Quinn sacó un tazón de fresas como por arte de magia, que insistió que había que comerse mientras se bebían una botella de champán.

-Estaban buenísimas -Candy se sonrojó al darse cuenta de la forma en que Quinn la miró cuando se terminó su plato-. He de admitir que soy una glotona.

-¿Estás más relajada?-la voz de Quinn era profunda.

-Sí -se tumbó en la hierba y cerró los *ojos.*

-¿Contenta?

-Hummm -estaba demasiado cómoda como para abrir los *ojos.* El pasado era pasado y el futuro no importaba. Lo único real era el sol, el olor de las flores y Quinn.

Él le puso la cabeza en su pecho, pero siguió con los ojos cerrados.

-Duérmete, mi pequeña glotona -le dijo él cuando ella ya estaba casi durmiéndose.

No supo cuánto tiempo estuvo dormida, pero sintió algo extraño en su cara que la despertó. De pronto, se dio cuenta de lo que era. Se quedó quieta, absorbiendo el calor y el olor de Quinn. Su camisa estaba abierta hasta la cintura, y ella tenía la cabeza sobre su pecho desnudo. Abrió los ojos.

-Frunces los labios cuando duermes, como hacen los niños.

Candy se quedó mirando el vello de su torso sin saber qué decir.

-¿Qué estabas soñando?

-No lo sé -le respondió en un susurro.

-¿Soñabas conmigo? -le pregunto con voz ronca. Y sin esperar a que respondiera, la empezó a besar, tirando de su cuerpo hacia arriba.

Ella aplastó sus pechos contra el torso de Quinn y sintió sus manos en sus costados.

-Eres guapísima, Candy, deliciosa... -dio la vuelta a su cuerpo y se

colocó encima de ella. Candy tomó aire cuando sintió su mano en sus pechos. Sintió las palmas de su mano y los pulgares acariciándole suavemente los pezones, causándole tanto placer que empezó a estremecerse. Pero aquello no era nada comparado con lo que le estaba haciendo con la boca.

No sabía cómo contenerse, ni siquiera lo intentaba. Gimió de placer y movió la cabeza de lado a lado con completo abandono. No se daba cuenta siquiera de lo que estaba haciendo cuando le metió los dedos entre el pelo y apretó su cabeza contra sus pechos, arqueando su cuerpo por satisfacer la pasión que la consumía.

-Candy... -susurró Quinn, levantando la cabeza y besándola de nuevo-. Candy, si seguimos no voy a poder parar. ¿Entiendes a lo que me refiero?

-No pares -le respondió ella.

-¿Estás segura? -levantó su cuerpo un poco. Candy respondió con sus manos y su boca. Intentó torpemente quitarle la camisa.

Quinn la ayudó a quitársela. Después, le quitó los pantalones. Cuando terminó de desnudarlo, él la desnudó a ella, con lentitud, de forma sensual. Se fijó en la expresión de sorpresa en su rostro al ver la fuerza de su virilidad. No quería que se asustara de él.

Continuó tocándola y acariciándola hasta que ella suplicó que la poseyera. Pero ni siquiera en eses momento lo hizo. Bajó la cabeza y empezó a acariciarle todo el cuerpo. Su piel era como la seda y su olor era tan provocador, que tuvo, que controlar su propio deseo hasta que ella estuvieras preparada para recibirlo. No quería precipitarse. Era la primera vez y merecía toda su experiencia. Pero la piel le ardía y estaba muy excitado. Le era tan difícil esperar.

Cuando se acopló entre sus muslos, vio que ella ya estaba preparada, no tan tensa como él había temido. En cuestión de segundos, empezó a intensificar el ritmo, a pesar de todos sus intentos de hacerlo despacio.

Candy tenía las piernas alrededor de su cuerpo y se movía al mismo ritmo, introduciéndose en un mundo de luz y color hasta sentir que su cuerpo estallaba en un millar de piezas al tiempo que emitía un grito salvaje y primitivo de satisfacción.

Se quedó abrazada á su cuerpo durante un rato, dejando que el sol los acariciara, sin el menor signo de timidez, a pesar de lo que acababan de hacer.

-Bueno, mi querida esposa -le susurró Quinn al oído mientras le acariciaba el pelo-. Ahora ya sabes lo mucho que te deseo. ¿Te he hecho daño?

-No -no le había hecho daño-. Pero no sabía que me desearas tanto. Como anoche te fuiste...

-¿Pensabas que no te deseaba? -le preguntó con gesto incrédulo,

apartando su cuerpo un poco y apoyándose en el hombro-. Te he deseado desde la primera vez que te vi, sentada en la sala de espera de la clínica.

Pero nunca... quiero decir, nunca intentaste... -de pronto le entró vergüenza de su desnudez.

-No seas tonta -le dijo suavemente-. Me contaste lo que te ocurrió en la infancia. ¿Qué pensabas que iba hacer? ¿Hacerte sentirte peor? ¿Habría servido de algo? Además, el lado físico no era la parte imprescindible de mi propuesta. O por lo menos hasta que no hubieras estado preparada.

Propuesta. Para él solo era un acuerdo. Sintió un escalofrío. Se abrazó a él para sentir el calor de su cuerpo.

-Te deseo, Candy. No lo dudes ni un momento -le dijo con voz ronca, apretando su cuerpo contra el de ella-. Te deseo más de lo que jamás he deseado a otra mujer.

Candy sintió la fuerza de su deseo en su vientre y dejó de tener frío. Él nunca le había dicho que hubiera estado enamorado de ella, a diferencia de Harper. Quinn había sido sincero desde el primer día y eso era un ingrediente vital de cualquier matrimonio. Lo fundamental era que le había dicho que era importante para él. Y eso debía ser suficiente por el momento. Tenía su apellido, tenía su cuerpo y si era capaz de descubrir la llave que abría su corazón, todos sus esfuerzos habrían sido bien empleados.

Tenía que ser paciente. Quinn empezó a besarla, sus manos acariciando lentamente su cuerpo, provocándola.

Él no sabía que ella estaba enamorada de él- y tenía que dejar que ese sentimiento fuera apareciendo de forma natural, sin presionarlo.

Le puso las manos en el trasero y -le levantó el cuerpo para que recibiera la fuerza de su virilidad, introduciéndoselo poco a poco al principio. Pero al ver su rostro de placer fue yendo cada vez más deprisa.

Quinn fue notando las pequeñas ondulaciones rítmicas dentro de ella y empezó a moverse al unísono. En ese momento, el fuego los consumió y los elevó a un mundo dulce de sensaciones que no dejaba sitio para nada más.

Se quedaron más tiempo del que habían pensado en la casa de campo. Todos y cada uno de los momentos que pasaron en aquel sitio quedaron grabados en la memoria de Candy. Compartían la misma habitación y ella saboreó la dulce sensación de despertarse a su lado y ver su rostro al lado del de ella.

Hacían el amor con frecuencia y en los sitios más insospechados. Quinn era insaciable. Y ella respondía todas sus demandas con la misma pasión.

Nadaron en la piscina de Matt, situada en una parte independiente

de la casa y que tenía vestuario propio, duchas y un excelente gimnasio, además' de sauna. Cenaban en el patio. Había una barbacoa en la que hacían pollo a las hierbas y ensalada.

Recorrieron de la mano los alrededores de la casa, encontrando sitios idílicos donde hacían el amor y reían y hablaban, confiándose el pasado, tanto las alegrías como los pesares. Pero Candy se daba cuenta de que había una parte de él que no conseguía, la parte que Laura había dañado cuando había muerto con su hijo.

Quinn era muy amable con ella, cariñoso cuando hacían el amor y divertido la mayor parte del tiempo, aparte de muy sensual. Pero no lo sentía suyo.

Por eso quena seguir en aquella casa, solos los dos, sin nadie que interfiriera en su relación.

Aunque no quería caer en lo mismo que había caído Laura y agobiarlo. No quería controlar su vida y decirle a quién podía ver y a quién no. Solo quería amarlo y saber que él la amaba también. Así de simple y sencillo.

La mañana del sexto día, Candy se despertó y vio a

Quinn con el batín de seda y metiendo la ropa en la maleta.

-Ha llegado el momento de marcharnos, cariño.

Candy se sentó en la cama y le preguntó:

-¿Por qué? Se está muy bien aquí. No me apetece ver nada más.

-En primer lugar, mi preciosa sirena, porque Matt ha llamado esta mañana y me ha dicho que la madre de su mujer se ha puesto enferma y que llega aquí mañana. Los niños se podrían asustar si ven a una mujer y un hombre desnudos en la cama de sus padres -se había acercado a ella mientras hablaba, moviéndose con la gracia de un felino. Se sentó en el borde de la cama y le acarició el pezón con un dedo-. Tienes unos pezones preciosos -murmuró antes de bajar la cabeza y chupárselos.

Pasó más de una hora antes de que pudieran seguir haciendo las maletas.

Se fueron de la casa al mediodía. Candy se sintió como desposeída por momentos, cada vez que miraba para atrás, a pesar de que Quinn le había prometido que iba a hacer todo lo posible por comprar aquel sitio.

Habían pasado unos días maravillosos allí, perdidos en su mundo sin contacto con nadie. Pero si vivían allí de forma permanente, todo iba a ser distinto. Era imposible que fuera igual que aquellos seis maravillosos días que habían pasado.

Nunca iba a ser tan feliz. Aunque ser feliz o no sólo dependía de ella. No estaba dispuesta a tirar la toalla. Xavier le había enseñado que uno podía ser lo que quisiera y conseguir lo que deseaba, si luchaba por ello. Con esa actitud de mente había logrado superar las

primeras semanas después del accidente.

Quería a Quinn, tanto en cuerpo como en alma. Ya había conseguido lo primero, lo cual era algo. Miró al hombre que estaba al volante y el cuerpo le dolió del deseo.

Se había casado con ella pensando en que aquel acuerdo los beneficiaba a los dos tanto en lo social como en lo profesional. Vos dos iban a estar juntos, unidos en mutuo respeto y amistad. Quinn quería que ella se dedicara a su profesión, no que fuera la madre de sus hijos; una excelente anfitriona y compañera, no la típica esposa que lo esperaba en la puerta, con la pipa y las zapatillas.

Ella nunca lo iba a convertir por engaño en padre, como había hecho Laura. Nunca haría nada parecido.

-¿En qué estás pensando?

-En cuánto tiempo falta para que paremos a comer -le respondió después de haber dado un suspiro-. Tengo un agujero en él estómago.

-Vas a engordar -le advirtió él sonriendo-. Pero seguiré... -dio un volantazo para esquivar un cuervo que había en mitad de la carretera-. Seguiré cumpliendo con mi deber como marido.

-¡Qué gracioso! -por un momento había pensado que le iba a decir otra cosa. Pero al parecer la palabra «amor» no estaba en el vocabulario de Quinn.

Las últimas dos semanas de la luna de miel las pasaron de hotel en hotel, recorriendo el País de Gales y parte de Yorkshire.

Fueron días distintos a los que habían pasado en la casa de campo, como ella se había imaginado. Aquellos días iban a quedársele grabados en el recuerdo pasara el tiempo que pasara. No obstante las noches fueron maravillosas, noches en las que no dormían hasta casi el amanecer.

Lo más extraño fue, volver a la clínica y vivir en el apartamento como señora Ellington. Sabía que aquella situación no iba a ser para toda la vida. Quinn había hecho una oferta por la casa de Matt su amigo la había aceptado. Pero la enfermedad de su suegra era más grave de lo que se había pensado al principio y de momento se iban a quedar a vivir en Inglaterra.

El mes de julio hizo más calor del normal. Candy se dio cuenta de que todas sus decisiones las postergaba para cuando se movieran a la casa de campo.

No es que fuera infeliz con Quinn. O por lo menos no todo el tiempo. Había momentos de delirante felicidad, en los que se sentía flotar en una nube, en los que parecía que estaba consiguiendo abrir su corazón. Pero llegado a un punto, él retrocedía y ella cada vez lo amaba más.

Los gatos se sentían a gusto en su nuevo hogar, lo cual le quitó un peso de encima, porque no pensó que se fueran a acostumbrar a vivir

en un piso.

Quinn ya le había ofrecido a Jamie que se encargara de la clínica, y había incluido el apartamento en la misma oferta. Se iba a casar a finales de año y aceptó la oferta sin pestañear.

Candy estaba utilizando la habitación de invitados como estudio. Tenía que concentrarse en los pedidos, con lo cual no tuvo mucho tiempo para darle demasiadas vueltas a las cosas. Sin embargo, sentía como una sombra que nublaba lo que podrían haber sido los momentos más felices de su vida.

Llamaba a Xavier y a Essie de vez en cuando para tenerles al día. El bebé de Essie tenía que haber nacido a finales de junio. Estaban a principios de julio y todavía no había nacido.

-Parece que está cómodo ahí dentro -había bromeado Xavier-. Tiene comida y no tiene preocupaciones.

Pero su tío no estaba tan tranquilo cuando llamó al día siguiente a las seis de la mañana. Quinn había respondido el teléfono, había escuchado y le había dicho:

-Está en el mejor-sitio que puede estar, Xavier. No te preocupes. Espera que te paso a Candy.

-¿Qué ocurre? ¿Le h# pasado algo a Essie? -Candy se había levantado de lcama en cuando Quinn había pronunciado el nombre de su tío.

Quinn tapó el auricular con la mano y le informó:

-Essie está bien. Ha tenido una niña. Al parecer tienen que operarla. Toma, Xavier te lo explicará.

-¿Xavier? ¿Ya ha dado a luz Essie?

-Sí, una niña -no era la voz normal de su tío. Se dio cuenta de que trataba de contener sus emociones-. Es preciosa. Se parece a ti cuando naciste. Tiene los ojos azules. Las enfermeras están encantadas con ella. El problema es... -hizo una pausa para tomar aliento-. Tiene un problema de corazón. Los médicos le han dado un nombre técnico que no me acuerdo. La cuestión es que la tienen que operar.

-Ahora mismo voy para allá -le dijo sin pensárselo dos veces.

-No te preocupes. Tú tienes cosas que hacer y...

-Voy a ir, Xavier.

Su tío permaneció en silencio. A1 cabo de unos segundos, le respondió:

-A Essie le gustará verte.

-Llamaré ahora mismo al aeropuerto. Dile a Essie que esté tranquila. Xavier, te quiero.

-Y yo también a ti.

Estaba a punto de colgar el teléfono, cuando recordó:

-Se me ha olvidado preguntarte cómo la has llamado.

-Rose Candice, como su prima. Hasta luego, Candy.

-Hasta luego Xavier.

Se puso a llorar. No pudo evitarlo. Quinn le quitó el teléfono y lo colgó.

-Le han puesto mi nombre. Yo me llamo Candice Rose y le han puesto Rose Candice -dijo entre sollozos.

-Candy -Quinn la abrazó para que llorara en su hombro.

Al poco tiempo se tranquilizó.

-Tengo que llamar ahora mismo al aeropuerto para conseguir un vuelo.

-No te preocupes por eso, yo lo haré -le dijo-. Ve a darte una ducha y te llevaré a Heathrow.

No iba a ir con ella. Sabía que no tenía que pedírselo. Era parte de su acuerdo. Pero no pudo evitar sugerirle:

-¿No puede quedarse Jamie a cargo de la clínica unos días?

-Preferiría no pedírselo -una respuesta escueta y concisa.

-Me gustaría que vinieras conmigo,, Quinn. Te... te necesito.

-Candy, pensé que lo habías entendido. A mí estas cosas me ponen incómodo. Aparte de que poco puedo hacer. Llámame para contarme cómo va todo. Te iré a buscar cuando vuelvas.

Iría a esperarla. Se quedó mirándolo. Sintió que poco a poco perdía el color de su rostro. Lo que había ocurrido entre ellos las últimas semanas no parecía haberle afectado.

Pensó que, si lo amaba de verdad, no podía utilizar el chantaje emocional para convencerle. Teniá que ser él el que diera aquel paso, sin sentirse presionado.

Pero también se daba cuenta de que no podía vivir ni un solo segundo más sin decirle lo que sentía por él.

Aquella carga era demasiado pesada para ella. Y si él no podía soportarla tampoco, sería mejor que decidiera lo que iba a hacer.

-Lo entiendo -le respondió Candy. Apoyó los pies en el suelo y levantó el camisón que había dejado en la silla-. Siempre has sido muy claro en cuando a tus sentimientos.

-¿Pero? -se había puesto las almohadas en la espalda y estaba apoyado en ellas-. Porque parece que hay un pero.

-Lo hay. Y es que yo no he sido muy sincera contigo.

-¿Tienes algún fantasma guardado en el armario? -su voz era suave y tranquila, pero notó un brillo extraño en sus ojos color ébano y supo que el espectro de su pasado volvía a surgir en su mente otra vez. Laura lo había engatusado para casarse con ella y lo había utilizado emocionalmente hasta convertir sus vidas en un infierno.

-No, no hay ningún fantasma guardado -le dijo con tranquilidad-. Y menos en el sentido que tú te imaginas. Yo soy como soy, Quinn, y el problema es que estoy enamorada de ti. Eso es lo único que quiero que sepas. No espero que respondas de ninguna forma, pero pensé

que era justo que lo supieras. Si piensas que eso te condiciona, entre los dos podremos estudiar una solución. Si necesitas libertad, puedes hacer lo que quieras para conseguirla...

-Si necesito... -se quedó boquiabierto-. ¿Cómo puedes decir que serías feliz si nos separásemos, si acabas de decir que me amas? -le preguntó.

-Yo no he dicho que sería feliz -le respondió intentando por todos los medios aparentar calma, aunque por dentro estaba como un flan-. Ni que decir tiene que no es lo que yo haría.

-Me alegra mucho que lo digas -replicó con sarcasmo:

-Sabes exactamente a lo que me estoy refiriendo. Nos casamos por conveniencia: Dos amigos que viven juntos, duermen juntos, pero haciendo vidas separadas. Sin exigencias emocionales, sin esperar nada el uno del otro -incluso estuvo a punto de decirle que incluso sin niños.

-¿Entonces tú cómo lo ves?

¡Le había dicho que estaba enamorada de él y ni siquiera había hecho referencia a ello!

-Yo no me estoy volviendo atrás, Quinn -le respondió.

-Perdóname, pero yo no lo veo de esa manera.

De pronto lo entendió.

-Parece que estas actuando así de forma deliberada. ¡Si no quieres asumir que te amo, no lo asumas! ¡Pero eso es lo que ha ocurrido! ¡Puedes asumir que nos peleemos porque eso era lo que hacías cuando vivías con Laura! ¡Pero yo no acepto ese juego! ¡Yo te quiero, Quinn! Quiero ser una esposa para ti, ser todo lo que necesitas, sin miedo a pedirte algo personal. Quiero estar a tu lado pase lo que pase...

-¿No crees que deberías prepararte para el viaje?

El comentario fue como una bofetada. Estuvo a punto de echarse- a llorar.

-¡Ya me voy! -le gritó-. ¡Por suerte voy a ver a gente normal. Xavier y Essie han sufrido tanto como hayas podido sufrir tú, pero no han cerrado su corazón a nadie.

-¿No es un poco presuntuoso por tu parte cuando hace poco decías que querías dedicarte sólo a tu profesión, sin ningún compromiso emocional? ¿O era otra mujer con la que estaba hablando?

-No, era yo -le respondió más tranquila. Nunca iba a poder penetrar en aquella coraza de hierro.

-¿Y qué te ha ocurrido?

-Que te he conocido a ti -lo miró a *los ojos* y después se dio la vuelta y se fue al cuarto de baño.

Lloró en la ducha. Su indiferencia la había destrozado. Se echó

champú y mientras se enjabonaba intentó olvidarse de sus problemas y pensar en Xavier y Essie. Ellos eran lo más importante en esos momentos. Xavier, Essie y la pequeña Rose Candice: Seguro que el bebé se iba a poner bien. Xavier y Essie habían sufrido mucho antes de conocerse. No podía ser que perdieran aquel bebé.

Todavía seguía pensando en su tío cuando entró de nuevo en el dormitorio. Quinn había puesto una maleta en la cama para que metiera sus cosas. Se secó el pelo y empezó a meter algo de ropa.

-Hay un vuelo a las once.

Levantó la cabeza y vio a Quinn dirigirse al cuarto de baño. Quiso responderle algo más, pero solo pudo decir:

-Gracias -a lo cual él replicó asintiendo con la cabeza.

Y cuando ella había pensado que había cerrado la puerta, la abrió de nuevo y le dijo:

-He hecho café y tostadas.

El viaje hasta Heathrow fue tensó, tanto que cuando llegaron al aeropuerto, Candy tenía un fuerte dolor de cabeza. Solo se habían dirigido monosílabos. No quería dejar a Quinn así, pero no sabía qué decir. ¿Lo habría perdido para siempre? Trató de no pensar en ello y concentrarse en Xavier y Essie.

-Esto me recuerda a cuando acompañé a Essie al aeropuerto. Ella iba a reunirse con Xavier cuando tú tuviste el accidente.

Acababan de entrar en la terminal y Candy no sabía si había oído bien lo que había dicho.

-¿Qué?

-Demonios, Candy, podría no haberte conocido.

-¿Quinn? -se quedó mirándolo. ¿Qué se suponía que tenía que responderle cuando le decía cosas tan extrañas?

-Vamos a facturar la maleta y luego hablamos. Yo voy contigo.

-Pero...

Se dejó llevar entre la multitud que abarrotaba la terminal y al poco tiempo se encontró sentada tranquilamente frente a una taza de café.

-Quinn, no entiendo nada.

-¡No entiendes! -trató de sonreír, pero aquello le superaba-. ¿Cómo te crees que me siento yo? Antes de conocerte lo tenía todo muy claro. No iba a confiar en nadie, no iba a enamorarme de nadie, no iba a sufrir más -le dijo mirándola a los ojos. Estaba mostrando el verdadero Quinn oculto detrás de la máscara, un hombre que había pasado un verdadero infierno. Lo veía en sus ojos, en las líneas alrededor de su boca, en el tono de su voz.

-Si esto supone demasiado dolor para ti, no me lo cuentes -le dijo ella.

-Estuve con él, Candy. Durante seis horas estuve con él, esperando

que viviera.

-Oh, Quinn -sabía que se refería a su hijo. Ella había pensado que había muerto en el accidente. Eso era lo que él le había hecho creer.

-Laura estaba muerta cuando rescataron el coche, pero Joe no -cerró los ojos un momento. Ella le agarró las manos y se acercó a él-. Daba pena verlo tan pequeño y tan guapo en la cuna, con todos aquellos tubos. No podía creerme lo que le estaba sucediendo. Respiraba y parpadeaba de vez en cuando...

Las lágrimas recorrieron su rostro. Candy lo dejó llorar. Se limitó a abrazarlo para consolarlo. Estaban solos en la habitación, pero a Candy le habría dado lo mismo que hubieran estado entre miles de personas. Había estado guardando aquel dolor durante demasiado tiempo, durante tres largos años.

-Se supone que los hombres no tienen que llorar -levantó la cabeza y se secó la cara con la mano.

-Tonterías -le respondió con voz firme-. Eso sólo es en el mundo occidental. En otras culturas el llanto de los hombres se acepta.

-Era mi hijo, carne de mi carne. Habría sido capaz de morir por él y sin embargo no podía salvarlo. No debería haberle dejado a solas con ella.

-Quinn, no fue culpa tuya -le agarró los dedos tan fuertemente como pudo-. No estaba solo, tenía una niñera y tú habrías hecho todo lo que hubieras podido. Hay veces en que hagamos lo que hagamos sucede lo peor. Lo realmente importante es lo que acabas de decir, que habrías sido capaz de morir por salvarlo.

Pero no parecía dispuesto á aceptarlo, lo veía en *sus* ojos. Pero lo seguiría intentando. Lo había visto con los animales y era el hombre más compasivo que había visto jamás.

Acercó su cara a la de él y lo besó. Él le devolvió el beso.

-Te quiero, señora Ellington. No te mereces un hombre como yo, pero te amo.

-Quinn... -se echó para atrás y lo miró a *los* ojos-. Eso no es verdad. No debes decir eso.

-Me enamoré de ti nada más conocerte, pero no me di cuenta hasta el día de Nochebuena, cuando te vi riendo con mi madre en la cocina -le dijo-. Pero me daba miedo que me hicieran daño otra vez. Por eso me mentía a mí mismo.

-Y todo eso de casarnos como amigos...

-Mentí -le respondió-. Me horrorizaba pensar que pudiera aparecer cualquier otro hombre del que te enamoraras. Por eso te mentí. ¿Puedes seguir enamorada de un hombre como yo? ¿Un mentiroso? ¿Un cobarde?

-Quinn, no me mires así. No puedo pensar con claridad cuando me miras así -murmuró Candy, sintiendo que su amor por él

aumentaba cada vez más, sin poder hacer nada por evitarlo.

-Yo te amo, Candy, tienes que creerme -le dijo con una expresión de seriedad en su rostro-. Cuando me dijiste que estabas enamorada de mí, no pudo describir con palabras lo que sentí. Yo quería seguir teniendo todo sin arriesgar nada. Pero lo más maravilloso que me ha pasado ha sido conocerte a ti.

-Oh, Quien -los ojos de Candy brillaban como el cristal, su cara radiante.

-Eres la luz de mi vida. Mi razón para existir. Ahora me doy cuenta de que nunca antes había estado enamorado: Era una burda imitación de amor, pero...

-¿Qué?

-Todo esto me asusta. Cuando perdí a Joe fue como si me hubieran arrancado las entrañas. Y ahora te he conocido a ti...

-Quinn, yo no pudo garantizarte lo que pueda pasar en el futuro -le respondió Candy-. Pero lo que sí puedo decirte es que nunca dejaré de amearte. Xavier y Essie sienten lo mismo y sé que pase lo que pase con Rose Candice, saben que pueden confiar el uno en el otro. Te prometo que entre nosotros va a ser igual.

-¿De verdad?

Intentó poner un tono desenfadado, pero en sus ojos, que eran el espejo del alma, se veía la angustia y la desesperación. Por eso Candy le respondió:

-De todo corazón, amor mío. De todo corazón.

Epílogo

LA OPERACIÓN fue un éxito y cuando Rose Candice tuvo una hermanita, tres años más tarde Candy y Quinn ya tenían un niño.

No podía sustituir a Joe, porque era imposible. Carl William era único, como todos los bebés, y sus padres lo querían por lo que era.

Después de un tiempo, tuvieron otro hijo y dos niñas. Vivían en la casa de campo, con gatos, perros y muchas plantas. Una vida plena de dicha y felicidad.

Quinn le decía todos los días a Candy que la amaba. Se lo decía con la boca y se lo demostraba con el cuerpo, y todos sus hijos sabían que sus padres compartían algo muy especial. Tenían amor, amor de verdad, un sentimiento que se extendía a todas las cosas que los rodeaban.

Porque el amor era así.